

Anuario de la Academia Colombiana de la Lengua

1874—1910



SUPLEMENTO DEL TOMO I

REIMPRESION CON ADICIONES

RENTA
IONAL

BOGOTA
1938

ANUARIO

DE LA

ACADEMIA COLOMBIANA

TOMO I
VOLUMEN II

1874 – 1910

REIMPRESION CON ADICIONES



BOGOTA
IMPRENTA NACIONAL
1938

ADVERTENCIA

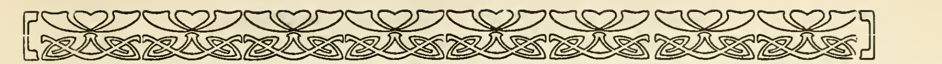
La Academia Colombiana al publicar el tomo primero de su ANUARIO *le puso en la portada el año de 1874, en que empezó su publicación, pero en realidad de verdad ese primer tomo corresponde al año académico contado desde el 6 de agosto de 1874, hasta la misma fecha de 1875.*

Más tarde, y con motivo de la celebración del primer centenario de la Independencia Nacional, se publicó el tomo segundo del ANUARIO, *el cual correspondió a los años de 1910 y 1911; de suerte que vino a quedar una laguna entre los años de 1875 y 1910, y los trabajos realizados por la Academia en ese lapso no fueron recogidos en su* ANUARIO.

Agotada totalmente la edición del tomo primero del ANUARIO *hasta el punto de que la obtención de un ejemplar constituía una verdadera hazaña bibliográfica, la Academia juzgó no sólo conveniente sino necesario, reimprimirlo y aprovechar la reimpresión para insertar al final de ella los trabajos de la Academia comprendidos entre 1875 y 1910, y que habían aparecido en hojas periódicas ajenas a la corporación, y por lo tanto andaban dispersos.*

Al acometer la reimpresión del primer tomo, el texto de éste alcanzó a la página 224 del nuevo volumen, y se cayó en la cuenta de que la inserción de todas las producciones de la Academia entre 1875 y 1910 haría que el libro resultara exageradamente abultado, por lo cual al llegar a la página 572 se decidió publicar lo que faltaba en un segundo volumen adicional al primero de la reimpresión, y son los que ahora se ofrecen al público lector.

Bogotá, octubre de 1938.



DE LA NOVELA

SUS ORÍGENES Y DESENVOLVIMIENTO

(DISCURSO LEÍDO ANTE LA ACADEMIA COLOMBIANA, CORRESPONDIENTE DE LA ESPAÑOLA, EN JUNTA INAUGURAL DE 6 DE AGOSTO DE 1883)

Muestra de vida intelectual y de espíritu de unidad dio siempre una nación cuyos pueblos, separados entre sí por diversas tendencias, aspiraciones y necesidades políticas, se esfuerza en mantener a par de la idea religiosa la integridad de la lengua.

Renombre de principal alcanzó en la antigua edad aquella que vino a adquirir el conocimiento de su grandeza, a la sazón que, juntas sus varias agrupaciones en los juegos nacionales, escuchaban con maravilla en la lengua que les era común los cantos que un tiempo los animaron a tremendas lides, los que celebraban sus famosas victorias y el entusiasmo que enardeció sus pechos, o los que exprimían con los acentos de sus trágicos el movimiento de las pasiones más enérgicas. Vinculóse así en la conservación de la lengua el recuerdo de sus glorias y la fuerza activa de la nacionalidad.

Ni menor grandeza llegó a adquirir la nación cuyas huestes avasalladoras hicieron reflejar el brillo de sus armas hasta en los postreros aledaños del orbe, comprendiendo que para asegurar la mayor suma de poderío era menester conservar pura la lengua en que con alta elocuencia se expresaron por primera vez los principios de la dignidad política, al propio tiempo que se cantaron las más elevadas empresas humanas y se entonaron los delicados idilios de la vida tranquila y mediana, hasta el punto de ser anhelo constante que la niñez abriese los ojos a la luz de la razón, escuchando aquella lengua en sus más puros acentos.

Empresa de reyes sabios y de ilustres repúblicos fue, tocando la raya de los tiempos modernos, pulir y acrecentar la lengua popular en busca del ensanche de la nación, y reunir en torno de sí a los letrados para que sirviesen de apoyo a la gobernación del Estado, promoviendo justas poéticas y cortes de amor para estímulos de la juventud, solaz y divertimiento de varones nobles y damas cortesanas, y ejemplo de vasallos, a quienes al par eran lección provechosa y honesto recreo.

Protégense en general las letras en otros períodos por clarísimos monarcas, con lo cual se levanta de punto el valor de la patria lengua y el esplendor de la nación. Nimbo glorioso muestra ésta entonces en la historia, porque el mayor grado de perfección de la lengua es prerrogativa del mayor grado de moralidad de la misma nación.

Dón preciado tienen los pueblos con una lengua en que como la castellana la alteza de las expresiones emula la de los conceptos representados por ellas. Borrar los límites que un provincialismo vicioso pone entre esos pueblos, con detrimento de su vitalidad, es tarea que se imponen los que guardan en su corazón, como en santuario venerado, el alto amor de la patria.

Días de bienandanza se auguran a la nuestra, si se considera el loable tesón con que a porfía se procura estudiar la lengua en sus mejores raudales, conocer sus orígenes y depurar los elementos que la forman, y si se observa el respeto con que se siguen en lo posible los cánones del buen hablar en toda clase de producciones. Cabe lisonjearnos de que en ninguna de las naciones en que se habla el castellano, no obstante lo mucho que nos falta en el orden y el método de los estudios, se ha atribuído tanta importancia como en la nuestra al examen serio y razonado del lenguaje, que es la vida de todo lo que se encierra en el concepto de la literatura.

Grato es en verdad a la hidalguía de los corazones, que se abren al sentimiento patriótico en ocasión tan solemne como ésta, el recuerdo de la inauguración de la Academia Colombiana, asociándose a él la memoria de aquel día en que exaltada la Cruz redentora entre los pliegues del pendón de Castilla, salvaban los ámbitos de la nación castellana para resonar en esta región los acentos con que a la sazón exhalaban la grandeza de sus afectos la doctora abulense, San Juan de la Cruz, Hurtado de Mendoza, y en que surgía a nobles destinos la nacionalidad que había de volver en honor y prez a la ínclita España las glorias que, por virtud de las cualidades egregias que de ella había heredado, logró conquistar más adelante en los certámenes del heroísmo como en los del ingenio.

Empero, si solemnidades como la presente en que sólo reina el espíritu nacional habrían podido inspirar a cualquiera de vosotros asunto adecuado a ella, de mí sé decir que en la elección de él y en su exposición no he podido menos de hallarme atajado y suspenso. En estos vergeles, cultivados con solícito esmero por vuestros gallardos ingenios, y en los cuales habéis dado lozanas flores, el mío no podrá dar una vez más sino algunas mustias y desmedradas, al modo de aquellos botones que por pertenecer a planta robusta pero faltos de vigor no llegan a ostentar los pétalos que acaso algunos esperaban contemplar.

Esta consideración habría sido capaz de arredrarme en mi empeño, no menos que la de tener todos presentes los magníficos discursos que cada uno de vosotros, en ocasiones análogas, ha dejado oír en este recinto, y cuando todavía os apacentáis con delectación suma en aquella oración en que nuestro sabio compañero don Miguel Antonio Caro, noble y respetado amigo mío, discurrió extensamente sobre el uso en sus relaciones con el lenguaje, y en que se asienta sobre bases firmísimas toda una fábrica literaria; obra destinada a señalar los rumbos que han de seguir las lenguas para su conservación y aumento, dechado en que con exquisita labor se exponen las leyes a que obedecen las lenguas para conseguir su florecimiento, venero intelectual de que continuamente se estarán sacando teorías que desenvolver, principios para analizar arduos puntos literarios.

He cedido, no obstante, a los estímulos de mi corazón, y ya que me encuentro inhábil para cautivar vuestra atención, siempre conmigo demasiado benévola, he excogitado un punto que por sencillo, y siquiera quede ajado al tratarlo mi corto ingenio, sea para mí más hacedero, forjándome la ilusión de que la claridad de vuestras luces habrá de alumbrar la oscuridad de mi entendimiento.

Constituye la novela, en su más amplio sentido, la relación más o menos larga de un suceso fingido referente a las acciones humanas, de modo que abraza desde el sencillo cuento con que en la calma del hogar nos hemos entretenido al amor de la lámpara, hasta la ficción historial más complicada y extensa basada en un acontecimiento real o imaginario, fruto maduro de la fantasía. Empápase esa manifestación literaria en el espíritu social de cada época, revela con claridad las inclinaciones populares, en su investigación ahonda en los fundamentos de la familia, y obrando en un vasto campo de acción, tiene poderoso influjo en el carácter general de la literatura, cuya fuerza vital asegura y consolida. Su mayor perfección estriba en que ella entrañe el concepto social en su forma más pura.

En las lenguas modernas es la novela, considerada en su aspecto poético, la que ha despertado la profundidad de las inspiraciones, y dado cuerpo a felicísimas ideas que no habrían podido tener desarrollo en las formas reducidas y en el espíritu de otras composiciones literarias. Ella acabala y completa la literatura en nuestros días; y su modo de realizar los ideales que no alcanzaron las antiguas lenguas, suple en las modernas a la fuerza y energía que comunicaron a aquéllas las hermosas concepciones de la epopeya.

La novela de noble espíritu no fructifica sino por medio de las aspiraciones cristianas, moviéndose y girando dentro de los términos de un genuino idealismo social, y siendo los deberes morales como vínculo fraternal los registros que ella toca para producir aquel concierto armónico en que las pasiones nobles del corazón humano, enlazadas maravillosamente, dan la unidad de sentimiento propia de una sociedad bien regida.

No era el espíritu social agente poderoso en los antiguos pueblos para que pudiera ocupar en ellos elevado puesto la novela literaria. El deseo de constituír una sociedad morigerada y discreta no es ocupación del hombre que no ha respirado siquiera las auras vivificadoras de la verdad divina.

Toda manifestación literaria corresponde a una necesidad del espíritu humano, más o menos determinada, y poderosa es la que satisface la novela.

No es maravilla que cuando en las lenguas sabias florecían otros géneros literarios, el novelesco apenas se vislumbrara en el gremio de jerarquías inferiores de la poesía popular, o en manos de ingenios cuyas alas no tenían facultad de ascender a los espacios de la verdad poética. Moviéndose la novela a impulsos de la idea social, no podía consentir desde luégo contemporización con lo falso, para obtener buen suceso en el aspecto artístico, ni aun para insinuarse en el gusto del público, como se ha visto en otros departamentos literarios.

La poesía épica satisface plenamente los poderosos impulsos de la humanidad; sus glorias como sus desventuras, encadenadas de manera prodigiosa, llevan a cumplido remate algunas de las fases de la civilización; en esa poesía se ven los impulsos con que el ánimo

de los pueblos lleva a cabo su anhelo por la conquista que los fortifica, por la principalidad que los envanece. El poeta para realizar su objeto cuenta con los recursos convencionales de las tradiciones míticas. La poesía épica presagia las épocas de cultura y bienestar de los pueblos, y es plinto que sustenta su engrandecimiento literario.

La dramática es auréola que pone el ingenio en los rasgos interesantes de la vida nacional, cuadro en que se resalta su nobleza, y el hombre como figura principal de él, instrumento activo en la ejecución de las leyes morales que rigen la sociedad, pero apenas con los grandes lineamientos de los afectos y de los sentimientos.

Su trascendencia no siempre es profunda en la imaginación ni en la voluntad, y al cabo, desapareciendo los medios materiales de que se sirve para representar con viveza los caracteres de la vida real, se aminora, y apenas deja en el ánimo ligero recuerdo que a tiempo no se determina con exactitud, y a tiempo muestra la verdad anublada con lo arbitrario puesto por el poeta para vencer una dificultad que no le era dado por medios fáciles y naturales.

En las creaciones dramáticas se ha justificado lo amañado de la relación del poema, con tal que encierre un carácter en que no padezca la verosimilitud del concepto poético. El similor con que a veces se recama el tejido dramático ha sustituído a la verdad de las situaciones. No es dado al drama, como a la novela, convidado de lo pintoresco del paisaje, pararse a contemplarlo para referir sus bellezas, amenizar su carrera y perfeccionar cada escena de la vida real. Los sentimientos bien delineados cubren la bajeza de su engaste; y la exageración de las pasiones puede hacer tomar con lisura el sendero agrio y cerril de la falsa teoria, por el camino amplio y descampado por el cual suele andar la sencillez de la naturaleza, si la violencia de las emociones se apodera del ánimo.

Derrama el corazón por medio de la poesía lírica la fuerza de sus afectos, con lo cual ora nos exalta a la más sublime emoción, ora nos lleva apaciblemente a embebecernos en la contemplación de una vida suave y templada, ya nos cautiva al empuje de movimientos avasalladores y desapoderados. Incumbe a la lírica la modificación saludable de nuestros estados del ánimo, obrando subjetivamente en éste; pero su manera de influír es apenas aura suavísima que riza la superficie de la vida del alma, o vendaval que la sacude momentáneamente, sin que con ello se remueva el fondo de las ideas. Permítese en ella no pocas veces que la fantasía se infiltre en las regiones de lo sensible y afectivo, y que de esta unión resulte falseada la expresión del sentimiento. No se sacrifica sin peligro a lo imaginativo la realidad de los afectos; de donde procede que se torne en extravagancia lo que en su principio fue dichosa inspiración, y con todo, esa extravagancia, o llámese extremada originalidad, ha hecho que la fama en ocasiones esfuerce su voz para pregonar el nombre de sus autores.

Empero, los extravíos de estos géneros poéticos no bastan a producir una alteración general en la literatura, refiriéndose tan sólo a aspectos particulares de la belleza; y más, la decadencia o levantamiento de sólo uno de ellos no es señal de la decadencia o levantamiento de toda una literatura, y a no haber en ésta simultánea decadencia de todos, ella llevará dignamente la diadema de soberana de una lengua. El género épico ha faltado en alguna literatura, se ha relajado en otra por el mal gusto el concepto lírico; en otra ha dormitado por largo período el poema dramático, y no obstante la lengua se ha mantenido viva

y lozana, alimentándose con más o menos vigor de todos los demás departamentos de índole literaria.

No así el género novelesco, que por sus condiciones esenciales de manifestación poética, y por contar, además de sus propios y naturales recursos, con los de todas las otras, tiene mayor extensión en su influjo sobre la literatura y la lengua.

Mientras la fantasía de los pueblos se enardezca y se mueva con los impulsos de sus creaciones, y mantenga su inspiración nativa y enérgica para beneficiar los gérmenes de la novela que bullen en su organización, la lengua literaria tendrá siempre suficientes elementos para repararse y extenderse cualesquiera que hayan sido sus tropiezos, guardando ella para cada género poético los más preciosos elementos. No de otra manera, si se pára la atención en los desarrollos de las diversas literaturas modernas, han llegado éstas a perfeccionarse y adquirir solidez en cada una de sus ramas.

Despunta la novela estando en mantillas todavía una literatura, porque en la esfera de ésta la primera necesidad que siente el espíritu humano es la de buscar en lo maravilloso y preternatural lo que no puede explicarse llana y fácilmente. Los hechos reales bien definidos y los principios que se van formando al compás que se profundizan sus causas, son posteriores a las concepciones de la imaginación popular, que suple por esas causas cavilaciones ingeniosas conforme a las ideas de que más se haya nutrido.

Las falsas ideas religiosas hubieron de producir desde luégo leyendas en que la intervención de seres sobrenaturales en los sucesos humanos resolvía una porción de hechos que no porque la mera experiencia no podía explicar, dejaban de ser verdaderos. Fantaseólas cada pueblo según sus inclinaciones, o aderezólas según el grado de imaginación que alcanzaban. Así unas veces se muestran grotescas y desvariadas, otras probables y contingentes, otras extravagantes y descabelladas, siempre creadoras de nuevas fantasías.

Esas falsas ideas, exaltando la imaginación, produjeron a veces leyendas que con tintes poéticos celaban el fondo oscuro de la errónea creencia. Esto no obstaba para que en ese fondo se sobresaltaran como luminosas figuras ciertas creaciones de belleza real que habían de perpetuar esas mismas leyendas, y sin las cuales éstas habrían quedado en sombra de olvido.

Materializadas y todo esas teogonías, en las historias maravillosas que sobre ellas forjó el ingenio, encontró alguna vez una verdad, que lo puso en término de seguir tras el hilo de la realización de la belleza. Aspiró en otra a realizar ésta con una verdad mal comprendida, y ya que no consiguió expresarla con todos sus atributos y perfecciones, logró al menos mojar en ellos su pincel para dar algunos toques jugosos a la pintura que se propuso hacer.

El ingenio sólo realizó el arte por la verdad. Por eso cuando lo hemos visto buscar en la naturaleza no sus causas y las poderosas facultades que ella tiene para ejercer sobre nosotros todo su encanto, sino deformidades y modificaciones incompatibles con su elevado origen, cuando se desconoce en ella el sello divino de que procede toda belleza, el ingenio comienza a andar desatentadamente, y no acierta jamás a copiar la que en la misma naturaleza se encierra.

En tiempos que fueron aciagos tiempos para el arte, mediando la degradación gentílica, las leyendas populares, no menos que los otros géneros literarios y las artes plásticas, dieron buena muestra de este modo de ejercitarse el ingenio. Qué mucho, si en épocas de refina-

do progreso vemos esto mismo realizado por una literatura formada de los efluvios maléficos de la escuela positivista, sumidero de inteligencias y de imaginaciones, espejo y doctrinal de toda perniciosa idea, y que contamina hoy los gimnasios del saber.

El artista pagano, como rompiendo las nieblas en que se ve envuelto, llega a veces a las fuentes saludables de la belleza por el solo efecto de la imaginativa y el espontáneo sentimiento, bien así como habilísimo nauta en demanda de región desconocida cuya existencia presiente, tras largos rodeos y desviaciones llega al cabo al punto anhelado, pero desconociendo la posición de éste y la importancia del hecho realizado.

Si bien en el arte antiguo la imaginación y la intelectualidad alcanzaron mucha extensión en los objetos de su dominio, el corazón en un medio que deprimía o aniquilaba sus inclinaciones más nobles, no podía realizar sino en parte la belleza moral, corona de toda obra artística. Parece el arte antiguo perfecto cuando nos fijamos en los ejemplos de portentosa inventiva que en ellos campea, pero desde el punto que entramos en lo puramente afectivo, no sólo lo encontramos deficiente y abatido, sino mudo y frío. Su acción es incompleta.

Los ímpetus de sentimiento que a cada paso hallamos en los grandes épicos y trágicos, griegos y latinos, no son todos de naturaleza legítima, y cuando llegan a serlo son obra, más que de la conciencia, de la adivinación que posee el genio de las fibras del corazón humano que ha de tocar para producir vibraciones delicadas y suaves.

El filósofo griego en aquellos movimientos a que lo conducían una conciencia firme y una intuición poderosa de la verdad, no explica por boca de la extranjera de Mantinea los tres linajes de belleza, todos los cuales nos llevan a la contemplación de la belleza absoluta, y que según el sapientísimo Menéndez Pelayo, es el ditirambo más hermoso en loor de la eterna belleza.

Presintió el filósofo la estética cristiana, pero aquellos que se encargaban de sacar la hermosura de la naturaleza no lograron dar a ésta el verdadero temple, y no pasaban de copiarla sin poner de resalto los destellos con que se ve cuando a su luz se contempla su elevado origen, a fin de llegar al remate de la belleza moral.

La filosofía indicó el camino que había de seguirse para llegar a la cúspide de la belleza soberana, pero el arte se detuvo en él embargado por la consideración del mundo real y de sus hechizos y maravillas. Aprovechó el sentido estético moderno esas creaciones, y siguió el mismo rumbo hasta encontrar sus más puros ideales. Tal fue la obra del Renacimiento, que benefició las manifestaciones del arte pagano, purificándolas en el crisol de la verdad religiosa en que toda idea o afecto se acendra.

Además, por la realización de la belleza intelectual e imaginativa se ha alcanzado quizá en el arte la de la belleza moral, por el consorcio estrecho de estos tres grados de belleza; y de tal suerte las máximas de los sabios, los aforismos de los pensadores, y aun los preceptos literarios de los poetas antiguos, han llegado a convenir con la cristiana doctrina y aun a ser fórmula de sus principios, y los monumentos arquitectónicos y esculturales a tener virtud de elevar las almas a divinas contemplaciones.

De la misma manera que los preceptos estéticos no fueron siempre consecuencia exacta de una forma precedente, en lo literario muchas de las leyes, por ejemplo de Horacio y Quintiliano, no vinieron a tener desarrollo y aplicación completa sino en el terreno cristia-

no. De aquí que no podamos en algunos casos compaginar la verdad del principio con algún hecho anterior que le hubiera servido de base.

Llegóse por tales vías a realizar la belleza de los afectos que enaltecen el corazón humano; pero en el arte no se mostró jamás la armonización de los sentimientos y pasiones por medio de la cual se obtiene el ideal de una sociedad, que sólo ha sido dado realizar en el mundo cristiano.

La elevación de los afectos que en muchas de las obras de la literatura griega y romana aumenta los quilates de su forma, no era condición inherente a la naturaleza de aquella literatura, sino una manifestación accidental del trato que de ella hicieron los que, a pesar de sus erróneas creencias, suavizaban su carácter y sus inclinaciones con el de todas aquellas ideas que ejercen imperio templado y justo sobre el corazón. Lo que informa una literatura nacional no es más que la representación viva y enérgica de las condiciones morales e intelectuales de un pueblo. Toca a ella, es cierto, modificar tales condiciones en este u otro sentido, abrir nuevas vías a su acción, facilitar la consecución de sus miras, y descubrir a su expectación amplios horizontes; pero cuando en esa literatura aparece apenas alguna nobleza de afectos sobre el asiento de las costumbres aviesas que representa, no es parte a modificar en buen sentido las corrientes de éstas, en cuya amargura inmensa se confunde y desvanece la dulzura de toda bondad que le sirva de ornato.

En tal término la literatura no podrá encontrar estímulo para realzar el espíritu social, y todo relato novelesco, falto del calor necesario con qué desarrollarse y extenderse, ha de ingerirse luégo en otros géneros literarios.

Lo que de Petronio y Apuleyo nos queda apenas se muestra como un cuadro en que por el desconcierto de las pasiones se abate la idealización de los personajes en el inquieto bullir de una sociedad sin vínculos de afecto y sin cohesión en su manera de existir; y en que la oscuridad de los colores y lo confuso de las fisonomias hace que las figuras se esfumen o desvanezcan en un fondo sombrío y desordenado.

Tales ficciones novelescas vienen a ser, en punto de penetrar los secretos pliegues de la conciencia humana, una manera seductiva de fomentar impulsos innobles con el fin de dar batería para derribar las fortalezas en que se guardan los sentimientos más preciados con que el humano corazón se enriquece. Una y otra manera de presentarse la antigua novela eran presagio de la naturalista que había de aparecer después, nacida en las sentinas de una filosofía materializada y sin ideal, la cual como deshecha tormenta devasta hoy el amenísimo campo de las bellas artes y de la literatura; que no han de ser los errores trasnochados privilegio de los tiempos de oscuridad en la moral y en la política.

Atentas las cualidades que predominaban en los antiguos pueblos, ya auxiliada la literatura por muchas de las ideas venidas de Oriente al sur de Europa, la novela hubo de tomar el carácter de heroica, que era la condición que enardecía y exaltaba los ánimos de pueblos que sólo pensaban en empresas bélicas de conquista, glorificación de paladines dotados de poderosa fuerza, y representación de las inclinaciones de los hombres que vivían del arrojo, la temeridad y la abnegación. Los trances y altibajos de los tiempos primitivos dieron origen a novelas en que los héroes míticos se muestran encaminando los destinos de la humanidad. El haber prevalecido en aquellos tiempos semejantes leyendas y el hecho

de revestir siempre con lo maravilloso toda acción humana importante para las ideas de sociedades incipientes, fue lo que hizo que toda verdad histórica quedase enredada entre las apretadas mallas de la red de imaginaciones y de ensueños en que encerraba cualquiera hazaña que se ejecutase, cualquiera obra que se emprendiese en pro común de cada uno de los diversos pueblos, y que al cabo no se pudiese distinguir lo que era verdaderamente real y lo que era meramente imaginativo.

La tradición oral sin duda se encargaba de conservar semejantes partos de la fantasía, y probable era que ellos fuesen variando y acomodándose al sentimiento de los que las transmitían hasta que al cabo tomando forma literaria dejaban algunas de sus extravagancias y escabrosidades.

El más antiguo de los épicos y el más antiguo de los historiadores profanos hubieron de recoger aquellas tradiciones, y rastrear por ellas, cercenando las exageraciones hasta donde era posible, dado su criterio poco seguro, la clave con que explicaron la mayor parte de los hechos que narraron o poetizaron. La historia viene a ser entonces hija de la novela; es indudable que entre pueblos no ligados por los grandes afectos del alma, no se hubieran custodiado con solicitud extremada las tradiciones de los antepasados, a no correr revestidos con el interés que les prestaban lo maravilloso y lo fantástico.

Lo maravilloso introducido en la epopeya no era más que el tributo que pagaba el poeta a la necesidad de imaginar en que se ven los pueblos, cuando el pensamiento carece de principios reales con qué despertar las ideas. No parezca, pues, extravagante el maravilloso introducido en los antiguos poemas épicos; parézcalo únicamente cuando se vean en ellos, en revuelta mezcla con carácter de maquinaria, lo verdadero con lo falso, o las personificaciones entecas de ideas abstractas, como lo vemos en las que en mal hora imaginó aquel poeta cuya memoria hicieron infeliz sus desvaríos filosóficos, y a quien endiosa hoy la degradación de un pueblo.

Así como la historia en la vida política de las naciones, la relación novelesca obra en su vida social, y a medida que la primera adquiere importancia y alecciona a los pueblos, la segunda acrece su valor y extrema su influencia bienhechora. Que, pues, la novela saca su fuerza de la actividad del espíritu social y de todas las virtudes que él engendra, su nutrimento dependerá de los afectos naturales con que ese espíritu se sostiene, y no de las pasiones o amaños creados por caprichos inveterados, prevenciones no justificadas y estímulos inventados por una errónea comprensión de las virtudes públicas.

La constitución social de Grecia y Roma se mantenía sobre fundamentos deleznables en lo moral; no era mucho que allí la novela apenas desempeñase un papel secundario en la esfera de la literatura; esto es, que allí no fuera más que un elemento informe que podrían beneficiar los varios géneros poéticos, pero que no se veía realzado por sí mismo con los más puros lineamientos del ideal poético.

La relación novelesca fue a la verdad origen de leyendas míticas, de falsas teogonías, de los grandes poemas dramáticos y aun de las atelanas y los mimos en que éstas degeneraron, y de muchas fábulas o apólogos que con más o menos primor han venido hasta las lenguas modernas transformando su vestimenta. Los hechos novelescos son en los poemas épicos arreos con que los vates visten el cuerpo de sus creaciones a fin de causar mayor embeleso.

Los ímpetus generosos por alcanzar la mayor suma de libertad política, la temeridad como consecuencia de una abnegación desordenada, el rigor en la energía de los sentimientos patrióticos y el convencimiento de una extremada superioridad, así en lo físico como en lo intelectual, era lo que daba temple a las almas, que no tenían por otra parte el sentimiento moral a la altura de tales condiciones. Estas por tanto habían de comunicar todo impulso y poner sello a los partos del ingenio, y mostrarse como su fondo más importante.

Las producciones poéticas de las naciones en que la literatura se mostró más esplendorosa y floreciente, adolecieron de la carencia de las ideas que penetrando en los afectos, en los sentimientos del corazón, en los generosos arranques de sublimes pasiones, en los dictados de la conciencia y en las inspiraciones del ánimo, los fecundan y aparejan a efectuar nuevos y mayores hechos de sublime virtud. Es reconocido que toda idea al penetrar en el entendimiento, y todo afecto en el corazón, quedará como aislado y será infecundo cuando no es recibido en uno ni en otro por ideas y sentimientos primordiales con los cuales se eslabone para formar la áurea cadena cuyos anillos conducen a la causa primitiva y eficiente de los fenómenos del alma. Entendimientos y corazones no ejercitados en esas primitivas nociones, si por acaso llegan al fruto de la realización de una idea, se sentirán luégo marchitos y extenuados, sin aliento para seguir ensanchando el círculo de sus pensamientos.

En efecto, faltando las nociones teológicas en el espíritu humano, será difícil adelantamiento alguno eficaz y constante, ya que ellas dan consistencia y forma a la exactitud de todos los pensamientos. El hombre necesita siempre de un gran número de verdades primitivas, cuyo conocimiento es el muelle principal por medio del cual todas las demás llegan a granazón y se alcanzan con seguridad y fijeza. Hé aqui porqué insignes talentos han desatinado en la apreciación de los hechos, en la análisis de las verdades, y en el modo de considerar los afectos. Esa ignorancia no dio nunca nada de sí; su ejercicio no puede engendrar más que una ignorancia mayor. Lisonjéense con ella los necios, que tal lisonja tendrá siempre como pensión la ridiculez en que caen a los ojos del discreto.

Los errores en literatura, en su mayor parte, van unidos a la carencia total de la posesión de esas verdades, y secuela de aquella carencia es el descaecimiento literario.

El sentimiento estético, alumbrado por ellas, evita las sinuosidades y falsas sendas que lo extravían en la realización de un objeto; ellas muestran éste en lumbre natural, sin colores prestigiosos que seduzcan el corazón, sin las tintas abigarradas con que suelen cubrirse, siempre en su forma más sencilla, siempre en el verdadero puesto que le corresponde en el orden de los seres creados.

Muchas de las virtudes, afectos y sentimientos, tenidos en más estima entre los cristianos, fueron considerados de la propia manera aun en las religiones más alejadas de la verdad divina, y fueron materia de sus artes y de sus letras; y con todo esto, ni hicieron dar un paso en el mejoramiento moral de los que así las apreciaban, ni tuvieron fuerza bastante a deprimir todo lo que a ellos se oponía, ni dieron carácter esencial a esas mismas letras y artes. Si se miran aisladamente tales cualidades, luégo se advierte que confrontan de todo en todo con las que se practican dentro del distrito cristiano; mas como no partían de las ideas esenciales, no tuvieron trascendencia notable. La manifestación de las ideas que esas buenas cualidades reflejan, se ve apenas como lampo purísimo de una moral

elevada en el amplio campo de la literatura en que por vistosas que sean sus galas, los ojos menos perspicaces distinguen las deformidades que encubre.

No se veía de esta manera formado el temperamento social a propósito para idealizar y dar esplendor a los hechos, comunicar a los corazones alguna aspiración fraternal, y suministrar al poeta buenas imágenes sociales que imprimieran a la novela animación y vigor.

Si en la vida material, social y política los pueblos que dieron en el arte las primeras enseñanzas, obedecieron más que a instintos de la naturaleza y a las inclinaciones regulares del corazón humano, a las sugestiones del artificio para vencer y dominar, todo lo que a la fantasía se refiriera venía a hallarse impregnado del espíritu de fatalidad en lucha con los impulsos del deber. Lo artístico y lo literario crece y se desenvuelve siempre en una atmósfera social elevada, y lo que empece a la constitución de esa sociedad tiende a subir y contaminar las condiciones del arte o de la literatura, no de otra manera que los elementos menos propicios para la respiración se alzan a inficionar las capas superiores del aire.

Atadas la fantasia y la inteligencia a la consideración de lo frágil y perecedero, ni ésta descogería sus alas para levantarse a las concepciones de la belleza social, ni aquélla tendría aliento para indicar a la imaginación las verdades que a ese linaje de belleza conducen. Ni bastaron tampoco los impulsos naturales y legítimos que la voluntad es susceptible de seguir, cuando el artífice se encontraba detenido en su vuelo por las leyes estéticas falsamente ideadas, bajo las cuales se había ejercitado.

Algunas tradiciones que contribuyeron a la formación de los poemas épicos, de las leyendas y del drama no eran más que ficciones con que fantasearon los pueblos con el objeto de que se conservasen con interés los sucesos pasados en la memoria de las generaciones. Tuvo la fantasía de los pueblos primitivos como recurso fácil juntar en amigable consorcio lo ingenioso con lo sencillo, lo factible con lo verdadero, lo contingible con lo seguro, lo ridículo con lo grave, acondicionar los contrastes, las cualidades antitéticas de los objetos, y encarecer con el calor de la imaginación los hechos que llamaran su atención, y modificar el orden de los hechos en la naturaleza moral.

Asi las historias de Hércules, Teseo y Milón de Crotona, de Jasón y Medea y de Pasífae brotan de la imaginación de los antiguos pueblos; y así adquieren interés un buen número de sucesos que de otro modo no se habrían recordado en el transcurso del tiempo.

Cada pueblo, según sus reglas de moral, sus instintos, sus costumbres y sus ideas religiosas, alimentaba su imaginación con sus creaciones novelescas, pero en todas ellas se muestra como ordinario móvil de la exageración de los hechos el halago de las pasiones que prevalecen.

Los pueblos orientales, dotados de vivísima imaginación, abrieron un espacio infinito a los placeres sensuales, que fueron el principal argumento de sus novelas, si bien por el mismo encarecimiento de ellos, lo material desaparece ante lo indeterminado, aéreo y fantástico.

Las *Mil y una Noches,* en que no es extraña la razón a sus combinaciones, nos muestran lo que pudo ser el espiritu de la novela oriental en orden a la exageración de las pasiones que en ella abundaban.

Fue privilegio de levantados ingenios recoger los hechos novelescos, apartar sus asperezas, pulirlos con los finísimos instrumentos del buen gusto, acendrarlos en la magnífica copela de la poesía, y refundirlos en las diversas formas de ésta a fin de que depusieran su nativa y viciada rudeza. Ciertas invenciones novelescas que tuvieron forma repugnante al principio, modificadas de esta manera, han acabado por producir verdadero hechizo en el ánimo.

Pareció tan natural la ficción a la mente, que se consideró medio para enseñar y adoctrinar. Utilizólas la antigua filosofía para allanarse al entendimiento de la gente indocta, ofreciéndose bajo la forma de cuentos festivos y amenos de que se había de deducir alguna verdad moral; los cuales quizá en los siglos modernos inspiraron la excelencia de los de Perrault y Andersen.

Pero ¿a qué buscar ejemplos de su valía en lo humano, si la misma Verdad tiene por bien ofrecérsenos a cada paso en las Sagradas Escrituras con el velo de una ficción? Las parábolas del Divino Maestro, en que aspiramos el aroma de las celestiales mansiones, ¿qué son sino los misterios divinos que dan lumbre al entendimiento, que nos arroban en sublimes contemplaciones, y con los cuales nos abrevamos en fuentes de vida y sentimos la inefable suavidad del amor eterno?

Que la ficción novelesca es la creación más espontánea de la literatura, y por consiguiente la que despunta en sus primeros albores, nos lo persuade la consideración de que ella se encuentra animando todos los géneros literarios primitivos. Ella es antes imaginativa que reflexiva, y la imaginación empieza a facilitar el camino al arte. No lo tuvo la imaginación popular para idealizar los sucesos que tomaba de la vida humana, con el objeto de señalar sus causas según sus creencias sobre el mundo y la naturaleza. Los cuentos que corren en boca del vulgo, y que de niños nos deleitaron, nos parecen desde luégo ensueños engendrados por el desvarío, y con todo eso, si los tornamos a oír, ya en edad provecta, nos hechizan sobremanera, no por la artística disposición del suceso que vamos a buscar en ellos, sino por la espontaneidad de fantasía que les dio forma. Son estos relatos las formas primitivas de la novela, cuya antigüedad se prueba encontrándose en las tradiciones de todos los pueblos, y pulidos y sublimados después en las literaturas.

Los ideales mitológicos no podían desaparecer enteramente de la fantasía popular por el solo efecto del tiempo; así que aun en los pueblos que empezaban a cristianizarse, a pesar de haber recibido de buen grado la palabra evangélica, todavía sus tradiciones, sus leyendas y sus poemas conservan un tinte de poesía mítica notable, el cual sigue mostrándose hasta los siglos más avanzados. Las aficiones al arte griego modificado por el espíritu latino, no podían desecharse por pueblos que se habían lactado con los recuerdos de las hazañas de las épocas de conquista y exterminio, y para quienes el tiempo agrandaba sus héroes. Cierto que tras del apogeo del arte y de las letras en Roma progresó en algunos países europeos el elemento oriental con la preponderancia del espíritu bizantino, y que esto modificó un tanto las ideas literarias, pero ello es que ese elemento no vino al arte sino como mero accidente, ya que los preceptos del arte grecorromano tenían fuerza de ley en la conciencia del artista y del letrado.

No hubo por estos tiempos literatura popular, de índole nativa, original propiamente dicha; eran tiempos de decadencia en lo intelectual, porque así lo exigía el planteamiento

de las ideas morales que iban labrando en las generaciones, y cuyo primer paso era erradicar falsas ideas de la conciencia popular.

La vida histórica en esa época es de lucha; el organismo de las antiguas nacionalidades se siente enflaquecido, y lleva una existencia desasosegada y temerosa; el horizonte de cada nación se estrecha con las nieblas del error, que no permiten extender las miradas en los espacios de lo porvenir, y que pugnan por cerrar el paso a las influencias cristianas.

La lucha de una nueva civilización con otra que radicaba en profundos errores no era propicia para despertar la imaginación popular y hacer que diese comienzo una literatura con apariciones felices. La tradición literaria se conservó en los pueblos herederos de los romanos solamente en el espíritu ascético y místico de los grandes escritores de la Iglesia cristiana, y se encerró dentro de los términos de la erudición y la filosofía, vedadas a la comprensión del vulgo. La lira cristiana pulsada por ingenios tan levantados como Sidonio Apolinar y Aurelio Prudencio, unas veces inspirada en los inefables arrobamientos de la visión beatífica, y otras empapada en las lágrimas de los mártires, dejaban tan sólo el eco de las armonías clásicas; y los divinos conceptos de San Leandro, San Isidoro y San Braulio expresados en lengua clásica tenían sublime resonancia apenas en las bóvedas de las basílicas y en los claustros de los monasterios. Los eruditos no hacían más que ocurrir a la lenta gestación de los idiomas modernos con cuya fuerza habían de levantarse también los modernos Estados, guardando los mejores materiales en las mejores ideas, y cumpliendo así la ley providencial de la unidad histórica por medio de las lenguas.

En estos siglos apenas podía mostrarse la novela bajo la forma de leyendas en que generalmente se retrataban las asperezas de una vida en que la ignorancia y el servilismo de las categorías inferiores apartaba por completo a éstas del trato con los amos o señores, y en que apagado el espíritu social, no podían ser de utilidad moral para éste.

Del siglo IV son dignas de notarse entre esta clase de composiciones, las Etiópicas o novela de Teágenes y Cariclea, escrita por Heliodoro, Obispo de Trica, y cuya fama no creció hasta los tiempos de Cervantes, quien hizo de ella tipo de la más limpia y elegante de sus novelas; obra que si bien es de rara invención, suavísimo estilo y señalado objeto en cuanto trata de rendir el amor liviano con el amor casto, no da a conocer el espíritu social de la época, recatando la verdad con lo fantástico y lo falso.

No se hallaban en término los pueblos, que apenas poseían una lengua en formación, ruda y variable por los infinitos dialectos con que la teñía cada provincia, según sus necesidades, su cultura material y sus caprichos, de hermosear las formas que produce la fantasía popular, legendarias o narrativas. Es probable que muchas de éstas desaparecieran, y que las demás, acaudaladas después por la nobleza y gallardía de las expresiones, vinieran a alternar con otras composiciones poéticas. Las producciones del ingenio popular no aseguran su estabilidad, ni forman en el cortejo de las propiamente literarias, sino enderezadas por el arte y el buen gusto.

Así el romance nació de la literatura popular en España, como en Francia las composiciones llamadas *Fabliau;* pero ni una ni otra de esas formas levantó su vuelo sino a medida que se cortaban conforme a la traza que los poetas doctos indicaron. No entiendo con esto decir que las formas literarias de origen popular han menester para llegar a su cumbre que los caprichos de erudición martiricen la lengua con vana y artificiosa locu-

ción, ni que las épocas de afectación en una literatura sean propicias a su cultivo y desarrollo. En ellas por el contrario, la imaginación popular, lejos de adelantar, retrocede, temerosa de escalar inaccesibles eminencias.

En los pueblos del Norte, adonde no alcanzó la invasión romana, y la originalidad de sus creaciones no se vio enturbiada por elementos extraños, donde desde los principios fueron unas sus inclinaciones, sus creencias y sus tradiciones y el lenguaje no sufrió modificaciones profundas por consecuencia de la superioridad dominadora de otras lenguas, se notó una cultura peculiar, a propósito para desarrollar un espíritu social de grande impulso. De donde resultó que la leyenda o la novela aportaron sus relaciones a los poemas y a la mitología, y prepararon el camino a las creaciones literarias constitutivas del ciclo de Merlín y del Rey Arturo, que vinieron a ser el rico acervo del cual habian de sacar muchas de sus ideas no sólo los monumentos de la literatura escandinava, germana y anglosajona, sino también las primeras novelas caballerescas de la Península ibérica.

No tuvo antes de la aparición de los grandes poemas de la Media Edad carácter propio la literatura en los países del sur y occidente de Europa; y difiriendo por otra parte los pueblos que nacían, en creencias, índole y manera de vivir, las reminiscencias de los hechos más notables carecieron de enlace íntimo con las necesidades de lo presente, y no vinieron a tener trascendencia alguna en el curso de vida política que había de seguir cada pueblo; la historia del uno no se eslabonaba con la del otro, ni el progreso del uno se fundía en el del otro. No habiendo centros de donde la luz de la ciencia irradiase poderosa sobre todos los pueblos para atraerlos y establecer entre ellos un enlace robusto por medio del cual se compenetrasen sus creencias, sus opiniones y sus conocimientos, por el mismo caso se encontraban disociados y sin principios fundamentales sobre los cuales descansase la obra de una común prosperidad que despertara afectos mutuos para formar una misma nacionalidad en que la identidad de una futura suerte igualase los esfuerzos de sus trabajos y de sus empresas.

Las corrientes de la antigua civilización en lo artístico no se encauzaban bien por las vías que sigue el progreso cristiano en lo moral e intelectual, de modo que las concepciones del pensamiento no tenían consistencia ni norma segura a qué atenerse. La rudeza original e indígena admitía elementos ajenos a su propia índole, y acarreaba obras literarias de existencia efímera que no tardaban en arrumbarse, sin haber dejado rastro alguno de su doc trina, sin que se viese siquiera el carril que dejaban en pos de sí.

No era dable que en tan míseras condiciones la cultura literaria, fuese creciendo la novela a la manera de mies vigorosa hasta rendir al cabo ricos y preciados esquilmos que coadyuvasen al levantamiento de los demás ramos literarios. Si el espíritu popular la inspira, ella anda desatentada, y se convierte en mero cuadro de costumbres, sin llevar en sí el germen de un gran principio moral derivado de las leyes a que obedece la complexión sana de la sociedad.

Italia se había hecho guardadora de las riquezas intelectuales y artísticas del antiguo saber que por su pureza habían quedado flotando en la civilización cristiana, y por consiguiente esa privilegiada región se hallaba en mejor condición de alentar el espíritu popular, de infundirle unidad, y de combinar los materiales dispersos de modo que se adap-

taran todos éstos a las necesidades de los pueblos regenerados. Con todo esto, quizá era en esa región donde se encontraban mayores dificultades para el advenimiento de pueblos nuevos, porque precisamente allí se escuchaba por todos lados el fragor de las ruinas, el estruendo de las fábricas que se derruían, y en tal extremo, las generaciones, fijos los ojos en lo pasado, no se dan manos a conservar lo que al presente tienen, y ven a la continua nubes amenazadoras en sus horizontes, con las irrupciones de pueblos extraños. Los ánimos entonces se sienten agobiados por la pesadumbre de las pruebas a que se ven sometidos; el espíritu social se adormece y decae.

Tocó a Italia albergar en su seno los caudales del arte y de la literatura clásica, y alimentar la llama de la belleza con los materiales que ambos le suministraban. Al resplandor apacible de esa luz los pueblos meridionales daban forma a sus concepciones, pulían y acicalaban sus conceptos, poniendo una y otra vez en el yunque las diversas figuras con que había de salir el pensamiento. Acrisoladas en la copela de la inspiración cristiana las ideas que se tomaban de la herencia literaria que Italia custodiaba por derecho de sucesión inmediata, no produjeron, con todo, en los pueblos que las tomaron, producciones de grande aliento, ni de originalidad notable, pero sí modificaron las fantasías populares, despojándolas de elementos que las desiustraban; preludio hermoso de lo que andando el tiempo había de ser la novela en los tiempos modernos.

Toda literatura de fuéra de Italia procuraba observar los medios en que vivía la de ese pueblo para domiciliarlos en el terreno en que ella ejercía su acción, y adaptarlos como lo requiriesen las necesidades de sus propias letras y artes. Fue ella así no sólo guardadora del buen gusto, sino su generosa dispensadora.

Poco a poco, por virtud de la fuerza natural del tiempo, el ingenio popular español, en quien no habían clareado aún las manifestaciones que dan a conocer la plenitud de su vida, se despertaba y cobraba bríos con la introducción de la cultura judaica y arábiga; especie de riego saludable que sólo esperaba el carácter español para encontrar aspiraciones que enlazasen sus diversos pueblos, y que esforzasen con eficacia las obras de su fantasía; estímulo poderoso que establecía justa competencia entre el pueblo invasor y dominador, dotado de superior imaginación, y el originario de Iberia, dotado también de viveza de ingenio pero que aún no se había ejercitado en el desenvolvimiento del arte literario. La repulsión que siempre experimentó el pueblo invadido por el invasor, y la renuencia a recibir las enseñanzas doctrinales que éste quisiese imponer a esotro no fueron dique bastante poderoso para que el torrente de la civilización oriental se represase, y no alcanzase a influír en mayor o menor grado en los pueblos hispanos, según la situación geográfica que ocupaban, ni entrase en la crítica de los filósofos y los sabios de aquel tiempo.

Unidos los elementos semítico y arábigo a los que la gente del Norte dejó como huella de sus acometidas en la Península, se pusieron los habitantes de ésta en condición de expresar en lo literario todo lo que se movía en su imaginación, todos los sentimientos que se albergaban en su noble ánimo, y contribuyeron a lo que pudiera llamarse los antecedentes de la historia literaria de la Península. La dominación arábiga sacude la atonía de los pueblos hispanos, y da salud robusta a su unidad, al par que la influencia semítica favorece la

perseverancia en las empresas relativas a lo práctico; concurso de fuerzas que comienza a exigir la satisfacción de las necesidades anexas a la organización de los pueblos.

El ingenio español, sin embargo, al recibir los favores de la poesía oriental, desechaba todo lo que en ella procedía de falsas creencias, de ideas exclusivamente muslímicas, de prácticas o costumbres que repugnaban a la generosidad española, y de los delirios con que esa poesía halaga los afectos materiales. El espíritu cristiano que se extendía cada vez más en las esferas científicas como en las literarias y artísticas no se quebrantaba ni relajaba, y vino a ser entonces el criterio que hacía esmerada selección de lo que tributaba el elemento grecolatino y los conocimientos de los eruditos muslimes e israelitas; de tal suerte, el ingenio español, movido a impulsos del cristiano sentimiento, descuajaba en selva secular la broza y malezas de la fantasía musulmana, así como las que con el tiempo habían crecido en el arte grecolatino por la introducción en él de falsos conceptos, las cuales embebían el jugo de las demás producciones y perjudicaban a su florecimiento. Quizá ninguna otra literatura tuvo en sus principios condiciones tan favorables como la que se levantaba en España, porque quizá en ninguna otra nación el sentimiento cristiano entró con más seguridad a levantar la nacionalidad. Recibiendo en primer lugar los más valiosos elementos de las mejores literaturas, entretejéndose éstos con la más fina pedrería traída del Oriente por medio del muslím y del israelita, y habiéndose asimilado una buena cantidad de conceptos traídos por los hombres del Norte, en fondo puramente católico se había hecho una maravillosa amalgama que allanaba el camino a una gran literatura, y que hacía ver en lejanía y en eminente altura el trono en que la habían de regir un Mariana, un Lope, un Calderón.

No recibieron dones de tánta valía Inglaterra, Francia y Alemania en su literatura, donde si bien se hizo caudal de muchas ideas latinas, y el elemento oriental entró en ellas como consecuencia de las luchas de las Cruzadas, es lo cierto que allí esos elementos se introducían sin depurarse de lo falso o de lo fantástico, y que esas nociones no tenían suficiente riqueza cristiana para que las ideas propias y originales fuesen absorbidas por ella. Alzóse en esos pueblos a mayores la literatura indígena y quizá en extremo vanagloriosa desechó el eficaz auxilio de formas y de ideas que le ofrecieron poderosas literaturas; y cuando menos pensó, desmerecieron sus condiciones en la competencia literaria.

De tal manera se manifiesta la relación entre el espíritu social que da esfuerzo a la novela y las literaturas en que se hallan los orígenes, antecedentes y filiación de los idiomas modernos; y la luz crepuscular que despiden en su ocaso esas literaturas se ve transformar en los albores de aquélla en que la idea católica infunde nuevo soplo de vida al arte civilizador.

En este paso de la antigua a la moderna literatura se coloca una manifestación importantísima del ingenio humano no engendrada propiamente por la fantasía popular, no de novedad fundamental en su fondo, pero que sí tenía relación con la vida social y política de aquella época, y en la cual se dibujan como en sombra los esfuerzos contrapuestos de la humanidad en busca del reposo que han menester las generaciones tras aquel largo bregar de un antiguo orden de ideas que hizo de los desvíos y errores seculares el rebellín

en que se habían de defender sus más fuertes lidiadores para cerrar todas las entradas de la verdad moral, política y literaria en la moderna sociedad.

A esta clase de producciones pertenecen las gestas de Carlomagno, el ciclo del Rey Arturo o de la Tabla Redonda, y los poemas de aventuras o de caballerías.

Las primeras, o sea las que forman el ciclo carlovingio, si bien tienen fondo histórico y sus caracteres son de reminiscencias europeas, tratándose en ellas de los hazañosos hechos del grande Emperador, de los pares y su séquito y de las guerras de paganos, entre los cuales se comprenden así los pueblos germánicos como los sectarios tenaces del islamismo, fueron popularizadas y tratadas por los troveros, revistiéndolas con un ropaje que ofrece cambiantes religiosos y militares, cristianos y paganos, y que trae a veces el recuerdo de la lujosa exuberancia de los poemas bizantinos impregnados del elemento grecoasiático. Ninguna aplicación al elemento social tuvieron a la verdad aquellos poemas. El hilo de su tradición literaria se rompió cuando cobraron fuerzas las literaturas modernas, y el espíritu que los animaba dejó de tener preponderancia en ellas.

El ciclo de Merlín o de la Tabla Redonda tiene quizá más importancia que el anterior por el auge que alcanzó entre los poetas por largo tiempo, y por haber determinado una nueva faz en las ficciones novelescas y populares. Participa menos del carácter grecoasiático, y en él parece haber influído más las ficciones de los pueblos célticos. Inmortalizólos el poeta florentino en lamentable verso, como lo observa Littré, «presentándonos a Francesca de Rímini leyendo uno de ellos cuando correspondió al amor de aquel que con ella leía, y que se hizo su eterno compañero, su eterno amante.» Produjo este ciclo una porción de imitaciones por las cuales se dejaba ver bien claro que el ingenio no quería o no podía salir de un círculo demasiado estrecho, en que las maravillas de los hechos van reproduciéndose y repitiéndose sin cesar de diversas maneras, sin inculcar con ellos máxima alguna en beneficio de la vida social de aquel entonces; mas la verdad es que tales invenciones exaltaban la imaginación adormecida de los pueblos, que alzaban sobre el pavés a sus autores en medio del abatimiento en que yacía toda otra clase de fuerzas literarias.

Los poemas de aventuras entran luégo sin filiación histórica anterior, pero quizá estimulados por las leyendas heroicas que privaban cuando ellos aparecieron. En algunos de éstos campea la fantasía con la mayor libertad, y un amor inverosímil y desconcertado se envuelve entre los senos de la leyenda religiosa; y en otro se hace ese mismo amor materia de jocosidades sublimes, por lo cual en el lenguaje moderno se podrían llamar humorísticos. Entre los primeros descuella el ciclo, o como lo llama nuestro Cervantes, el linaje de los Amadises, cuyo espíritu era el que más se avenía con el genio español, por verse esmaltado siempre de rasgos de generosidad y desenfadada hidalguía unidos a la arrogancia de carácter y vanidad puntillosa de sus héroes. Dignos de notarse entre los segundos son el *Viaje de Carlomán* a Jerusalén, que así nos embelesa con la ejecución de una ardua hazaña como nos desencanta luégo con los ímpetus de risa que provoca en nuestro ánimo; y el *Orlando enamorado*, que don Andrés Bello tradujo en nuestra lengua, habiendo penetrado antes en las más escondidas intenciones del original. Mas no viene a mi propósito hacer grande y donoso escrutinio de esta clase de obras para que me detenga a enumerarlas, y a ser puntualísimo escudriñador de la mayor parte de ellas; obras que hoy sólo se

exhuman para estudiar los antecedentes históricos de la lengua y apreciar por lo que eran las antiguas propiedades el valor de las actuales.

En las narraciones de esos poemas no se advierte el colorido y viveza que debe caracterizar las escenas de la vida real. Si el pintor tratara de inspirarse en los cuadros que esas ficciones nos presentan, a buen seguro que retrataría los entes imaginarios con que la fantasía delira dominada por alteración nerviosa. Las pasiones de la vida humana aparecen en ellas gobernadas por fuerzas fatales y maravillosas que no simbolizan jamás las admirables leyes materiales y morales con que se rige el alma humana en las luchas que se traban entre ésta, en su tarea de elevarse, y los instrumentos de que se sirve el mal para deprimirla.

La aparición de los poemas caballerescos dio margen a desviaciones del espíritu literario, originadas de la falta de apreciación filosófica de los caracteres de una sociedad nueva levantada por las ideas cristianas, procurando conciliar por medio de un sincretismo absurdo las alucinaciones que trae consigo la ignorancia de los hechos reales combinada con los errores en orden a las creencias de la verdad revelada, o sea con una defectuosa posesión de ésta misma, todo lo cual desvirtúa el criterio con que debe emplearse la belleza en el arte.

El alma humana que se siente flaca en el conocimiento de la verdad científica, y no bien abastada por esfuerzo propio en verdades reveladas, forma un vacío en su corazón que luégo viene a llenar todo género de errores y preocupaciones que la vician y que se connaturalizan con ella. Los libros de caballerías, que primero fueron devaneos de talentos mal ejercitados, vinieron a ser luégo, en virtud de la perversión del gusto que ejercian en almas en quienes no iban apareados la experiencia y el conocimiento de las verdades religiosas, alimento indispensable para su imaginación. Empero, digamos de paso que estas alteraciones de la vida intelectual de los hombres han sido frecuentes, sólo que no siempre se presentan con unos mismos aspectos. Al presente no hemos tenido libros de caballerías que hagan estrago en el corazón y traigan locura a la mente, pero en cambio nos alampamos por filosofías de evolución que llenan de ideas extravagantes las imaginaciones vacías y al cabo producen en las almas la sequedad de todo germen de afectos.

Suelen algunos confundir lo maravilloso con lo sobrenatural. Constituyen lo primero unas veces hechos imaginarios que se presentan como consecuencia de un exagerado poder de las facultades humanas, y otras veces los que cabiendo en lo posible, se imaginan desatinadamente como una explicación de las causas que se ignoran; lo segundo no es más que una extensión de las verdades conocidas. Lo primero puede cautivar, lo segundo siempre eleva. El vulgo tiene inclinación a creer lo maravilloso, aun en la esfera más exagerada, porque se lo imagina con los caracteres de lo sobrenatural. De la propia manera, el hombre cuyo entendimiento sólo ha recibido las nociones de los hechos reales con prescindencia de creencias y de doctrinas religiosas, menosprecia por ignorancia lo sobrenatural considerándolo incluído en lo falso que puede tener lo maravilloso; pero los mismos que así proceden, quizá por la natural inclinación que tiene el espíritu humano a alcanzar algo de lo que cae fuera de la jurisdicción de los sentidos, se dan con frecuencia a creer ciegamente en las mayores absurdidades de lo maravilloso. Esta confusión no ha dejado de trasminar a la ficción novelesca.

Los poemas de caballerías son novelescos por su pensamiento original y su invención; por su aparato, corte y disposición pertenecen más bien al género épico; como novela no tienen importancia, siendo así que no tratan de seguir la dirección común de los sucesos para resolver ningún problema de la vida social.

Pero si lo maravilloso por medio del cual se movían los poemas caballerescos, algo menos los del ciclo bretón y todavía menos los del carlovingio, recibían aplauso así de los eruditos como de los iletrados; de los primeros porque veían en él los resortes más felices empleados en poemas análogos por la poesía griega y latina, y de los segundos porque descubrían los atractivos de las tradiciones que desde un principio los habían hechizado, la Iglesia católica, siempre madre solícita en apartar de todo extravío a sus hijos, se esforzó por hacer notar lo ocasionado que era a graves errores en diversos sentidos la difusión de poemas que consociando lo verdadero a lo falso, restablecían doctrinas ya de antemano condenadas por sus Concilios. Merced a tan sabia solicitud se neutralizan de modo admirable los efectos que hubieran traído a todas las literaturas esos descarríos que por siglos reinaron desde el palacio hasta el tugurio. Los grandes poemas de la Edad Media, primorosa e inmortal hechura de ingenio y sabiduría, son inspiraciones alentadas por la Iglesia; y en Italia la *Divina Comedia.* y en España el *Poema del Cid* aparecían como arcas que en las alteradas aguas de la literatura, y combatidas por furiosos y contrapuestos vientos, guardaban la traza y modelo de los alcázares soberbios que más adelante se habían de levantar en la ciudad de las letras.

La Iglesia católica con las restricciones que imponía contribuyó no poco a la depuración del gusto literario, y haciendo apartar los ojos de lo que no podía ser materia de inspiración y enseñanza, solicitaba al espíritu humano para la ejecución de nobilísimas empresas, y con diligencia y advertimiento le señalaba el camino que había de seguir para llegar en sus obras a la cima de la verdad y la belleza. Fue ella entonces conservadora de los caudales del arte y de las letras, como es hoy, ante el abatimiento social, único refugio de la verdad moral y política.

Por reacción de esas empresas temerarias y atrevidas relatadas en los poemas caballerescos hubo de venir un género de composiciones destinadas a producir en el ánimo impresiones menos vivas por medio de discreteos y de candorosos afectos, en las cuales hay aventuras arreboladas con sangre por la exageración a que se lleva la ternura de una pasión, expresado todo en abundante fraseología y nimia profusión de lances con que se significa tan pronto que la grandeza del amor no mide los peligros con la razón sino con el deseo, y tan pronto que sus extremos, poniendo espuelas al valor, son capaces de vencer toda razón, y que aquel afecto ejerce el imperio y señorío de las demás pasiones, siquiera se haga oprobio de hombres, y caiga anonadado entre poderosa batería de dificultades. Demás de esto, en las novelas de tal género, por la mayor parte semejantes a aquellas plantas en que el vicio de las hojas sustrae los jugos que habían de dar el sazonado fruto, la exuberancia de conceptos quita la fuerza a los pensamientos cardinales, cuyo interés se pierde en la difusa enunciación de lo accesorio.

Estas novelas no vienen a ser sino églogas parafraseadas, desahogos de la imaginación fatigada de las conmociones violentas del corazón, y algunas están escritas con objeto de

dar contentamiento a paladares que sólo gustan saborear las donosidades de ternísimos afectos.

Pudieran haberse beneficiado tales composiciones con el aprovechamiento de los recursos que a ellas ofrecen los encantos de la vida campestre, cuya contemplación es grata compañía del alma en el retraimiento de la soledad. Brinda ella a los ojos el espectáculo de la naturaleza agreste que con sus maravillas esparce el ánimo y le abre anchuroso espacio para que se goce y se deleite. Allí las blandas querellas en que el alma se exhala, son nota acorde en la armonía inefable de los seres, rasgo sublime que completa la hermosura puesta delante de los ojos sin artificio alguno. Allí es ver las excelencias del hogar formado lejos de las atumultuadas pasiones que saltean y avasallan el corazón en medio del fausto de la corte y de la ciudad; allí es ver las ventajas que hace el varón fuerte, criado en las rudas faenas de la labranza, al que descaecido en la molicie y la afeminación, envilece sus manos y se abate a sórdidos intereses. Aplicación práctica hubieran tenido esas composiciones, manifestando que donde no se da oídos a las sugestiones de una sociedad depravada, donde la pompa falaz del mundo no fatiga, y donde azorado el corazón no oscila entre las veleidades cortesanas, es muy fácil sacar de la amargura de los sufrimientos la dulzura incomparable de una cristiana resignación. Los intereses y aspiraciones ilegítimos de la vida cortesana abanderizan a los hombres que hacen de la enemistad cuidado principal de su existencia; la consecución de un objeto no es fin que satisfaga a ninguna mira, sino escalón para ascender en los progresos de la ambición; al paso que en la paz del rústico sosiego hay goce honesto sin desabrimiento, vida llana sin asperezas, siéntese la suavidad del yugo cristiano y la liviandad de la carga de las leyes divinas. Si hay sinsabores, truécanse al cabo en consuelos, no dejando reato que tarace la conciencia, y si acaso se anda por ahí el vicio, no es con jactancia y vanagloria, sino arrebozado y temeroso de que las costumbres sencillas y frugales lo opriman con el peso de su sanción. Así, y con colores adecuados al cuadro, podría la novela pintar una faz de la humana vida, y ser de ganancia y provecho a la moral literaria.

Cerca de la novela pastoril vivió la picaresca, y muy valida entre los curiosos y rebuscadores de crónica privada, como que trata de referir escenas de una vida en que el escándalo y la disimulación se hermanan para conseguir fines utilitarios por de contado de maligna intención, y en que por lo regular quedan mal parados la sencillez y el recato. Contar hechos de gente licenciosa y desgarrada sería a la verdad plausible y de saludable influencia social siempre que cada ejemplo de vicio tuviese su retribución, y siempre que la mesura acompañase los pasos de la relación, para que ésta no se desmandara a poner de manifiesto lo que todas veces ha de estar velado a los ojos del alma. Casi nunca olvidaron esta idea nuestros grandes dramáticos en la creación de los caracteres que se distinguen por la protervia del alma. En sus obras la justicia se cumple, ya por las vías humanas con implacable mano, ya por el torcedor del remordimiento, ya directamente por la Providencia que se descubre solícita amparando al inocente y castigando al culpado, y con cuyas alas protectoras se ve siempre cubierto el plan de aquellas grandes creaciones. No quiero hacer proceso infinito de este linaje de obras recordadas por todos vosotros, y que

en su espíritu han tornado a lozanear en tiempos muy recientes, bajo la inspiración de Tamayo y Baus, Hartzenbusch, López de Ayala y García Gutiérrez.

A menudo, es cierto, la novela picaresca tiene enseñanza trascendental, y so capa de presentar escenas de rufianes y perdularios, no sólo se dicen ingeniosidades con el objeto de dar a conocer el lado ridículo de una parte de la sociedad, sino que hay escarmiento para la costumbre pervertida. Con todo, y aun poniéndonos para juzgar esas composiciones en el tiempo que tuvieron mayor valía, es claro que el gracejo con que aquellos hechos se encubren no salva la materia que entrañan, y que la belleza literaria padece detrimento con la licencia que en ellos campea. Por lo demás, tales composiciones no son propiamente novelas. Ellas no obedecen a un fin único en que se subordine a una acción principal el encadenamiento de los hechos. Pudieran graduarse más bien de cuadros de costumbres referentes a una misma materia, y meramente yuxtapuestas para formar un todo.

Su lenguaje es sí de grande importancia. Al través de él no sólo se columbra el estado de la lengua, y las fuerzas con que cuenta en ciertas categorías inferiores, sino las condiciones de vida en que se puede hallar en un medio social semejante.

Sobresale entre estas composiciones como forma del arte literario español, *La Celestina*, que acaso por el estilo y la disposición de sus partes recibió la denominación de tragicomedia. Mas sea obra cómica, novela o cuadro de costumbres, apenas puede darse composición en que el arte haya trasladado con mayor primor aquel activo bullir de las pasiones en la vida real, y en que se haga más sensible al alma el efecto que producen las más viles en el corazón que no se ha avezado a conocer ejemplos de virtud y decoro. Es de observar que en tal obra suele andar tras el donaire la desenvoltura, sin que esta libertad lleve orden de agravio a la rectitud de la intención, que no es otra que con la exactitud de la copia deprimir el original viviente, de tal modo, que la idea reprensible la vitupera desde luégo el entendimiento del lector, y cada pasión innoble la abomina el corazón.

No es el cuadro de costumbres creación literaria moderna. Varias descripciones y relatos novelescos que dieron las letras griegas y latinas tras el fenecimiento de su brillante período, representan con viveza de pintura prácticas de la vida común, sin enredo o trama que se vea sometido a un objeto principal. *Lazarillo de Tormes*, *Guzmán de Alfarache*, el *Escudero Marcos de Obregón* son series de cuadros de costumbres, que no otra cosa puede ser aquella forma en que el arte identificándose con la decoración que tiene delante, dando a cada objeto las tintas locales que le son peculiares, y mostrando al individuo por el lado que mejor pueda enseñar su fisonomía moral, presenta dentro del valioso marco de la poesía que en ellos suele encontrarse, escenas aisladas de la vida social. Esta especie de obras, que había decaído en la literatura española, fue levantada luégo por Larra, Bretón de los Herreros, Segovia y Mesonero Romanos, quien dio a los cuadros un temple suavísimo despojándolos de cierto recargo de colores que tenían los antiguos, y que en la literatura contemporánea pareceria extravagante. Dioles además aquella gracia de estilo con que él sabía pintar las manchas morales que afeaban las escenas que se proponía trazar. En este sentido cabe decir que renovó su composición, y en su desempeño alcanzó principado entre los más elegantes prosadores. Con él comparte hoy la gloria de haberlos puesto en su punto el célebre santanderino don José María de Pereda, tan profundo observador como hábil y puntualísimo maestro en el estudio de las costumbres populares.

La difusión y propagación de estos cuadros en naciones americanas, particularmente en la nuestra, donde había poca educación artística y menos gusto literario, fue causa de que todo literato en fárfara se considerase en el deber de hacerlos, no empapándose en el espíritu de las buenas muestras para después encontrar la originalidad en la novedad de los objetos que a cada paso se le ofrecían, sino convirtiendo en callejera la musa que los inspiraba. Encontróse la verdad en la extravagancia y la deformidad, de suerte que al verse retratada la sociedad en ellos no encontraba su propia imagen, siendo esas producciones espejo que abultaba las formas de los objetos, y los desfiguraba.

No es bien prostituír el arte dejando correr de la plaza al jabardillo la pluma destinada a enoblecer todo objeto, y es presunción vana creer que la vulgaridad de una narración pueda jamás dar de sí el maravilloso rayo de la poesía que aviva los corazones y los avasalla. La nobleza y el decoro fijan los límites de la honesta libertad de discurrir, y es ley de los buenos ingenios reducir a ellos todo esfuerzo, so pena de recibir el no envidiable aplauso de los necios.

Cíñase el cuadro de costumbres a dibujar con mesura y recaudo, y sin mengua de lenguaje, los rasgos con que más se distingan los pormenores de la vida social, y será auxiliar importantísimo de la verdadera novela.

Los idealismos platónicos y el sentimentalismo petrarquino no dejaron de influír en algunas relaciones novelescas, en las cuales los autores, en vez de enderezar su objeto a satisfacer la fantasía y a mover el corazón, se hacen consejeros inoportunos, moralizadores fatigosos, y desenvolviendo en ellas alegorías por medio de ficciones en que se urde una trama con amores y desdenes, dejan nublada la acción entre los retales de doctrina que huelgan en esas relaciones. Composiciones semejantes parece que estuvieron en boga al lado de las novelas caballerescas.

¿Porqué cuando España ejerce la hegemonía política y literaria en Europa, y el ingenio se extrema allí para producir obras de portentosa labor, parece que la imaginación estuviera aprisionada para tender sus alas al fecundo campo en que viven las inspiraciones de la novela? Si bien por punto general es la ficción novelesca el fruto más espontáneo de la fantasía popular, en las modernas literaturas ella no aparece realzada por el arte sino cuando por medio de otras ramas literarias se fija bien el concepto social, oficio que parece corresponder al poema dramático principalmente.

Con efecto, el drama toma los rasgos más salientes de la vida de la humanidad, las luchas entre las sugestiones de la condición viciosa y las inclinaciones del alma al bien, no de una manera abstracta y teórica, sino ejerciendo su acción en el mutuo trato de los individuos; presenta, por decirlo así, la forma exterior de la sociedad, la que interesa a los hombres en colectividad, los accidentes y tropiezos con que puede dar su constitución, los móviles esenciales por los cuales establecen lazos los hombres para una vida armónica, los que importan a las necesidades imperiosas de su existencia; obra en suma en una esfera amplia y espaciosa pero reducida por las circunstancias materiales, tiene que prescindir de ciertos matices delicados de sentimiento, que sólo es dado analizar a la novela.

El drama antiguo desconociendo las calidades de la conciencia humana, considerándola siempre guiada por las fuerzas misteriosas del hado que la hacen proceder sin tino, aunque por otra parte nos haya dejado caracteres llenos de naturaleza y verdad, no podía te-

ner una tendencia social definida para que pudiese allanar y preparar los senderos que la novela había de seguir.

Era el drama, como forma artística en el principio de la vida nacional, una necesidad a que había que ocurrir para fundar las bases de la estabilidad social. Comprendiólo así el instinto nativo del ingenio cristiano; por eso las lenguas modernas han salido a su juventud por el camino de esa importante forma literaria.

El instinto nacional comprendió también que el arte en el drama era medio poderoso para asegurar las fuerzas de la vida política y social, y así se embelesaba con las bellezas en él realizadas como con la moral que allí resplandecía. Fue ésta la mejor escuela del pueblo español. En ella se comenzó a depurar el gusto, porque las grandes ideas, los grandes sentimientos, las grandes corrientes de los instintos populares, se dirigieron por el drama. El cual eliminó el recuerdo de lo que no era digno de memoria; cortó a cercén los errores que tradicionalmente, y sin fundamento filosófico, se habían arraigado en los pueblos; ensalzó la hermosura de sus creencias; confirmó las tradiciones que pudieran mejorarlos; dio a conocer la necesidad de la cristiana igualdad entre los hombres; esforzó la idea del principio de autoridad; mostró la eficacia de las instituciones cristianas de un Estado; levantó en alto para ejemplo de buenos corazones el valor de los héroes de la historia nacional; hizo comprender el valor de los afectos patrios; erigió el amor puro y el respeto a la mujer en principio de las virtudes públicas, el amor a la patria y al monarca en aspiración del alma, el amor a Dios y a la religión en determinación de las empresas del hombre como individuo de la comunidad, y el honor preciado en timbre de la conciencia.

¡Nobilísima escuela la que adquiría un pueblo que necesitaba suavizarse y fijar sus ideales tras largos siglos de lucha en defensa de una creencia común!

Y así como en España atesoró el drama provechosamente las ideas de la nacionalidad, en Inglaterra como en Francia abrió todos los caminos a las demás formas del arte literario, hermoseó la contextura del idioma, y le dio flexibilidad bastante para que se estampasen y perpetuasen en el mismo arte los más elevados conceptos. Facilitó el perfeccionamiento de la relación novelesca, haciendo olvidar en el espíritu del pueblo y en la fantasía de los eruditos todos los vicios de invención de que se había inficionado la literatura por el trato de las creaciones caballerescas.

El ingenio con que los autores tejieron la trama de sus poemas cómicos, y la vistosa filigrana de discreciones con que se perfilaban las ideas de aquel rico tejido, inspirados tan sólo en la naturaleza del espíritu popular a que se dirigía, encariñó de tal manera al pueblo con las representaciones teatrales, que lo que fue primeramente materia de solaz y regocijo se convirtió más adelante en cebo indispensable de su vida imaginativa.

Ya era tiempo de que la novela, que sólo había vivido latente en la imaginación popular y en sus tradiciones, se desarrebozase en la esfera literaria, y franquease sus puertas al ingenio elevado, de modo que éste descubriese con sagacidad y penetración la manera como crecen y obran los íntimos afectos, sentimientos y pasiones en la complexión de la familia y de la sociedad.

Era menester que la novela fuera encaminada por un espíritu inquisitivo, profundamente intelectual a la par que afectivo, el cual tuviese el dón de adivinar todos los misteriosos secretos con que el corazón humano desata y reprime los movimientos de las pasiones, a fin de que señalase todas las sirtes en que el hombre suele tropezar, así como todos los puntos favorables en que ha de detenerse y descansar en el progreso de su mejoramiento y en la busca del legítimo contentamiento del ánimo. Precisaba que la encaminase un ingenio, que levantado siempre a considerar la belleza moral, fuese, para señalar y distinguir la calidad íntima de los afectos, conocedor sutil de los arbitrios con que el artificio seduce y rinde las almas, y para caracterizar cada pasión, dueño de fijar con exactitud todo lo que es causa de las determinaciones de la conciencia.

Era Cervantes el único que con estas condiciones había de cumplir encargo tan difícil por su desempeño como importante por sus resultados, y por eso se efectuó con él una renovación portentosa en la faz de la literatura. Discurriendo por los espacios de la novela había de tocar con puntos arduos y dificultosos que no se habían explorado antes en su aplicación a la sociedad, y en que fuese menester que la verdad y la precisión anduviesen en compañía de la lucidez y el atractivo.

En medio de una vida alterada, en piélago aborrascado por bastardías que iban a estrellarse en la firmeza de su ánimo, salía íntegra su conciencia para dedicarse a las labores a que era llamado por poderosa vocación, las cuales habían de coronarse con buen suceso así en lo literario como en lo moral. Cervantes dio en la república de las letras el tipo de la novela. Todas las condiciones que se encuentran en las composiciones de este género se ven allegadas allí. Lo secundario, lo accidental y el interés de actualidad dejarán ver muchas ventajas en otros autores, mas no se podrá señalar una sola de las cualidades que debe tener una novela que no se halle comprendida en *Don Quijote de la Mancha* y en las *Novelas Ejemplares.*

Dotes que han de comparecer en todo linaje de novelas son el amor ingénito a la verdad, la posesión enérgica del concepto de la poesía, la facultad de sublimar lo maravilloso en la alteza de la verdad poética, la percepción clara de todo linaje de belleza, la comprensión de las ideas necesarias para realizar el ideal de una sociedad, la habilidad en sacar poesía de los conceptos filosóficos aplicados a los lazos sociales, y filosofía de las más delicadas afecciones del alma, la fina discreción en señalar la razón como guiadora de las pasiones, el tino para enseñar el límite entre la naturaleza y el artificio, el acierto en dar vida a la ficción, y calor a los afectos con el aliento del espíritu religioso, la sagacidad para manejar la oportunidad en todo sentido como resorte de la novela, y finalmente el talento de cifrar y compendiar en un hombre toda la humanidad. Tales son las dotes características de todas las ficciones novelescas poetizadas por Cervantes.

No llegó éste a la novela sin conocer que había descubierto un nuevo mundo en lo literario. Certifícalo claramente cuando dice haber sido el primero que noveló en lengua castellana, y que sus novelas no son traducidas, ni imitadas, ni hurtadas, sino que su ingenio las engendró. El fue el primero que efectivamente exprimió de la naturaleza de la sociedad toda la verdad y belleza para vaciarlas en el molde de las mejores tradiciones idealistas y subjetivas que andaban diseminadas en los poemas caballerescos, en las relaciones de

aventuras y en las composiciones cómicas; él quien primero sacó de las fantasías populares todo lo que había sido engendrado por el conocimiento de la verdad para engarzarlo como rico florón en la corona que labraban para la literatura las más enérgicas inspiraciones del alma, y él quien enlazó lo objetivo a lo subjetivo para dar el tipo ideal de la belleza social. Bástele esto a la nación española para su satisfacción y gloria. Acaso faltaron en adelante quienes careciesen de títulos para recoger la herencia literaria de Cervantes; acaso se dirá que con él se alzó a su mayor altura la musa de la novela en España, y luégo al punto se apagó; que a su empuje y brío se resistieron generaciones para estudiar en sus obras las calidades de toda novela, y que tuvieron mayor medra y crédito más adelante esas composiciones en otras literaturas; pero nunca será aventurado afirmar que en esa fuente viva han ido a refrigerarse todos los grandes novelistas que han aparecido en el mundo. Le Sage, Walter Scott y Manzoni ponen este aserto en punto de evidencia.

Prescindo del primer ensayo de Cervantes en la novela, porque quizá a ese primer ensayo pueden caber algunas de las observaciones antes hechas sobre las novelas pastoriles. Quizá ella no fue objeto sino de desahogos juveniles de nuestro autor, en los cuales no se oculta la esterilidad y trivialidad de los asuntos que en ella trata su rica imaginación y el desembarazo de su pluma. Además, puede asegurarse que esta obra es en la que menos se nota la limpieza y corrección del estilo. ¿Diríase que al autor de *Galatea* no le contentó haber ejercitado su gallardo entendimiento en tratar asunto tan baladí y de tan poca trascendencia moral? Vosotros recordáis que el Héroe manchego quiso cambiar al término de su vida la profesión de caballero andante por la de pastor, y acaso el autor no propone el cambio por juzgar este oficio más real y provechoso que el que hasta entonces había ejercido su héroe, sino por motejar lo pastoril.

En cambio, ¡qué perfección la de las *Novelas Ejemplares*, que tratan asuntos al parecer poco importantes! ¡Qué viva impresión de lo real traen al ánimo, y en qué suave disposición lo deja su lectura! ¡Qué primor en los contornos con que aísla una escena social, y cómo el escarmiento desvanece en ella la sombra del mal proceder!

Persiles y Sigismunda es una especie de novela en que la narración exigida por un relato de aventuras tan maravillosas como variadas, es tan viva, que los afectos que de ella se desprenden suplen por la escasez de peripecias que de otra manera se harían necesarias para interesar. No creo que el interés general de la trama haya de ser de mucho negocio en las relaciones novelescas, con tal que por otra parte lo haya en cuanto al desenvolvimiento de los objetos que se retratan, y que la unidad de pensamiento se mantenga hasta el fin. El interés general decae en esta novela mucho antes de finalizar, pero el pensamiento primordial queda impreso vivamente en el ánimo. Con esa obra preparada en los últimos años de su vida y dada a luz después de su muerte, se encariñó más Cervantes que con cualquiera otra, y trató sin duda de fundar un nuevo género de novela de aventuras, sugerida por la de Teágenes y Cariclea, para mostrar de cuánta fuerza es capaz el corazón humano en las luchas de la adversidad. No hizo fortuna este linaje de composiciones, acaso porque parece demasiado sutil el sentido intelectual que resulta del contexto material, y la generalidad de los lectores no se inclina a encontrar especulaciones profundas en los libros de entretenimiento. Puédese con todo asegurar que la tersura con que se escribió es tal, que ella misma puede hacer el encanto de esas aventuras, que desordenadas y todo, llegan a

hacerse interesantes. Al contemplar el conjunto del Persiles se ve un cielo diáfano y espléndido, y en él la variedad la constituyen los cambiantes que le da la luz del ingenio del autor al reflejar en cada asunto.

Prenda es del ingenio superior que su elocución, siendo imagen fiel de la naturaleza y de la verdad, lleve impreso el sello de su pensamiento y el reflejo divino de su alma; que en sus escritos se vea como una dilatación de la inteligencia y del corażón, y que la personalidad del autor se conozca por entre la complejidad de condiciones de los mismos. Si los conceptos, los pensamientos, los afectos, el sentimiento, la ordenación de las ideas, los raciocinios fundados en ellas, la profundidad que tengan las propias ideas de la inteligencia y los diversos matices con que unos mismos objetos ocurren a la mente se transparentan en el escrito, no puede menos que transparentarse también la personalidad del autor, el cual será tanto más eminente cuanto mejor haya expresado en el lenguaje ese conjunto de calidades que forman la fisonomía del escrito, y son como el pulso por el cual se conoce el vigor de la intelectualidad.

Si por estas condiciones vamos a determinar la calidad del estilo de Cervantes, tendremos que es el más personal de todos los de igual naturaleza.

Pintando o describiendo objetos al parecer comunes, y destituídos de atractivos para otra cualquiera pluma, es cuando se ve brillar su ingenio con esplendor, gallardía e inimitable gracia.

Ocasiones hay en que un objeto se expone y no queda en el escrito grabada la intelectualidad del alma; en tales casos, aunque se haya expuesto un hecho o una verdad, no queda asegurada la propiedad de éstos por parte de quien los expresó, siendo ese hecho y esa verdad patrimonio de todos. Hay objetos que no se recuerdan a causa del primero que los dijo, sino del que supo beneficiarlos, dándoles la forma más adecuada al objeto, que es asímismo la más adecuada para grabarse en la mente y fijar la atención. Por esto importa tánto que todo lo científico, tomando esta palabra en su mas lato como en su restricto sentido, tenga importancia literaria; y por esto mismo resulta que todo lo que es bueno literariamente hablando, es profundamente científico, y que todos los escritos científicos que se han perpetuado son aquellos en que la forma corresponde perfectamenle a los pensamientos; porque entonces la expresión de éstos es efecto de la asimilación de la verdad con el alma.

En ningún otro autor se patentiza tan bien como en Cervantes la relación entre el sujeto del escrito y el alma del que escribe, entre las dotes del corazón y entendimiento y las dotes de la elocución.

Sin haber Cervantes escrito en el *Quijote* una novela de determinado género, caben en él las prendas que deben caracterizar cada uno de los géneros de novela que se puedan admitir, desde la creación de los caracteres hasta el más insignificante lance que contribuya al plan de ella.

Tal es el carácter general que imprimió Cervantes a la novela. Cumple examinarla en otros aspectos. Si la novela se basa en la historia, la creación de los personajes debe hallarse en conformidad con el carácter nacional en que la acción haya de desarrollarse, al propio tiempo que deben tener las cualidades, los distintivos, los contornos, las sombras

que caractericen a los personajes que se hallen en idénticas condiciones, en toda clase de sociedades; la acción se rodea de todos los pormenores que dada la situación del país en que se verifica, hayan tenido que efectuarse verosímilmente y que la historia se ha abstenido de consignar. Del relato novelesco ha de salir aquella belleza de la ley histórica que siguen los acontecimientos humanos en su admirable concatenación; por él, si no se desvirtúa un punto la verdad, se podrá seguir el estudio de la sociedad y de los individuos en relación con los hechos que contribuyen a realzar y ennoblecer la historia.

No otra cosa se ve en las novelas de Walter Scott y en la portentosa obra de Manzoni; y tales cualidades unidas a las bellezas realzadas por ellos en lo puramente nacional, dan la muestra de la buena novela histórica.

Con harta razón dice Villemain que las de Walter Scott son más verdaderas que la misma historia. Esta en efecto no allega sino los hechos grandes y culminantes cuya luz ilumina los senderos de las generaciones futuras, y con criterio atinado y seguro les señala la elevación, los tropiezos, las caídas de los pueblos según que han seguido o no las leyes que la Providencia ha puesto a los pueblos para que se rijan; les indica inexorable la experiencia de lo pasado como lección para su engrandecimiento; que las convulsiones políticas y sociales no se experimentan sino cuando la gobernación de la república se ha salido de la libertad cristiana para entrar en los delirios de una razón desenfrenada; y que su marcha progresiva no la determina sino el empuje de la moral cristiana, principio de toda legislación y de toda ley secular. La creencia en la intervención exclusiva de leyes físicas en el orden histórico no se deduce del estudio de la misma historia. Esa creencia se ha inventado con objeto de justificar el apartamiento de los avisos de la conciencia de modo que el magistrado se envilezca a serviles tratos y míseros intereses de bandería política. La filosofía de la historia sólo se encauza por el álveo sagrado de la moral cristiana.

La novela por medio de sus hermosas ficciones sacadas de la verdad de los sucesos que interesan a la humanidad, y de la invocación de la justicia con que se dirigen sus destinos, explica los fenómenos históricos penetrando íntimamente en las costumbres que dan forma a las instituciones, mostrando contraste enérgico entre la suerte de las sociedades encadenadas por despótico envilecimiento y la que les cabe cuando reciben las graves lecciones de la libertad cristiana; señalando con seductor artificio el encadenamiento de los sucesos históricos que parten de la constitución doméstica y terminan en la dicha o en la desgracia de los pueblos; solemnizando con las voces de la poesía el desmoronamiento lamentable de los imperios y de las repúblicas, y regando de rosas las ruinas que recuerdan la grandeza de las sociedades que fenecieron. La novela, sin falsear el carácter íntimo de los personajes, los delinea con los tintes de la verdad poética, nos los pinta en su condición doméstica, afectiva y privada, y se sutiliza hasta llegar a la primitiva causa de los hechos que han determinado las mayores empresas del hombre.

En la novela histórica, la etopeya cobra un colorido más vivaz, y la corrección de las líneas graba mejor en la mente la fisonomía moral del personaje. Más extensión e interés cabe en la prosopografía, donde con dibujo correcto, y una firme y suave combinación de luces y sombras, los héroes se resaltan en el cuadro. La austera severidad de la historia se torna en la novela interpretación amena de las vicisitudes de los pueblos en su lucha

por alcanzar el puesto que el orden providencial les ha designado. La filosofía en ella depone el ademán severo y ceñudo con que saca las enseñanzas de la historia, su voz se hace menos perceptible; y sólo la musa inspiradora de aquel arte deja oír sus majestuosos acentos, unas veces para vibrar rayo de anatema, otras para encarecer la fama de los héroes, otras alzándose poderosa en trípode sagrada, para vaticinar.

No es éste a la verdad el punto a que mira la novela importada en las letras españolas por la literatura francesa, la cual enmarañando los finísimos y delicados lizos del tejido de la historia, ha traído a criterios flacos y quebradizos gran perplejidad en la comprensión de este arte, no menor que el que ha producido en la manera de tratar la ficción con el elemento histórico.

Ni siquiera se ve en este linaje de novela aquella sombra de ideal que tuvieron composiciones semejantes en la decadencia de la literatura griega y latina, consistente en sacar de las flaquezas sociales que representaban la fuerza de un espíritu nacional y un sistema de moral en que éste se sustentara. Si el arte es filosofía de amor, como dijo el filósofo griego, el ideal artístico ha de andar por las esferas superiores de la bondad y la belleza, que es donde se aquilata el amor; bondad y belleza que no es posible comprender hoy emancipadas de la moral cristiana.

Es más: en la falsa novela histórica se han sacado a plaza como hechos fundados todos aquellos adherentes que las imaginaciones ociosas se transmitieron tradicionalmente, y que por indignos no tuvieron lugar en la historia; y lo que ésta delicadamente quiso ocultar, dejándolo no obstante columbrar a la discreción y a la perspicacia, sale campante en la relación novelesca con aliños de fantasía y encarecimientos de relumbrón. Recorriendo el campo de la historia, aquellos perturbadores del orden literario han hecho, de las zarzas y espinas que han hallado, ramillete que con adornos fementidos ofrecen a la imprecaución de las jóvenes y al candor de la mujer. Huélgase de ornar sus relaciones con toda conjetura maliciosa, toda repugnante suspicacia y toda situación que tienda a deprimir el sentido moral de la historia.

La religión como elemento histórico ha hecho su oficio en la novela, cuando se ha manejado ese elemento con el tino y recato que necesita. La novela histórica es la poesía de la historia; y la estética más encumbrada siguiendo a ésta en la religión con sus tipos admirables de sufrimiento y fortaleza, de sacrificio y resignación, se cernerá en inconmensurables alturas y se embebecerá en los misteriosos tesoros de poesía que le ofrecen. El Cardenal Wiseman y Madama Craven dan bella muestra del vigor y despejo con que se pueden tratar puntos que requieren extremada delicadeza y esmero, cuando por otra parte rebosa el corazón en amor a las sacrosantas verdades que se ensalzan en esta clase de composiciones. Piedad ingenua, sencillez y candor han de distinguirlas para que los afectos que en ellas comparecen no tomen un color artificial que desdiga de la espontaneidad propia de quien derrama en páginas de oro la abundancia del corazón. Por eso quizá es muy fácil encontrar con el demérito, si ya no con la nulidad, en punto de novelas religiosas, cuyas portadas se ven autorizadas por algún nombre ilustre.

Particularmente en España la novela religiosa no ha corrido próspera fortuna, a causa sin duda del punto de vista en que se han puesto sus autores para tratarla. Estas relaciones, por el hecho de ser religiosas no han de convertirse en apologías de objeto doctrinal,

encajadas en una relación que a fuerza de fantasías se quiere hacer interesante; bastardéase así del propósito de la novela cuya belleza moral viene sin violencia de la mera expresión artística de los hechos; y al propio tiempo la verdad histórica padece quebranto.

A mi modo de ver ni los dogmas religiosos ni la historia contenida en las Sagradas Escrituras pueden hacerse materia de la ficción novelesca, de una manera directa y especial.

Lo eterno, lo que reviste caracteres sagrados, lo que no está sujeto a luchas humanas, no comporta que se le aje expresándolo en una relación más o menos ingeniosa de sucesos que no avaloran misterios delante de los cuales sólo pertenece al alma detenerse en contemplación reverente. No hablo aquí desde luégo de los inefables dogmas de nuestra católica religión presentados en forma de alegoría por los grandes dramáticos españoles, y en que el ingenio no hace más que tributar con profundo rendimiento, homenaje de alabanza a la verdad revelada, exprimir anhelos ardorosos de la unión del alma con Dios, con toda la poesía que brota de esa verdad; ni menos de aquellos poemas en que se toma pie de las ideas bíblicas para mostrar con el aparato épico las luchas entre el bien y el mal, el vicio y la virtud. Mas presentar el dogma de la Redención bajo ficciones novelescas, con la presunción de embellecerlo y animarlo por medio de un lenguaje dulce y melodioso que empalaga y fastidia, y de retóricos conceptos sacados de la fragua en que forjan sus expresiones los afectos terrenos es, cuando no profanación vituperable, degradar el asunto a objeto de frívolos devaneos.

Quien intente comunicar atractivos a la historia bíblica, con objeto de hacerla amable, e infundir su espíritu en personas que de otra manera no se deleitarían con su lectura, tejiéndola con invenciones novelescas, obtendrá por resultado que la gente indocta y mal aconsejada no discierna entre la ficción y la realidad, y que se quede sólo con la primera si un gusto pervertido le inclinare más a ello.

Ni tampoco hablaré de otra especie de novela, que con gran vocería y estruendo se ha difundido por el mundo a título de historia filosófica y crítica para ofuscar el sentido de la obra de la Redención; y que no es más que vil taracea en que las labores y figuras son los desvaríos del autor.

De la aplicación de la historia a la novela, era llano entrar por los escabrosos senderos de la política, y diseminar los principios de ésta en la literatura, con la capa de la ficción. No hay inconveniente en tratar con ella las ideas políticas que suministra el estudio de la historia, no haciéndose violencia a la relación, ni levantando en el ameno campo de la novela la tribuna parlamentaria o periodística, ni llevando el torbellino de las enconadas pasiones de una época a turbar la serenidad de la historia. La razón de estado abunda en doctrinas que, reflejando la situación moral y las costumbres sociales, pueden servir en la novela al efecto de concertar sus partes, de explicar peripecias, y de ser nexo principal para el desenlace. Pero hay gran distancia de esto a ofrecer con la novela tesis políticas, en innoble trama por lo común, guiadas por frías combinaciones de cálculo y sin ningún linaje de inspiración poética.

Pertenece a esta clase la novela llamada socialista, plaga asoladora del buen régimen de la sociedad, gomia de la literatura, la cual vulgarizada por el halago que encierra para afi-

ciones rastreras, y eco fiel de los destemples de arrebatadas turbas, ha traído días luctuosos y aciagas situaciones a los pueblos que han hecho caudal de ella.

Esta desviación de la idea novelesca, con ser ostentoso su lujo de fantasía, habrá de quedar rota y maltrecha a medida que la triste experiencia que las sociedades han recogido de las torcidas doctrinas que propaga esa novela, desmedre el predominio de ellas.

En la alta razón de la novela y en su concepto más puro la materia quizá más propicia con que se puede tratar esa forma literaria son las costumbres, ya que con ellas al par que se hace mejor la representación de lo real sin poner artificios que amengüen la verdad, se sacan más natural y prontamente las enseñanzas prácticas de la sociedad. Además, hay en las costumbres de los pueblos cristianos, y en su vida pacífica y tranquila, tal abundancia de encanto y de poesía, que los buenos noveladores no han tenido necesidad de buscar recursos extraños ni de acudir a invenciones peregrinas para acomodar la composición de modo que traiga recreo al ánimo y lección a la conducta social. La comparación entre las costumbres puras y las costumbres depravadas que viven siempre al lado de las primeras es por sí misma correctivo poderoso. El vuelo de las unas hace contemplar más hondo el abismo de las otras. Al resplandor de la bondad se hace más intensa la impresión que en el alma produce lo que de por sí es desagradable.

Demostración cumplida de cuánto vale en la ficción novelesca la representación ingeniosa de las costumbres sociales para aleccionar y corregir, sin alardes de moral que hacen perder de vista la principal meta del arte, nos la dan algunas de las novelas ejemplares de Cervantes y el *Gil Blas de Santillana*, si ya no queremos considerar el *Quijote* por el aspecto de las costumbres.

Fuerza es que al mencionar otra vez las *Novelas Ejemplares* de Cervantes, os declare que no sólo recibo íntimo placer con su lección, sino que no sé qué hechizo tienen para mi alma, ni qué atracción para que no deje de contemplar sus escenas de acabada hermosura. En ellas proponiéndonos el autor antes que como serio moralista, como afectuoso consejero y leal amigo, algún ejemplo vivo de la flaqueza humana en pugna con las severas insinuaciones de la virtud, nos advierte que si la discreción no es centinela del alma, luégo el vicio la rinde, y entra a saco por ella; y en una acción sencilla y natural, con extremada agudeza y penetración, campea libre y espontáneo el ingenio.

Ninguna novela más digna de imitación que la ejemplar de Cervantes, y con todo es la que menos se ha puesto a logro en castellano. Algunas que con el mismo carácter se dieron a luz más adelante ni tienen el espíritu ni las cualidades de inventiva de las de aquel autor, y quizá por eso con agudo intento las hizo Bretón lectura favorita de un original personaje de sus comedias. *La Gitanilla,* tipo de la novela ejemplar y de costumbres, nos da una prueba de que el interés de estas composiciones no estriba en un enredo artificioso y difícil con ingente acumulación de lances. En ella hay sencillez de acción y sobriedad de pormenores, y Cervantes como que libra en la verdad del colorido y en la ingenuidad de los conceptos el vigor inimitable de la gracia que en ella domina.

La novela de costumbres, tal vez más que las de otros géneros, así como el poema dramático, han sido las manifestaciones literarias que en estos últimos tiempos se han visto

acometidas con mayor ímpetu por un naturalismo desordenado. Se ha inmolado la inspiración estética y las condiciones primordiales del arte, a la pintura escueta y prolija de los objetos en que hacen materia principal las dotes externas divorciadas de todo afecto o sentimiento. Lo tangible, lo individual destituído de toda idealización, es el norte que dirige la aspiración del arte realista. En la idea de que todo lo característico cabe en el arte, expresada por Víctor Hugo, se condensa el pensamiento esencial de la escuela novadora, que dando rienda suelta a la inventiva, se permite recorrer y escudriñar las moradas en que ha hecho asiento la sensualidad, para presentar sus geniales desnudeces con toques prestigiosos a la tentación del alma que experimente gozo en sus miserias.

Sin jugo fecundador apocado en las formas, desvariado en la creación, licencioso en todas sus manifestaciones el arte desenfrenado se aplace y regodea en inficionar todos los elementos de que pudiera obtenerse la belleza en el orden social. De aquí que la novela haya sufrido las funestas consecuencias de sus embates.

Ya no es la novela aquella dama gentil, liberal sin presunción, discreta en el decir, de aspecto amable y risueño, de mirada suave y reposada, de índole ingeniosa y penetrante, sencilla y graciosa en el vestir, que se complace en aspirar el regalado ambiente de la inocencia, que juguetea cantando idilios de inimitables acentos entre las flores del campo, que se detiene a orilla de fuentes clarísimas para mirar la nitidez del cielo retratado en ellas, que nos refiere cómo sin hablar se comprenden los corazones enlazados por acendrado afecto, que ata su lengua para las palabras que el corazón no ha dictado, y que se abre paso entre sus hermanas de la poesía para encantar la familia en el inocente hogar con la honestidad de sus pláticas.

Ahora, con ademán terrible y descompuesto, altanera en su desenvoltura, ataviada de deslumbrantes y dorados aderezos, de andar apresurado, presuntuosa y liviana, de concepción vulgar y osado lenguaje, unas veces, va a la plaza pública y alzada en democrática tribuna proclama su emancipación de la ley cristiana como en otro tiempo la mujer con entusiasmo delirante y auréola de triunfo, «coronada de mirto y laurel, ascendía a las colinas del Atica, a entonar ditirambos a su libertad»; otras veces, haciendo su rostro traición a su lenguaje, con seductor artificio se desliza maligna por los umbrales del hogar para zapar con sus insinuaciones las bases morales de la familia; y otras, ménade apasionada, cubierta la cabeza de verde pámpano, en la mano el enflorado tirso, levanta en festines y algazaras la voz del deleite, y no se ablanda con los lamentos de los que padecen.

El arte que a pretexto de representar la verdad social, se dé a representar los objetos degradantes, no como accesorios para manifestar el estado moral de una sociedad de modo que sus tintes sombríos sean correctivo para esos objetos, sino como materia digna de ejercitar la imaginación y como faz de la naturaleza del mundo, lleva en sí el principio de su decadencia. Atosiga el alma y paraliza el corazón en sus inclinaciones a la comprensión del bien, dado que de ese modo se atrae la consideración a objetos sobre los cuales el alma suele pasar sin reparo, por conocimiento ingénito de su dignidad.

El arte dejará de ser filosofía de amor, destituyéndosele en ciertos casos de su aspecto teológico, porque así no es capaz de realizar la belleza que conduce al amor de los objetos

que la producen, y de ahí al de la causa eterna y primordial de éstos. En tal condición, lejos de suavizar las pasiones, se hace incentivo del vicio.

No ha parado ese realismo flamante en sacar desnuda copia de todas las degradaciones y extravíos humanos, sino que nos muestra que éstos son la condición natural de la sociedad, y que somos libres de sacar de ellos las enseñanzas que a bien tengamos. A título de una trascendencia filosófica del arte, se ha falseado por entero el concepto social, amañando a una consecuencia ideada de antemano, absurda por lo general, todas las premisas que se sientan bajo la forma de una trama novelesca o dramática, y de tal suerte se obtiene un arte en que todo es convencional y arbitrario, falso en sus principios, falso en sus fines. El que cursado en la experiencia de la vida, encuentra con algunos de esos absurdos idealismos, desnudos de lógica en su traza y en los cuales se ve enredado el ingenio por las mismas redes que ha tejido, no puede menos que sentirse entristecido, viendo que un siglo vano no sólo no trae un tributo digno de las literaturas levantadas por un Shakespeare, un Tasso y un Cervantes, sino que trata de menoscabar el caudal allegado por ellos con ejemplo de perseverancia y esfuerzo.

Por dicha, el círculo de las ideas dentro de las cuales se inspiran los propagadores del arte trascendental es tan estrecho, y tienen tan pocos jugos nutritivos los asuntos que señalan a la imitación, que los partos de su fantasía siempre giran sobre un mismo eje, y sus seguidores, no teniendo fuerza de asimilación los elementos con que se sustentan, dan el espectáculo de un parasitismo empobrecido, que las más de las veces apenas brinda sino rapsodias deslavazadas, y problemas sociales y políticos, en que martirizada la razón, la escasez de criterio no halla salida para resolverlos.

Contrario a estos modos de escribir la novela, es el carácter psicológico con que autores calificados la han revestido, cifrando la virtud estética de ella menos en los hechos materiales y sucesos comunes que en la penetración íntima de los afectos, en el esfuerzo profundo y tenaz del alma en su aspiración al bien, en las inspiraciones de la conciencia como causa eficiente de las determinaciones del hombre, en la disquisición de los pensamientos como generadores de nobles empresas, en el amor purísimo que levanta los corazones, y en los sentimientos delicados que forman el áureo lazo con que el hogar se une a la sociedad como parte esencial de ésta; todo lo cual entra en el verdadero sentido de la novela y tocando una porción de registros de la naturaleza moral, origina otros varios afectos con que se matiza hábilmente la ficción novelesca, y se le comunica variedad y encanto.

Hábilmente manejó este género el incomparable Richardson. La ternura y la inocencia de las imágenes con que traza sus relaciones nos hacen comprender cómo labra el alma su ventura con el ejercicio de las afecciones más acendradas.

Ni he de callar que para mí el ejemplar y dechado de la novela de carácter psicológico es el *Curioso Impertinente*, en la cual se expresa con magia soberana y atinado propósito cómo una excesiva delicadeza de afecto puede torcer la inclinación de la voluntad hasta el extremo de arruinar y vencer el corazón no cimentado en todo linaje de virtudes, sin necesidad de abstracciones capaces de borrar los lineamientos humanos de los caracteres.

Ni tampoco he de hacer caso omiso de aquella producción del discretísimo novelista don Juan Valera, *Pepita Jiménez*, de la cual se puede decir, sin entrar en la interpretación de su

sentido, que al través de un idealismo reducido a términos puramente humanos, se patentiza el modo en que los extremos de un afecto ponen asedio a la voluntad para impedirle que se dirija a su noble destino. Es sin duda la mejor novela de Varela. En ella los cuadros descriptivos en que a veces se detiene, decorados con todas las magnificencias de la naturaleza, son indispensables para moderar la vehemencia de los afectos que dan calor a la narración. Aunque tiene este autor alguna otra que participa de cualidades psicológicas, hay que observar que en ella los caracteres se ven a veces desprovistos de fibras humanas, siendo idealizaciones ricas de fantasía que salen de la consideración de lo posible.

Tipo interesante de novela psicológica es *El Escándalo*, de Pedro Antonio de Alarcón, en la cual si se exceptúa alguno, los caracteres tienen todos el sello auténtico de la naturaleza, a tal punto que después de su lectura quedan vivamente impresas en el alma las diversas situaciones de cada personaje, porque quedamos seguros de que lo hemos visto y oído, e intimado con él. Aquel ambiente de cándida piedad que se difunde en toda la composición, y que trasciende a su nobilísimo fin, es timbre de gloria verdadera que avalora los blasones con que contiende el insigne novelador en el palenque literario. A la originalidad de esta obra quizá se adelanta la de *La Pródiga*, novela del mismo autor, y también de carácter psicológico, monumento de las letras castellanas, en la cual anda el ingenio con generosa altivez y cuya perpetuidad de vida se halla asegurada por la hermosura de la invención, la verdad de los caracteres, la finura del tejido, la sencillez en el desenvolvimiento, la pureza de las intenciones y la elevación moral de su fin.

Pero no he de tasar siempre por su altísimo objeto el valor del desempeño que ha tenido la novela psicológica. Particularmente en la nación que enseñó a enervar el género novelesco, ha incidido la misma novela en sentimentalismos afectados; y el desleimiento y amanerada expresión que adquieren con él los afectos, quita a éstos toda virtud de comunicar a su lectura el suave calor de la emoción. El ingenio, haciéndose frío y discursivo, pierde el hilo de la relación, y sólo mueve al paciente lector el estruendo que produce alguno de los lances que ocurren en ella. Ni Octavio Feuillet se ha eximido de estos excesos de sensibilidad.

No era difícil que en la altura psicológica se ocurriera a la novela filosofar y buscar de este modo ideales inaccesibles e impracticables, en cuyas sinuosidades lo concreto y lo real se ocultarán demasiado; y así al dulce contentamiento producido por la divina irradiación de la belleza que ha de comparecer en el sentido moral de la novela, aquellas ficciones habían de sustituír en el ánimo la indiferencia o la frialdad.

Desde un principio dio Goethe el ejemplo en Alemania, no desechado por los admiradores de su genio, y en el *Werther* encarna un subjetivismo lleno de abstraciones, de violentas pasiones que rebasan los puntos en que se contiene la realidad y en cuya expresión se notan ciertas facciones panteísticas.

Modernamente se ha popularizado un género de escritos en que la ciencia, ora en su historia, ora en sus principios, constituye el fondo de una ficción, que deleita y entretiene a gentes sencillas y bien intencionadas. Estas composiciones no guardan consonancia con el tipo de la novela.

Zurcir con hechos reales hechos imaginarios, tal vez absurdos, sin verse enlazados por los sentimientos que dan vida a la sociedad, y sin guiar a un fin práctico y de carácter

permanente, podrá disipar el tedio en horas de ocio, mas no dar luz al entendimiento ni satisfacer al corazón. Es vulgar creencia la de que con esos relatos se propaga la ciencia haciéndose los conocimientos más accesibles a los ojos de la multitud. Enturbiándose en tales ficciones el nítido raudal de la ciencia, los elementos puros se unirán a los viciados sin que puedan hacer discriminación los que de modo tan grato aspiran a estudiar la ciencia. Pero si estas composiciones carecen de mérito en su fin, y hasta ahora las que han aparecido en la escena son de escaso valor en cuanto a su forma literaria, hay que reconocer que en ellas la imaginación ha andado a veces tan feliz en la amalgama de lo experimental con lo imaginario que ha conseguido dar algunas llamaradas de poesía, las cuales se apagan al momento, para no dejar más que el humo que ofusca la vista de los objetos y no permitir al lector darse cuenta de la realidad. Las relaciones de que hablo, además, han hecho el bien de sustituírse en manos delicadas a todas aquellas novelas que con literaria ostentación llevan letal tósigo al alma.

Así se manifiestan las principales fases de la novela, en su enlace con la idea del orden de la sociedad, y es posible ver que sólo con la concepción exacta de ésta, adquieren tales composiciones su perfeccionamiento. Resta advertir que la novela, aunque se haya ajustado a maravilla con su ideal, necesita otros recursos literarios que vayan en su ayuda para tener buen suceso que ofrecer en el campo en que ella se cultiva.

Atemperándose el estilo de todo en todo a la calidad de la ficción novelesca, ha de avalorar el vaso precioso en que se contiene, bien así como aumentaban el valor de la obra cincelada del divino Alcimedonte, la viña y la yedra que hermosamente la cubrían. Todas las condiciones que levantan el mérito de la novela quedan rebozadas en un estilo que no convenga a cada una de las varias gradaciones que caben en el concepto novelesco. Ninguna trama libra bien con la negligencia en las formas literarias que corresponden. Muchas creaciones novelescas han quedado rezagadas por tan lamentable causa. La buena expresión literaria sirve como de reparo al fruto del ingenio para que la injuria de los tiempos no cause deterioro en él.

No poco ha contribuído a debilitar este género literario la intemperancia de conceptos que en grande avenida suelen emplear algunos espíritus pródigos de opulenta vena, volviendo y revolviendo puntos secundarios, especialmente en las descripciones, y apurando todos los pormenores que ocurren, aun los más obvios y triviales, sin dejar al lector la satisfacción y complacencia de columbrar velados con delicadeza algunas ideas o sentimientos. No es la amplificación y exuberancia prenda del estilo novelesco, que dista del oratorio un buen espacio; ni la desmedida acumulación de imágenes sirve a fortificarle ni a comunicarle mayor gracia. Al contrario, le sienta alguna sobriedad en los adornos de la forma.

Ni tampoco se ha ajustado a la ligereza con que ha de correr el pensamiento en la novela, una elocución premiosa o dura en enmarañados períodos, por más que vaya apareada a ciertas cualidades de corrección. El provincialismo discreto es a veces necesario para el tinte local que han de mostrar algunos cuadros; empero, es de notarse que la abundancia de tales términos desdice de la pulcritud que debe aparecer en la frase.

Siempre se vio el decir de la buena novela flúido y correntío, cuándo sencillo, cuándo

con ática elocución, cuándo con valiosos atavíos, o con cierta artificiosa elegancia; nunca presuntuoso, desabrido ni pedestre.

Los borrajeadores y eruditos de poliantea, no mirando en que la novela es una de las formas literarias más difíciles de manejar, y que para iniciarse en los secretos del sagrado del corazón humano era menester llevar por hierofante con la luz del arte la experiencia nativa o adquirida de los sucesos de la vida, han creído que llanamente podían escalarlo y sorprender la belleza encerrada en él con el fin de sacarla a la plaza y conquistar fama imperecedera. De aquí ese aluvión de composiciones novelescas que fatiga las prensas, usurpa en las columnas del periódico el puesto de otras producciones más satisfactorias al corazón y da pábulo a vituperable ociosidad.

Ni basta una original inventiva y el desempeño feliz en los pormenores para salir bien en la novela, si no preside método en la ordenación de los sucesos, y si el conjunto hace la impresión de un hacinamiento de hechos dislocados; yerros que con no poca frecuencia se advierten en novelas de desmañados autores.

Cuanto más sencilla es la concepción de la novela, más ha menester los arbitrios que un ingenio extremado sabe encontrar en la verdad, cuando va a urdir la finísima tela de sus ficciones; y precisamente de ese modo el escritor manifiesta su filiación de novelista ejercitado y tinoso.

La más sencilla forma de la novela es sin duda la que idealiza los afectos del hogar en su relación con la sociedad, y con todo, es una de las de más dificultoso desempeño, por ser la que tolera menos que su trama se aderece con los recursos enfadosos brindados por los artificios de la falsedad y la exageración, con que a veces se cubre la escasez de inventiva.

En la novela del hogar se oyen distintamente los avisos de la naturaleza, se siente el candor de los afectos, hace morada la ingenuidad del corazón, la voz de la conciencia sirve de norte a la rectitud del alma, los consejos de la experiencia encuentran oídos que los escuchen y voluntades que los sigan; acúdese con solicitud a los llamamientos del deber moral, toda virtud se ve levantada en casto fundamento, y la autoridad paterna, ejerciendo imperio moderado, ampara y protege con su sombra a la familia. En ella la disimulación y la doblez sólo tienen cabida para recibir escarmiento, el arrojo de las pasiones se detiene ante la altivez de la inocencia; y por sus umbrales no entra la concupiscencia sino para quedar abatida a los pies de la templanza.

A la relación novelesca concebida de esta manera, y dirigida con lisura y sencillez, viene toda la poesía imaginable de la belleza moral. En el desempeño de tales condiciones los grandes noveladores ingleses, entre los cuales se destaca Carlos Dickens, han hecho prueba notoria de su vocación para cultivar la novela, fecundizando esa bien dispuesta haza literaria con su mano experta y avezada. Cuadros acabados que representan la vida del hogar es cierto que encontramos a cada paso encajados felizmente en casi todas las buenas relaciones novelescas, pero con vida propia, formando por sí sola un género, la novela doméstica ha sido creada por el espíritu de los novelistas ingleses. Sólo con

éstos ha logrado escaparse de dar al través en el borrascoso turbión en que se ha visto envuelto todo género novelesco.

Si ha de cumplir la novela todos sus fines, han de traslucirse por ella lo que contribuye a labrar la dicha o el bienestar de la sociedad, las verdades que íntimamente la afectan, las plagas morales que la azotan, los errores que la afligen, las sombras que la embozan, y reconocerse a cada paso el estado del organismo de la propia sociedad.

No lo creen así algunos, imaginando que en la novela debe huírse de razones de filosofía, y dan en el extremo de prescindir de todo concepto sutil que manifieste la penetración de los móviles de la voluntad y del corazón. Es indudable que esas razones bien acomodadas en el relato, granjean a éste serena gravedad, y le impiden que se haga descarnado y seco, crónica novelesca que no se presta a la atención de un discreto lector.

Bueno es que se mantenga a raya la pluma para no deslizarse a sutilezas que desmayan el estilo, pero todo ingenio, si ha de procurar y avivar la atención del que lee, debe ser artificioso en cuanto se trate de allanar la lógica de los hechos y discurrir con ella suavizando la aridez con la agudeza.

En lo que toca a los caracteres, advierto que cuando las tintas con que se retratan son demasiado vivas, y los afeites que se emplean no son finos lo bastante, no se encuentra su original en la naturaleza, y por más que nos esforcemos no daremos con él en el discurso de la vida. La flaqueza de los caracteres no es secundaria respecto de las demás buenas cualidades que adornen la novela, en la cual ha de verse principalmente la vida humana en la sociedad. Si esa vida se nos muestra decadente y enfermiza, la ficción se mostrará asimismo con altibajos que la hacen desmerecer. Alentará con una descripción viva, un episodio interesante, un diálogo fácil, una narración amena, pero por fuerza volverá a su languidez y desmayo, y acabada su lectura, no dejará sino la reminiscencia pasajera de los artificios y ornatos de más valía que con el tiempo se perderá en absoluto. No toca en este inconveniente el verdadero novelista, en cuyo ingenio está la creación del personaje acabada y perfecta. Los caracteres van dibujándose poco a poco por procedimiento natural en la ficción hasta que se ven armados de punta en blanco, sin faltar en ellos ni la línea, ni el perfil, ni la sombra más insignificante. Traba nuestra alma relaciones con ellos si tienen cualidades para granjear corazones; nos repugnan si no se ejercitan en el bien, ni se doblan nunca a ningún incentivo de virtud, y de todos modos quedan presentes en nuestra memoria.

No se contentó la novela francesa de maligno carácter con extraviar el juicio y causar trastornos en la fantasía de los que se desvivian por ella, sino que vació en el organismo de la lengua castellana infinidad de elementos que repugnaban a la índole de ésta, y que agostaban los de la misma literatura de que provenían; vocablos mal sonantes o mal formados, o cuando menos inútiles, locuciones revesadas e imágenes extravagantes han sido las dádivas que la novela francesa, por conducto de traductores indoctos, ha hecho a la literatura castellana, la cual tiene caudal por herencia legítima y por trabajo actual para bastarse a sí propia. Y aunque es cierto que la traducción de obras francesas de otro linaje ha atentado también notablemente a la integridad de nuestra lengua y literatura, es indudable que la novela ha sido la más nociva por su influjo en todas las categorías sociales representando toda clase de ideas, afecciones y sentimientos.

Tómese en cuenta, además, que la profusión con que se ha propagado la mala novela en castellano es otra causa de que el lenguaje haya padecido esas enervaciones de que no va curando sino por el desprecio en que ha caído la causadora de tal dolencia, vencida por obras de igual género, en que el mérito de la invención iguala con el de la expresión literaria. Por este medio es de esperarse que la lengua vuelva a su prístina entereza.

La novela recobrará la suya y volará sin traba dentro de una combinación artística de esencia y de formas en que domine una genuina interpretación del concepto social, y en que entren los nuevos elementos que en abundancia le ofrece hoy la crítica literaria. Emancipada de la tiranía que ha ejercido sobre ella una desmedida libertad en el arte, se ostentará majestuosa influyendo provechosamente en las inclinaciones sociales y en la dirección de las buenas letras.

Con tales condiciones llevando impreso el sello de lo nacional simbolizará caracteres universales, y perpetuará el tipo de las prácticas, costumbres, creencias y sentimientos de una época de la vida de cada pueblo.

Guardando sus puntos y andando en sus quicios esa forma literaria, en su idea cardinal no saldrá de los términos de la verdad poética, tendrá acción compasada y eficaz en la sociedad; y siempre se mostrará con la conveniencia y decoro que cumple a su importancia moral.

DIEGO RAFAEL DE GUZMÁN

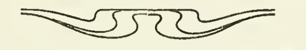




ACADEMIA COLOMBIANA

En la noche del lunes 6 del corriente, se verificó la sesión anual en celebración del aniversario 12.º de su fundación, bajo la presidencia del Director, señor José Manuel Marroquín, y en la morada de éste. De los académicos de número asistieron, además del Presidente, los señores Caro, Caicedo Rojas, Guzmán, Martínez Silva, Pombo, Holguín y Samper; correspondientes, los señores Alvarez y Suárez; honorarios, los señores Soffia y Merchán; de los demás, unos se excusaron por enfermedad u otras causas, y otros están ausentes. El Secretario señor Pombo leyó el informe anual, muy interesante, y para cuya inserción ofrecemos gustosos a la Academia las columnas de *La Luz*. El discurso reglamentario correspondía al señor doctor Felipe Zapata, y este ilustrado escritor lo habría hecho, como lo pensó, a no habérselo impedido los acontecimientos políticos de estos últimos días; para reemplazarlo preparó en un espacio de tiempo muy breve el señor Diego R. de Guzmán, una disertación sobre la novela, trabajo de crítica reposada, erudita e ingeniosa. Después del lujoso té con que el señor Marroquín obsequió a sus huéspedes, se prolongó la reunión en plática agradable y lectura de varias poesías, hasta pasadas las dos de la mañana. Asistieron también muchos caballeros más, invitados al efecto.

(*La Luz* de 8 de agosto de 1883).





ACADEMIA COLOMBIANA

En la noche del 6 de agosto celebró la Academia Colombiana una sesión solemne en la casa de su Director, señor don José Manuel Marroquín, con el fin de conmemorar a un mismo tiempo la fundación de Bogotá, y la sesión que celebró el 6 de agosto de 1872 para abrir su primer período reglamentario.

La Academia juzgó prudente no dar a aquel acto la publicidad ni el aparato que en otros años le ha dado. No obstante, él se verificó en presencia de una reunión escogida de sujetos a quienes se había invitado.

Leída por el Secretario, señor Pombo, el acta de la sesión solemne anterior y la reseña de los trabajos de la corporación en el último período, el académico numerario, señor don Diego R. de Guzmán, pronunció el discurso inaugural, que versó sobre el género literario comprendido en la denominación genérica de *novela*, y que, según los que lo oyeron, es un estudio profundo y magistral, expuesto en elegantísima forma.

El señor Pombo improvisó una disertación crítica sobre romances, y leyó algunos no conocidos entre nosotros y sumamente notables, compuestos por autores españoles. El señor Soffia, académico honorario, propuso a todos los concurrentes, después de levantarse la sesión, que se hiciese un esfuerzo por allanar los obstáculos que habían impedido la continuación del *Repertorio Colombiano*, publicación de que hizo elogios sumamente lisonjeros, no sólo para los que en ella tuvieron parte, sino también para el país. A esta benévola excitación correspondieron los asistentes con caluroso interés.

Podemos, pues, asegurar que pronto reaparecerá el *Repertorio Colombiano*, cuya suspensión era lamentada no sólo en Colombia, sino en América y en España, adonde los hombres de letras lo recibían con especial interés.

Once años cuenta de establecida la Academia Colombiana, y merced a ella ya podemos saborear los frutos alcanzados en la aclimatación de la verdadera lengua de Cervantes, en otro tiempo viciada aquí con no pocas corruptelas.

El *Papel Periódico Ilustrado* hace sinceros votos por la prosperidad de tan respetable corporación, y al dar la bienvenida al *Repertorio Colombiano*, deseándole larga y fructuosa vida, espera la pronta visita de tan estimado colega.

(Papel Periódico Ilustrado, número 50, de 20 de agosto de 1883).



ACADEMIA COLOMBIANA

Esta respetable corporación, que por sí y por cada uno de los individuos que la forman, hace honor a nuestro país, celebró, como de costumbre, el 6 de agosto por la noche, el décimotercero aniversario de su inauguración, en el hermoso local del Ateneo de Bogotá, por cortesía de los Directores y Tesorero de éste. Pasada la lista de académicos, no pocos de ellos ausentes en el Extranjero, y leída y aprobada el acta de la sesión inaugural de 1883, el Director recientemente reelecto, señor Marroquín, leyó el discurso inaugural de la ocasión; en seguida el Secretario Perpetuo, señor Pombo, hizo otro tanto con la reseña que le correspondía del último año, y después de ésta se leyó un artículo del señor Caicedo Rojas sobre la *Quinta de Fucha,* relacionado con la fecha del día, clásica en Colombia, y con sus más ilustres mandatarios virreinales y republicanos.

Habló en seguida el Excelentísimo señor Soffia, Ministro de Chile y académico honorario, sobre los dignos académicos residentes en el Perú y Chile, correspondientes de la Real Española, y sobre la conveniencia y posibilidad de que se constituyan en cuerpos correspondientes que sigan el fructuoso ejemplo de la Colombiana, asunto que tras de breve discusión quedó pendiente para las próximas juntas ordinarias.

Leídos después unos sonetos del señor Caro, de asunto histórico y también referentes al 6 y al 7 de agosto, y un extenso fragmento de la biografía del ilustre poeta y Presidente de la Nueva Granada, íntimo amigo de Bello y padre de un lamentado académico, don José Fernández Madrid, obra del señor Martínez Silva, el hospitalario amo de su casa, señor doctor don José María Quijano Wallis, del Consejo Directivo del Ateneo, invitó a todos los presentes a una cena preparada en otro salón, en donde, alternando los gustosos bocados con la lectura de composiciones poéticas de los señores Ortiz, Pombo, Soffia y del mismo anfitrión, se prolongó tan selecta y variada fiesta literaria y amistosa hasta las primeras horas de la mañana del 7. Entre los concurrentes no académicos notábase al señor Cólogan, Ministro de España, por habitual deferencia de la Academia hacia la representación oficial de la madre patria y centro de la lengua.

A continuación publicamos el discurso del señor Marroquín, la reseña del señor Pombo y el escrito del señor Caicedo Rojas, titulado una *Quinta Histórica*, piezas con cuyo manuscrito se nos ha favorecido. La composición patriótica del señor Caro, leída en la Junta, ya se dio a luz en el número anterior de *El Repertorio Colombiano;* y nos prometemos que

igualmente se nos favorezca para otros números con las demás producciones, a fin de que todos nuestros lectores disfruten, como los que estuvieron presentes, del referido banquete intelectual.

(Repertorio Colombiano, número XII, agosto de 1887).

DISCURSO DEL DIRECTOR

SEÑOR DON JOSÉ MANUEL MARROQUÍN

Vive el hombre protestando contra su propia mortalidad y contra la de todo lo que le atañe. Llora sobre todo cadáver y gime sobre toda ruina, declarando con ello que contempla lo que llamamos muerte y lo que llamamos fin, como cosa contraria a su naturaleza. Cada generación, durante los años que emplea en pasar por la tierra, ve más perecer que nacer, ve agotarse más plantas que las que ve brotar, ve asolarse más edificios que los que ve levantarse; y con todo, el hombre se obstina en ser eterno e inmutable, y en pretender para sus cosas una estabilidad de que nada de lo que tiene a la vista puede darle idea.

De esta elevada aspiración vienen los esfuerzos para combatir con el Tiempo, inexorable destructor de las obras de la naturaleza y de las obras humanas; y con el Olvido, divinidad que los antiguos no se acordaron de colocar entre las suyas, y a quien deberían haber representado como hijo del Tiempo, que anda siempre en pos de su padre borrando los vestigios que dejan los seres abatidos por éste.

¿A qué, sino a nuestra vehemente aspiración a la inmortalidad, se deben los esfuerzos del arte para fijar por medio de monumentos, y a pesar de la muerte y de la destrucción, la existencia de los hombres y la realidad de los hechos? El hombre hace de la memoria un mundo en que se empeña en hacerse existir él mismo perdurablemente, y en perpetuar todo aquello cuyo sér está ligado con el suyo.

Esta misma repugnancia al aniquilamiento, este mismo anhelo por convertir lo pasado en un perdurable presente, explica la antigua y universal costumbre de celebrar aniversarios. Un aniversario es un día escogido para hacer reaparecer lo que ha perecido, para olvidar el olvido, para hacer vivir lo que está muerto, para borrar la distancia que el tiempo ha extendido entre nosotros y lo que se ha acabado. Celebrar hoy un cumpleaños es penetrarse de que el niño nace hoy, aunque en la cabeza de ese niño se vea la nieve de muchos inviernos. En un aniversario fúnebre ¿qué hacemos sino llamar al difunto amado para que venga a vivir con nosotros y a recibir testimonios de nuestro cariño? ¡Cosa singular! en el aniversario de una muerte, lo que se celebra es la vida.

En las solemnidades en que festejamos los sucesos gloriosos, los arrancamos de la historia y los traemos hasta nosotros para regocijarnos por ellos como si estuviéramos viviendo en el día en que ocurrieron, o más bien, como si ese día fuese el mismo en que los estamos conmemorando. Así, pugnados por reducir a uno solo los varios puntos cuya sucesión compone lo que llamamos tiempo, para que suceda con ellos lo que con muchos vidrios iguales, que, puestos unos sobre otros, parecen uno. De este modo, sin saberlo, trabajamos por convertir el tiempo en eternidad, esto es, en aquella existencia absoluta en que no hay ayer ni mañana.

Y aquí hay una cosa que admirar: la fantasía, que es quien se encarga de suprimir los años que nos separan de los seres y de los sucesos que han finado, no debería crear esta ilusión que para nosotros torna el pasado en presente, sino en provecho del corazón, que es con quien de ordinario se confabula. Pero no: aun tratándose de las cosas que no conciernen sino a la inteligencia, hace su mágico oficio dando realidad a las cosas pasadas. Así nosotros, señores académicos, estamos reunidos ahora para hacer del 6 de agosto de 1884 el 6 de agosto de 1872.

Pero acaso hago mal en mirar como extraño el que en esta solemnidad tome parte el corazón. ¡Qué! ¿no deberá el nuestro latir alborozado al contemplar que esta corporación subsiste hace más de 12 años y toma creces, sin que ningún auxilio ni elemento extraño a ella misma haya contribuído a su mantenimiento? ¿Y no deberá consagrar siquiera un latido a la memoria de aquellos que como amigos y como colegas se hallarían en estos momentos entre nosotros, si de unos no nos separara la losa de un sepulcro, y de otros la extensión del océano?

La Academia Colombiana dio desde su nacimiento muestras claras de lo que había de ser y del modo como había de subsistir. En una casa pobre (que su dueño, nuestro carísimo Vergara, no abundaba sino de sentimientos nobles y de ingenio) se reunieron silenciosamente el 10 de mayo de 1871 los tres individuos a quienes la Academia Española había conferido el honroso encargo de constituír la Colombiana, y allí, en amigable plática, acordaron lo que para tal fin parecía conveniente. La conformidad de ideas de los fundadores y el amor puro a las Letras fueron en aquel acto el móvil y el estímulo únicos, como habían de seguir siendo el único principio vital del Instituto. En otras naciones, la vida de los del mismo linaje que éste, ha sido sostenida por el Gobierno. El nuestro no ha podido hasta ahora favorecer a la Academia sino ocasional y transitoriamente. Así, si subsiste, subsiste sólo merced a la fe que anima a sus miembros de que su tarea es seria, importante y honrosa, honrosa no únicamente para ellos, sino también para la patria.

Creado el Instituto, se acordó que su instalación se verificase el 6 de agosto, y se eligió esta fecha en memoria de la fundación de Santafé. De esta suerte, cada celebración del aniversario académico es juntamente celebración del de aquel hecho histórico. La Academia solemniza un aniversario con otro aniversario, y con ello hace patente que, aunque las tareas a que se consagra sólo tienen que ver con la inteligencia impasible y fría, no le es extraño lo que dice relación a la fantasía y al sentimiento. Ella, mediante una que me atreveré a llamar piadosa ficción, confunde el día en que la lengua castellana y la cristiana civilización asentaron por primera vez la planta en estas comarcas, con el día en que la lengua, después de haber tanteado sus fuerzas, se atrevió ya a declararse señora y a ejercer actos de dominio.

¿Y la fundación de la Academia será en realidad hecho digno de ser celebrado como lo son cuantos se enlazan con las glorias o con la marcha próspera de una nación, o será sólo memorable para un grupo de cultivadores de las letras, unidos por la comunidad de aficiones, por mutua estimación y, en mucha parte también, por dulce amistad?

Yo tengo, señores académicos, que ser modesto no sólo por mí, sino también por vosotros, y no trataré de resolver esa cuestión; si bien la justicia me obligaría a decidirla de

acuerdo con la modestia, pues es notorio que si en orden a ciertos adelantamientos puede deberse algo a este Cuerpo, no se le debe todo. En los años que él ha existido han concurrido felizmente muchas causas a dar impulso al movimiento literario, a la difusión de los conocimientos y del buen gusto, y a todo lo que la Academia debe mirar como objeto de su solicitud.

Pero, aunque los adelantamientos de que hablo no sean obra de la Academia, a ella le cumple consignarlos y celebrarlos.

Los estudios sobre la lengua castellana y los estudios filológicos en general, casi desconocidos en el país no há muchos años, y lo que es peor, reputados ociosos o de mera curiosidad, van tomando vuelo y produciendo frutos. Los trabajos que de esos estudios han resultado lo hacen patente. Nuestra juventud ya no se arredra a vista de la profundidad y la aridez de tales estudios, y ya salen de entre ella asiduos cultivadores de la filología. Las sillas de esta Academia tendrán quien las ocupe dignamente cuando dejen vacías las suyas los que hoy dignamente las ocupan, y más dignamente aún será ocupada una que honra actualmente a quien el acaso o la amistad y no el merecimiento llamó a sentarse en ella.

Jamás podrá hablarse de progresos en los estudios sobre la lengua y sobre filología en la América española sin que venga a la memoria el nombre glorioso de Bello. El, con sus magistrales trabajos, inició en estas regiones tales estudios, y con sus ejemplos puso a la vista lo rico y regalado de los frutos que se recogen cuando, mediante el trabajo, se aprenden a conocer los tesoros de belleza que encierra nuestra lengua, y el arte de aprovecharse de ellos. Rindamos, por tanto, una vez más el tributo de nuestra admiración y nuestro reconocimiento a aquel que supo llegar al ápice de la perfección analizando la conjugación castellana y cantando la Zona Tórrida.

La instrucción en general adelanta y se extiende en nuestro suelo; y siendo mayor el número de los que la poseen, mayor viene a ser el de los que pueden hallar en sí las disposiciones con que el cielo los haya favorecido para el cultivo de las Letras. ¡Cuántos Bellos, cuántos Olmedos, cuántos Arboledas, cuántos Cuervos no habrán nacido entre nosotros, que por falta de una primera luz no han descubierto el principio de la senda por donde estaban destinados a subir a grandes alturas, y que se han arrastrado en silenciosa oscuridad bajo este clima propicio juntamente al desenvolvimiento intelectual y a la poética inspiración!

Del propio modo que no puede olvidarse a Bello cuando se trata de progreso literario en nuestra América, no puede dejar de venir a la memoria el nombre de nuestro esclarecido colega, don Rufino José Cuervo, al tratarse del pulimento que en el lenguaje se observa hoy entre nosotros y que se debe a sus preciosos trabajos. En todos los infinitos productos de nuestra prensa, ya sean obras didácticas o poesías, ya libros de devoción o libelos infamatorios, ya opúsculos o artículos interesantes para la ciencia o para el buen gobierno, o folletos u hojas volantes de aquellos en que desahogan su enojo todos los agraviados, se percibe el maravilloso efecto del estudio y la común lectura de las *Apuntaciones Criticas.* Ya es harto rara la aparición de aquellas producciones chabacanas, hijas del atrevimiento que da la ignorancia, con que hasta no há mucho tiempo se ofendía muy a menudo al sentido común y al buen gusto.

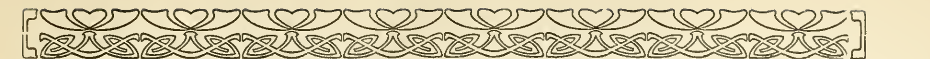
En el modo de producirse la gente de la clase más humilde se echa de ver no menos el bien que se ha alcanzado con aquel libro incomparable.

Por otra parte, podemos mirar ya como muy cercano el día en que cesen las disidencias en puntos ortográficos, y en que en cuanto a la lengua escrita se note la misma conformidad con la madre patria, que por gran dicha se observa en cuanto al lenguaje hablado.

Así, podemos decir que en orden al estudio y en orden al uso del idioma, nuestro lema es *progreso en la unidad.* Esto es, asiduidad para descubrir las bellezas y los ricos tesoros del castellano, y esmero en usarlo sin corromperlo, con solícita atención a no apartarnos del uso de las demás naciones que tienen la fortuna de hablarlo.

Consignados estos adelantamientos, doy por ellos mis enhorabuenas a la Academia, que los mira con vivo interés, y a la Nación, que, ya que en otros ramos de la cultura no puede competir sino con muy pocas, puede en cuanto al lenguaje preciarse de no ser de las últimas.





ACADEMIA COLOMBIANA

JUNTA INAUGURAL DEL 6 DE AGOSTO DE 1884

RESEÑA DEL SECRETARIO DON RAFAEL POMBO

Señor Director, señores:

En el año de la Academia Colombiana que voy a reseñaros, más brevemente que otras veces, en el décimotercio aniversario de su inauguración, la mano de la Providencia se ha mostrado muy severa, a nuestra vista material, con varios de sus individuos, como para convencernos de que no son sino prestados los dones más preciosos con que nos favorece, los que más próximamente nos reflejan su amor y su misericordia; y que nosotros mismos, como ellos, no estamos aquí sino de paso, en rápida misión de prueba de sus beneficios y de nuestra aptitud para apreciarlos, desearlos y merecerlos más completos y permanentes. Las Letras, nuncios de los corazones, deben también dirigirse por este camino: los instrumentos deben corresponder a la ley del obrero. ¡Qué testimonio más patente de la bondad de Dios y de los destinos inmortales, y del social amor, de los espíritus en todos los términos de su existencia, que esta comunión suya en la tierra, que emancipándonos de las condiciones terrestres del tiempo y de la distancia, y poniendo los sentidos a su servicio en vez de esclavizarnos de ellos, anima y multiplica nuestra vida mortal, y la desahoga hasta lo infinito! Ella nos proporciona en la soledad misma una sociedad deliciosa; traspasando aún las losas sepulcrales nos permite seguir escuchando la voz de los seres queridos que ya no vemos; y distrayéndonos de todo lo ingrato y efímero, convierte en nobles e inocentes ejercicios del alma las horas que, sin dicha comunión, serían imagen de la verdadera, de la eterna muerte. La vida entera es expansión y asociación; la voz y la letra son como sentidos de orden espiritual, que verifican esa acción constante y bienhechora; y la vida especial de las Letras viene a ser débil ensayo, infantil remedo de la eterna; una atmósfera más alta y serena que, aunque opacamente, refleja su espiritualidad, su ubicuidad, su inmortalidad, la paz de su beatitud y el esplendor de su gloria, en el seno infinito, trino y uno, de la Verdad, de la Bondad y de la Belleza, tales como en el tiempo nos es concedido sospecharlas. Aun desde la tierra, hay allí un hechizo, una anestesia irresistible; y el

aguljón del dolor no sólo queda embotado para herirnos, sino que antes parece introducirnos algún hecho más adelante, en la región pura donde ya es él desconocido. Palpando asl que en la verdadera vida no hay dolor, natural es que nos inclinemos a buscar en las vlas del esplrltu nuestra medicina.

Merced a esto, en cuanto dependió de los académicos a quienes aludl, heridos por la adversidad, si bien hubieron de suspenderse las juntas por algunos meses, la Academia resumió, en el año que hoy concluye, su marcha reglamentaria, y aun emprendió un nuevo trabajo, el de un «Diccionario clásico español, o sea de geografía, historia, biografía y mitologla de los griegos y romanos,» que, mediante la debida investigación y confrontación, fije la forma castellana, hoy vaga e indecisa, de tántos nombres propios de frecuente uso en las Letras; obra que ya poseen quizá todas las demás lenguas cultas, y que en la nuestra se hace desear. Los académicos han traído a las juntas ordinarias sus papeletas de nombres con los respectivos ejemplos de autoridades, según la distribución hecha de éstas: y dada cuenta de ellas, van acumulándose en orden, con las observaciones que ocurren.

En la tarea principal, conforme a nuestros estatutos, de colaborar al Diccionario vulgar de la Academia madre, la nuéstra no se ha ocupado en este año como en los anteriores, por estar ya muy avanzada en Madrid la impresión de la edición que pronto reemplazará a la última recibida.

Nuestra Academia recibió recientemente un testimonio de aprecio y confianza sobremanera honroso, por comunicación de la Secretaría de Instrucción Pública del Gobierno de Guatemala, dirigida a nuestro Director. En ella se solicita el juicio de este Cuerpo para la decisión que habrá de dictarse allá oficialmente con el objeto de poner fin a la completa anarquía en materias ortográficas que, según lo expresa el señor Secretario, reina en aquella República; un esfuerzo más en la lucha por aquella unidad salvadora, e instintivamente anhelada, a que he aludido en algunas de mis reseñas. Os leeré dicha pieza, y la respuesta de nuestro Director, lectura que excusa cualquier comento con que retardase la satisfacción que tendréis en escucharlas.

Guatemala, mayo 12 de 1884.

Señor Presidente de la Academia de la Lengua.—Bogotá.

Muy estimado señor:

A nombre de la Secretaría de Instrucción Pública de Guatemala, y debidamente autorizado por ella, tengo el honor de dirigirme a usted con el motivo siguiente:

Antes del año de 1871, en que empezó a regir los destinos de este país el partido liberal, que hoy le gobierna, se seguían en él, casi en absoluto, las teorías gramaticales de la Real Academia Española de la Lengua. Después de aquella fecha, la Administración actual, deseosa de dar a la instrucción pública el mayor desarrollo posible, y de encaminarla por el mejor sendero, hizo traer textos y profesores extranjeros que contribuyesen a ese fin. No era dable que, con tal objeto, se echasen en olvido las obras escritas por eminentes americanos, y, entre las que aquí se trajeron, tuvimos el gusto de ver la gramática de don Andrés Bello, que ya muchos conocían, pero que aún no estaba en manos de la generalidad. Sus teorías se estimaron como buenas: se adoptó como texto uno de sus compendios,

y la obra completa adornó desde entonces los estantes de nuestros hombres estudiosos, que se decidieron a practicar sus doctrinas.

Hubo algunos, sin embargo, que permanecieron fieles a sus antiguas opiniones, y continuaron escribiendo de acuerdo con los preceptos de la Academia.

Esto ha dado origen en este país—y es de suponer que lo mismo haya sucedido en otros hispanoamericanos—a una anarquía completa en materias ortográficas, anarquía que redunda en perjuicio de la claridad, de la exactitud y del buen gusto, y que la Secretaría de Instrucción Pública a que me refiero está dispuesta a cortar en lo que sea posible.

Tiene dicha oficina su criterio propio en este asunto; pero deseando el mayor acierto al tomar resoluciones en él, agradecería como un favor especial el que la Academia de que usted es dignísimo Presidente le hiciese conocer su opinión en un particular de tánta trascendencia.

Quizás esta consulta distraiga de algún modo las elevadas atenciones de tan respetable corporación; pero hallándose ésta compuesta de los escritores americanos más distinguidos, y situada en los Estados Unidos de Colombia, cuyo americanismo es universalmente conocido, es, y tiene que ser, el natural consultor de los pueblos de América en materias lingüísticas.

Si, pues, la Academia ha tenido oportunidad de detenerse en el punto que motiva esta consulta, y tiene a bien transmitirnos el resultado de sus estudios, prestará a este país y a los demás que se hallen en igual caso, un servicio de gran consideración. Este servicio sería aún mayor si viniera acompañado de algún tratado u opúsculo que la Academia hubiera escrito sobre el particular.

No dudo que usted atienda gustoso a la súplica que tengo la honra de dirigirle; y con tal motivo, a nombre de esta Secretaría de Instrucción Pública y mío, le anticipo las gracias, y me suscribo de usted con respetuosa consideración, atento seguro servidor.

JOSÉ M. IZAGUIRRE

Bogotá, 1.º de agosto de 1884.

Señor don José María Izaguirre—Guatemala.

Muy estimado señor:

Recibí la apreciable nota de usted, fecha 12 de mayo del corriente año, e impuse de su contenido a la Academia Colombiana en su sesión de 5 de julio. En ella se me dieron instrucciones acerca de los términos en que debía extender la presente contestación.

Ante todo, quiere la Academia se manifieste a usted que la honra que se le ha dispensado por usted mismo y por el señor Secretario de Instrucción Pública de Guatemala es tan grande, que cada académico la declinaría por su parte, si el declinarla así fuera posible sin dejar de aceptarla para la corporación. A nombre de ésta y de cada uno de sus miembros presento a usted, y por conducto de usted al señor Secretario, por las honrosísimas expresiones con que la favorece, la más cordial acción de gracias.

No sin razón deplora el Gobierno de Guatemala la anarquía que, en materias ortográficas, se ha hecho sentir en ese país como en los más de la América española. La Academia Colombiana la reputa como mal gravísimo, y tiene la satisfacción de poder afirmar que don

Andrés Bello, que en un tiempo creyó conveniente iniciar reformas ortográficas, vino por último a lamentarse de aquella anarquia y a temer que las naciones americanas no pudieran en muchos años librarse de ella.

Por fortuna, los temores del Patriarca de las Letras americanas no tenían tanto fundamento como parecían tener, y hoy vemos casi del todo reducidas a la apetecida unidad a las naciones de origen español, si se exceptúa a la República de Chile.

La Academia juzga esta unidad en todo lo concerniente al lenguaje, como de necesidad absoluta, y abriga la convicción de que tan gran bien no puede alcanzarse sino mediante la sujeción a una sola autoridad.

Habiendo sido ésta ejercida, hace siglo y medio, por la Real Academia Española; siendo este docto Cuerpo competente para ejercerla, y hallándonos habituados cuantos hablamos castellano a acatar sus decisiones, será poca cordura buscar en otra parte el centro de unidad que hemos menester.

Y si se hubiera de oponer a este dictamen el de que es vergonzoso para América estar sujeta a España en orden al lenguaje, contestaríamos que, desde que la Academia Española, mediante la creación de Academias correspondientes, llamó a los americanos a tomar parte en sus labores, y por consiguiente en el ejercicio de su autoridad, aquella objeción, que nunca tuvo sustancia ni visos de racionalidad, ha dejado ya totalmente de merecer la atención de las personas serias y sensatas.

Por estas y por otras muchas consideraciones, la Academia Colombiana usa, sostiene y recomienda la ortografía de la Española. A los esfuerzos de varios de sus miembros se debió, hace ya mucho tiempo, que en este país empezara a cesar la anarquía introducida por los innovadores, de la que ya no van quedando sino insignificantes vestigios.

Esta Academia no ha compuesto tratado alguno sobre ortografía, pero acepta y aprueba en todos los principios y doctrinas del que acerca de esta materia escribió su actual Director, así como los razonamientos y observaciones contenidos en el opúsculo titulado *De la neografía en América y particularmente en Colombia*, compuesto por el mismo autor. Igualmente acepta y aprueba las ideas expuestas por otro académico, don Miguel Antonio Caro, en su discurso *sobre el uso*, discurso que no versa especialmente sobre el asunto de que aquí se trata, pero que tiene con él íntima conexión.

A lo expuesto en el opúsculo mencionado, hay que agregar la relación de un hecho no referido en él. El Gobierno de esta República adoptó en otro tiempo como ortografía oficial la llamada americana. Aqui se había incurrido en la extravagancia de considerar dicha ortografía como inseparable de los cánones del partido liberal. Este partido subió al poder en 1861, y en él se mantiene, lo que parece hubiera debido ofrecer al mismo sistema ortográfico su apoyo más eficaz. No obstante, el Gobierno ha cedido al empuje de la opinión y al ejemplo de la mayoría de la gente educada, y emplea hace ya algunos años, por resolución expresa del Cuerpo legislativo, la ortografía pura e íntegra de la Academia Española.

Cuando otros motivos no hubieran impulsado a este Gobierno a volver al antiguo sistema ortográfico, lo habría forzado a ella una comunicación que le dirigió no há muchos años el General don Sergio Camargo, distinguido miembro del partido liberal, hallándose acreditado como Ministro de Colombia en Inglaterra y Francia; comunicación en que hizo

presente que el uso de la ortografía llamada americana en notas y documentos oficiales procedentes de nuestras oficinas, era mirado en Europa como prueba de ignorancia.

No puede suceder otra cosa con los escritos de cualquier linaje que lleven la ortografía americana. En Inglaterra, en Francia, en Italia, en Alemania y en los Estados Unidos del Norte, es grande el número de los que conocen nuestra lengua, y no pequeño el de las ocasiones que se les presentan de leer escritos de empleados y de autores hispanoamericanos. Si éstos en su modo de escribir se apartan de lo único que en esos países puede ser considerado como regla y como modelo, esto es, de la práctica de los españoles europeos, los europeos y norteamericanos no pueden atribuírlo sino a ignorancia y al atraso de que, por desgracia, les damos por otra parte bastantes muestras en algunas de estas Repúblicas. Sería ridículo suponer que por allá tuvieran idea de nuestras disensioncillas literarias o de los escritos en que se han defendido o tratado de propagar las innovaciones que han tenido origen en estos países.

Remito a ustedes un ejemplar del tratado de ortografía a que me he referido; uno del número de *El Repertorio Colombiano*, en que se insertó el opúsculo sobre neografía, y otro número de la propia revista en que se halla el discurso del señor Caro, *sobre el uso.*

Me sería por extremo agradable que para usted y para el señor Secretario de Instrucción Pública fuera satisfactoria y útil la contestación que a nombre de la Academia Colombiana doy a usted.

Aprovecho esta oportunidad para dar a usted el más sincero testimonio de mi estimación personal, y para suscribirme de usted muy atento, seguro servidor,

JOSÉ MANUEL MARROQUÍN

Se recibió al fin, con muchos meses de atraso, la noticia debida de la ratificación acordada por la Real Academia Española a la elección que la Colombiana hizo de individuos de número en los señores don Rafael Núñez, don José María Samper y don Marco Fidel Suárez, y del nombramiento de los mismos señores por la Española de correspondientes suyos extranjeros. El 25 de octubre verificó ella estos actos, según lo participa el señor Tamayo y Baus; y obviado con el recibo de su oficio el inconveniente que demoraba comunicar a los nuevos electos lo que apenas presumíamos, la Academia se entenderá con ellos, como es de uso, para preparar su recepción. El señor Samper está ausente, en el importante servicio de estrechar oficialmente las relaciones de Colombia con nuestros hermanos del Sur de América; pero esta Secretaría ha recibido expresivas pruebas de que no nos olvida; para antes de nuestra próxima Junta inaugural esperamos su regreso.

Hace más de un año, como lo recordaréis, nuestro compatriota y compañero el señor don Carlos Holguín fue honrado directamente por la Real Academia Española con su elección de individuo correspondiente; después, en 11 de octubre del año pasado, recibió igual honra el señor don Lorenzo Marroquín, la que debe lisonjearnos como alta confirmación de la palma que nuestra Academia le discernió en el certamen abierto para celebrar el centenario de don Andrés Bello.

Continúa también tardía en ocasiones e irregular, la comunicación postal y telegráfica entre esta capital y la de Venezuela. No llegamos a saber si la Academia venezolana recibió el saludo dirigido por nuestro Director el día del centenario del Padre de la Patria, pues

no vino respuesta alguna a nuestras manos; pero durante la suspensión de nuestras Juntas sí se recibió una extensa comunicación del Secretario de aquella Academia, por la cual nos invita a canjear obras nacionales impresas y las manuscritas referentes a nuestras labores, que se encuentran en las bibliotecas respectivas; y a contribuír con la remesa de trabajos que en Colombia se hayan hecho a la investigación de varios graves puntos de etnología y lingüística, relacionados con los orígenes de las lenguas castellana y americanas; a lo cual se ha contestado correspondiendo con deferente aceptación y fraternales expresiones de buena voluntad a las del distinguido Secretario de la Corporación expresada.

Nuestro siempre extrañado compañero don Rufino J. Cuervo tiene ya en prensa en París el primer tomo de su «Diccionario de la construcción y régimen de la lengua castellana,» el cual, por la sola vista de su primer pliego o entrega ha recibido desde 1883, de eminentes filólogos de Europa, un voto no sólo de aplauso, sino de admiración. A tal voto se unen los incesantes nuéstros porque ese monumento llegue a su debido término y porque ya su afamado autor disfrute después por largos años de la mies generosa de su gloria.

Entretanto, otros dos compatriotas y compañeros correspondientes nuestros, los señores Conto e Isaza, asociados al efecto en Londres, trabajan asiduamente y tienen ya muy adelantado un «Diccionario de apellidos castellanos,» el cual suponemos incluirá alguna anotación de sus orígenes, variantes y relacionados, siendo por consiguiente no sólo útil sino muy curioso y de amena lectura.

No solamente se puso por obra el restablecimiento del *Repertorio Colombiano*, órgano generoso de las publicaciones de esta Academia, y hasta la fecha continúa sin interrupción, como siempre lo esperamos, y vemos que acontece con cuanto tiene por punto de partida la iniciativa, irresistible entre nosotros, de nuestro compañero honorario el Excelentísimo señor Soffia, sino que, con el mismo éxito, hizo éste recientemente un nuevo ensayo de su eficacia iniciando la creación del «Ateneo de Bogotá,» numerosa y civilizadora institución, y tan fraternalmente relacionada con la nuéstra, que, gracias a sus hospitalarios directores, es en su salón donde celebramos hoy nuestro aniversario. Corporación mucho más variada en objetos que la nuéstra, que es especial en el suyo, tiende, sin embargo, a las Letras por todos sus caminos; y, como un grande y brillante espejo de nuestra sociedad culta, será indirectamente nuestra eficaz colaboradora, y extenso plantel donde la común afición hará surgir a los que irán reemplazando a los que caigamos. Concédale el Cielo, muchas veces multiplicados, los años que ya la nuéstra cuenta de existencia, y que participemos en sus tareas con la misma buena voluntad.

La actual Administración ejecutiva de Colombia acaba a su turno de ponernos en posesión de un local espacioso para nuestra biblioteca y juntas, situado en el Capitolio nacional, cumpliendo así un ofrecimiento de administraciones anteriores. Como recién recibido, no está amueblado todavía. Gratos a este acto de culta deferencia, atendamos a proveer el nuevo local para que a nuestra vez podamos ser con él hospitalarios con nuestros amigos.

Entre las obras recibidas de obsequio, cuya lista sigue a esta reseña, señalaré tres a vuestra atención, por motivos de especial interés; a saber: el *Catálogo de manuscritos e impresos del Instituto de Jovellanos en Girón*, no sólo por lo que éste contiene, publicado e inédito, que adelantará el conocimiento y aprecio de aquel grande hombre por los estudiosos que allí acudan, sino porque registra también los títulos de muchas obras y documen-

tos relativos a secciones de la América Española, inclusive sus costas marítimas y misiones entre sus indios; la *Cuba Primitiva*, extensa compilación y estudio del célebre erudito cubano don Antonio Bachiller y Morales, que reúne gran copia de datos históricos y lingüísticos, desde luégo muy dignos de que nuestros propios investigadores los examinen y compulsen con las reliquias colombianas del mismo género, a lo cual va a excitarlos nuestro compañero honorario el señor Merchán en una revista crítica que prepara; y en fin, en ramo muy diverso la *traducción del Diablo Mundo* de Espronceda por el literato belga Luis Van Keymeulen, bajo el seudónimo de *Paul Agost*, precedida de un prólogo del traductor no menos honroso para éste que para Espronceda, por la simpatía y perfecta inteligencia con que lo juzga, sin desentenderse de la justicia.

De fallecimientos no me toca en esta vez registrar más que uno, el del señor don Antonio Benavides, individuo de número de la Española, erudito en estudios históricos.





RESEÑA DEL SECRETARIO SEÑOR POMBO

Señor Director, señores:

Desusada como lo es en las Juntas de recepción, a fin de no impacientar a los oyentes, la lectura de más piezas extensas que los discursos de la solemnidad, en este décimoquinto aniversario de la inauguración de la Academia Colombiana no demoraré con una reseña completa de trabajos de dos años (uno de ellos absorbido por guerra civil) la satisfacción, —que todos nosotros y nuestros invitados aguardamos con vivo interés,—de escuchar por fin en nuestro seno, como individuo de número electo desde el 12 de mayo de 1883, la siempre ingenua y elocuente voz de nuestro antiguo amigo el señor doctor don José María Samper, y la respuesta de nuestro Director, señor Marroquín; doble y gratísimo agasajo de cumpleaños, que para sí misma y para sus amigos reservaba la Academia intencionadamente.

Omitiendo, pues, varios asuntos económicos, pormenores y documentos, me contraeré a lo que pueda interesar al benévolo auditorio, y en primer lugar, desde luégo, a lo que constituye el objeto primordial de este Instituto, modesto cooperador de la Real Academia Española en su labor constante de tomar cuenta y razón de nuestra lengua siguiendo su marcha progresiva, pero segura y uniforme, para la precisa inteligencia común entre tántos millones de hombres como ella desahoga y entrelaza. A consecuencia del trastorno que ocasionó la guerra en las comunicaciones regulares del país, esta Secretaría vino a recibir el 15 de marzo último la duodécima edición del *Diccionario de la Real Academia*, aunque remitido de Madrid desde el 28 de febrero de 1885. Dignóse aquélla obsequiarnos con él en crecido número de ejemplares, *en testimonio de íntima gratitud*, como lo expresa su ilustre Secretario el señor Tamayo y Baus: reconocimiento excesivamente generoso, de madre al fin, por la cooperación de la hija en tan preciosa obra. Es ésta, por cierto, una mejora inmensa en su caudal, en método, en redacción y en forma tipográfica sobre todas las anteriores (fuera de las autoridades de la primera), como la comparación de cualquier página lo demuestra prontamente al curioso: y enriquécenla, además, por primera vez, las etimologías. Por vía de estímulo para perseverar, y por la honra y legítima satisfacción que en-

vuelve, acreditando el espíritu abierto y fraternal de la Academia Española, permítaseme apuntar que ella tuvo a bien dar acogida en su obra a la mayor parte de las notas o cédulas que le dirigió en conjunto la Colombiana, así como los centenares que por separado le remitieron los señores Caro y Guzmán. Además, ha confirmado en muchos artículos las doctrinas gramaticales expuestas por el señor Cuervo en sus clásicas *Apuntaciones*. Consta, pues, que los americanos somos ciudadanos hábiles, fraternalmente reconocidos con voz y voto, en la gran República deslindada por Cervantes, Alarcón, Bello y Ventura de la Vega.

Debo contradecir aquí, en absoluto, cierto mortificante suelto que echó a volar hace algunos meses un periódico de Bogotá, benévolo hacia nosotros, al tenor de que la Real Academia «había recibido con singular agrado un juicio profundo y exacto emitido por la Colombiana sobre la expresada duodécima edición.» Agradeciendo la honradora intención de tal aserto, conviene advertir que dicho juicio (dado que la última debiese emitirlo) habría requerido algún tiempo de examen de tan extensa obra; y, atendido lo tarde que la recibimos, mal podría haber ido a Madrid el juicio y llegado a Bogotá su vuelta de *singular agrado* a mediados del mes de mayo, que fue cuando apareció aquí el suelto a que hago referencia: inserción literal (según lo averigüé después) de una revista consular dirigida de Santander de España con fecha 24 de marzo.

La justamente lamentada muerte del gallardo don Alfonso XII, soberano de la madre de nuestra lengua, gustoso reconocedor de nuestra independencia, y árbitro en diferencias con vecinos de Colombia, motivó nuestra Junta extraordinaria del 3 de enero del presente año, y la expresión de sincera condolencia allí acordada, que con fecha 5 transcribió esta Secretaría a la Academia Española y al honorable señor Cólogan, Ministro residente de España en Bogotá y extremoso amigo de nuestra Corporación. Ambos la retornaron sentidamente, y esta es ocasión de que hagamos presente el nuevo duelo doméstico, que hoy aflige a la interesante familia del señor Cólogan y que, apenándonos a nosotros mismos, nos priva de su asistencia a esta solemnidad.

Y no concluye aquí la parte dolorosa de mi rápida revista. Cierto estoy de que ninguno de los presentes me oirá pronunciar el nombre de nuestro eminente compañero don José Antonio Soffia, sin evocar, con tristeza y cariño profundos, aquel continente hermoso y rozagante, aquella sonrisa de jovialidad, —perpetuo estímulo de expansiones sociales,—con que ese brillante tipo de caballero y poeta diplomático animó tántas veces este salón, y todos los salones de Bogotá y todas las moradas de sus amigos, que éramos.... la población entera digna de su simpatía y amistad. Arrebatado a la vida el 11 de marzo último, cuando sus méritos abrían perspectiva sin igual a su actividad y renombre, la Academia comisionó al que habla para representarla en sus fúnebres, no últimos, honores. El periódico *La Nación*, del día 16 inmediato, registra con los demás oficiales y particulares del día, aquel tributo de nuestro deber y afecto, en el cual se anotaron sucintamente los servicios que le debe nuestro movimiento literario, y en especial esta Academia, y la propagación de cuerpos de igual propósito en la América del Sur.

Ya los presentes oyeron hoy mismo el nombre del señor Soffia en el acta de nuestra Junta de aniversario de 1884. Adivinando la sugestión que él hizo en aquella Junta, el señor Samper,—antes correspondiente nuestro, y, en verdad, digno retorno diplomático que

por el señor Soffia hizo a Chile el Gobierno colombiano,—con fecha 1.º de enero de 1885 dirigió en forma de circular una excitación elevada y cordial—como la improvisación a que aludí del señor Soffia—a los académicos chilenos para que procediesen a organizar la respectiva corporación correspondiente de la Española, carta de la cual nos remitió copia impresa; y por cuyo designio la Real Española felicitó a su autor.

Y en efecto, a mediados del año pasado, llenando los votos de nuestros compañeros se instaló la Academia Chilena, y es de lamentarse que todavía no tengamos con ella cambio de relaciones, consecuencia quizá de nuestra guerra civil y de la ausencia de aquellos dos amigos nuestros, que, uno de otro, éranlo además, entrañables.

Hablando en nombre del Cuerpo Diplomático residente en Bogotá, por accidente inesperado, nos acompañó a honrar los despojos mortales del señor Soffia, en improvisación tan discreta como alta en sentimientos y feliz en lenguaje, otro distinguido americano, a quien desde el 3 de enero del corriente año había nombrado nuestra Corporación individuo honorario suyo, cargo que aceptó el día 6, con efusión cordialísima de simpatía. Este es, nunca lo olvidáis, el señor Numa Pompilio Llona, de los dignos sucesores de Olmedo y otros como tributario de gloria para el afortunado Guayas. Era entonces Ministro Plenipotenciario del Ecuador en esta capital, por atinadísima designación que en nadie mejor que en él supo haber hecho aquel Gobierno hermano. Generosas insinuaciones, de general interés americano, emitió el señor Llona en la triste ocasión que conmemoro; y hoy, aunque restituído a su patria nativa, conservamos aquí su espíritu en las joyas poéticas que con lujo de arte, de fantasía, y, sobre todo de corazón, dedicó en Bogotá a sus amigos y cofrades literarios. Que donde le lleguen mis palabras reciba en espíritu nuestro fervoroso abrazo.

A la propagación de las Academias de la Lengua en América, únense otros hechos propicios al mutuo conocimiento, y al impulso de este benéfico comercio intelectual: aludo al canje que va estableciéndose de libros, folletos y otras publicaciones entre los gobiernos y los institutos literarios de estos continentes, a lo cual no es renuente el Gobierno argentino, ni lo son los literatos peruanos, que hoy se afanan por establecer en este ramo las pérdidas que debe aquel país a su desastrosa guerra con el vecino meridional: y a tal propósito hemos recibido del señor don Ricardo Palma, Bibliotecario de la Nacional del Perú, una solicitud que merece diligente correspondencia. Añádase a este canje el reconocimiento y seguridad recíprocos de la propiedad literaria y artística, que va generalizándose al presente entre los Gobiernos ilustrados de América. No hay género de propiedad más trascendental en gloria, influencia y beneficio interior para cada país, que la de los que dedican su alma, su salud y su vida a la elevación y esplendor del nivel intelectual y moral de sus conciudadanos. No se observa menosprecio por ella en el Nuevo Mundo; pero, en la práctica y en su forma original, su costo de producción no está recompensado.

Cuanto al ensanche de la protección en Colombia de esta propiedad, de procedencia nacional o extranjera, por garantía constitucional, débese a nuestro compañero el señor Caro la breve pero luminosa exposición que hizo del asunto ante el Consejo Nacional Constituyente en la sesión del 18 de mayo último, y la forma en que el principio queda consignado en la ley reorganizadora de la República.

Otro rasgo de la época, que va más directamente a fondo, unificando con las voces los corazones en la familia castellana de ambos mundos, es la nueva costumbre de los Centenarios; con sus certámenes universales de aprecio, de admiración y de reconocimiento: la galante invención del álbum, dilatada del tocador al orbe entero, y elevada desde el insustancial requiebro a la belleza, hasta la fiesta secular de un pueblo y la apoteosis de cada grande hombre. Asunto sería éste para un valioso tomo de resúmenes históricos, biográficos y críticos, frutos de nuevos estudios que los Centenarios han motivado; y cuántas preocupaciones y celos exhibiría por ellos disipados, y cuántos estambres añadidos en la cristiana tela de la fraternidad humana! Recordaré únicamente que en los últimos seis años hemos celebrado aquí los Centenarios de Bello, de Bolívar y de Ricaurte; que la Academia Española compitió con la Colombiana en el interés con que solemnizó el de Bello; que el del héroe de San Mateo surgió de la asidua investigación geográfica emprendida por nuestro talentoso compatriota don Facundo Mutis Durán, y fue solemnizado en nuestros teatros y en varios órganos de la prensa colombiana por diversos ingenios peninsulares (don Emilio Segura, don José Suárez Toneo y otros); que en el concurso abierto en el Perú para el Centenario de la Santa Rosa limeña se adjudicó galantemente el primer premio a otro ingenio español, y que, tanto en este último como, al contrario, en alguno celebrado en la Península española, inspirados cantores de nuestro suelo,—que me escuchan,—obtuvieron honoríficas palmas. Todo esto es significativo, y fecundo en algo más hondo que el halago de la frase o el verso resonante. A la par que la geografía corre hoy de cuenta del vapor y la electricidad, el comercio y la política se deslizan con las letras a los parajes más recónditos y a providenciales fines; y, por ejemplo, en cuanto a la eficacia del verso como auxiliar en la diplomacia, atestígüelo la cara sombra del ilustre amigo que por tántas veces hemos tenido para recordar.—Colón, Sucre, Páez, Policarpa Salavarrieta: hé aquí cuatro centenarios próximos que presumo nos aguardan. ¡Cuántas sublimes voces al presente mudas, cuántos vínculos entre nobles almas que hoy se desconocen, van tal vez a ser consagrados en las aras de esas memorias amadas e inmortales! (1)

En cuanto al general movimiento literario de Colombia durante los dos últimos años, y a su perspectiva en lo venidero, la presente Reseña rematará en grata fábula, o es verdad una singularísima concurrencia de progresos que creo advertir, en los cuales nuestros hermanos de Academia participan considerablemente: progresos que acaso están abriendo época memorable en la historia de las letras patrias. Apuntaré los que al pronto vienen a mi memoria, y de seguro que mis oyentes añadirán obras y nombres que sólo por inadvertencia habré omitido.

Cediendo el paso a las damas, como es de rigor, una de las que agracian y honran a Bogotá, no extraña, por cierto, a nuestro nuevo compañero de número, como que es nada menos que su dignísima compañera, merece inmarcesibles laureles por su cultivo de la *Novela Histórica Nacional.* Ya habían ensayado en Colombia este género los señores don Temístocles Avella M., don José Joaquín Borda, don Juan José Nieto, don Juan Francisco Ortiz, don Felipe Pérez, don José Antonio de Plaza, don Jesús J. Rozo, y particularmente,

(1) Oigo decir que no consta que Pola naciese en Guaduas en enero de 1795, y que es en Mariquita donde podrá encontrarse su partida de bautismo, con los nombres de Policarpa Gregoria—P.

con su *Don Alvaro*, nuestro veterano compañero el señor Caicedo y Rojas; pero entiendo que las publicadas de la señora de Samper, son apenas muestra de una vasta galería de personajes en acción, con su armonioso fondo de costumbres ya pasadas, que casi totalmente ignoramos, galería que vendría a ser el desarrollo social de las *Biografías de hombres ilustres o notables* que debemos a la misma diligentísima pluma: y considérese qué mina de materiales, qué estímulo al menos, serán estos trabajos una vez difundidos entre nuestros aficionados, para el fomento de ese mismo y de otros ramos, como el romance y el drama histórico, la pintura y demás formas de resurrección artística.

En punto a *Filología*, no sé si pequemos de presunción considerando hoy este departamento especialidad colombiana en la familia española: ello es que el solo nombre de Rufino José Cuervo bastaría para enorgullecer a la nación más culta; y a la fecha debe ya circular en Europa el tomo primero de su *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana*, como que aun algunos trozos de su introducción nos son conocidos. Obra a un tiempo titánica y microscópica; génesis y actualidad de una creación espiritual infinitamente accidentada; disección novísima, original y completa de mil años de nuestro idioma, en todas sus articulaciones y matices de perplejidad constante para el que lo usa—allí el castellano, con total independencia de sus gramáticos, ya idealistas, ya rutineros, va disponiendo su *propia gramática*, la peculiar filosofía expresiva del agudo pueblo que lo hizo y que día por día lo enriquece y desarrolla—, y esto bajo el lente de un cerebro como el de Cuervo privilegiado por excelencia para el análisis. La lectura de cada página, de cada columna de este monumento, pasma y desvanece la cabeza del lector que emprenda repetir, imaginar la labor de examen, de sagaz distinción y ordenación que ha costado; y si piensa que un hombre, un joven de cuarenta años, nacido y totalmente formado en este encaramado escondrijo del planeta, ha hecho o está haciendo veinte mil veces, por sí solo, la misma labor, más la de un conjunto, redacción e impresión, hasta dar remate a los ocho o más enormes volúmenes que han de comprender el todo, su asombro lo transportará a las fronteras del milagro, entreviendo hasta qué cima puede el hombre a fuerza de genio, meditación y carácter, elevarse a imagen del que lo creó. Hablo aquí de lo que estoy muy lejos de penetrar y apreciar en cuanto vale; mas tal es el concepto que mi pobre imaginación ha formado de la tarea magna de nuestro ínclito compañero, que Dios nos conserve.

Ha dado un paso más, como a encontrarse con Cuervo en esa cumbre intelectual, el señor don Marco Fidel Suárez (correspondiente nuestro, pero electo individuo de número) con sus *Estudios Gramaticales. Introducción a las obras filológicas de don Andrés Bello. Madrid, Dubrull,* 1885: obra también de novedad, cuyo propósito es exponer clara y metódicamente la filología que guió en la gramática al sabio caraqueño, la fuerza de su visión, emancipada de toda pauta exótica y fija sólo en la lengua, como aquí se patentiza. Y puesto que su sistema no ha sido aceptado en la madre patria, y presenta no poca dificultad a principiantes y aun a maestros, era deseado y necesario este servicio, y de sobra competente el señor Suárez para prestárnoslo. En prueba de la independencia de su juicio, disiente del de Bello en algunos puntos, y allí, desde luégo, el señor Suárez, con su extremada modestia, se esmera más, a fin de justificar su desvío, en ponerse al alcance de todos sus lectores. Nuestra hermana Venezuela agradecerá con particularidad tan importante tributo a la grandeza y ensanche de jurisdicción del patriarca de las letras en la América Española.

Son asímismo servicios filológicos, el ya bien conocido *Diccionario ortográfico de apellidos y de nombres propios de personas, con un apéndice de nombres geográficos de Colombia*, de los señores Conto e Isaza, que anuncié en mi anterior reseña; y la *Gramática de la lengua Kóggaba, con vocabularios y catecismos*, segunda contribución de este género, original y completa, del doctor don Rafael Celedón. Y aquí debo mencionar la voluminosa e importante *Geografía general y compendio histórico del Estado de Antioquia en Colombia*, del doctor don Manuel Uribe Angel, por los extensos vocabularios, frases y notas de estructura y pronunciación que contiene de varias lenguas de indígenas de Antioquia y del Chocó, además de copiosos datos arqueológicos y etnográficos de las mismas comarcas. Ojalá el Gobierno de cada Departamento colombiano ordenase respecto de él la preparación de una obra semejante; en cuanto al de Cundinamarca, así, poco más o menos, lo dispuso su actual Gobernador por uno de sus primeros decretos.

Tocante a la *Oratoria Sagrada*, dejo al recuerdo de vuestras recientes emociones religiosas el decidir si en el transcurso de los últimos treinta o cuarenta años habríais alcanzado a designar un grupo de jóvenes predicadores igual en su número y cultura al que actualmente adorna la Iglesia colombiana; y pienso que la *Oratoria política y parlamentaria* puede también preciarse de haber llegado a unas formas de enérgica precisión, de sustanciosa claridad, de ahorro de palabras vagas e inútiles, cuando no falaces, condiciones preciosas, si no para el tributo de tumultos, sí para un auditorio de legisladores que busquen, en vez de la música del período y el color de la pasión, el peso y la medida de la deshechizada verdad.

La crítica literaria—no la de hidrópicos encomios o de zumbas de graciosos de esquina, sino aquella franca, honrada, independiente e investigadora, que estudia, fecundiza y corrige el libro ajeno, ilustrando y estimulando al autor, y no paralizándolo con la inflación del engreimiento o moviéndolo a romper la pluma ante la soez retribución del escarnio—esa crítica benéfica cuenta hoy en Colombia, en uno de nuestros compañeros honorarios, un representante digno de pública gratitud. Los recientes *Estudios críticos* del señor Merchán son, por su caudal y por su amenidad y serio carácter, una novedad entre nosotros. Tocan tántas provincias del saber, desde prosodia y lexicografía hasta historia, arqueología, etnografía y estadistica; acopian ordenadamente tántas especies y datos nuevos sobre muchas de ellas; y, a nuestro caso, contienen esparcida tánta sana doctrina literaria, que no habrá estudioso en Colombia a quien no interesen y que no desee que cada año nos favorezca su autor con una colmena semejante. No serán inapelables todos sus juicios; en algún artículo su balanza crítica se mostró desigual—y quizás cierta frase del prólogo procede de una conciencia intranquila por ese lado—; pero recordemos que el crítico impecable en ninguna parte existe. Aun el gran Macaulay, con las mismas citas que hace de Montgomery para escarnecerlo, acaso patentiza, más que la tontería de la víctima, la tema del victimario; y jamás el noble censor dio por ello, que yo sepa, señal de arrepentimiento.

Respecto de la *Poesía lírica*, el año corriente nos ha traído una *Lira Nueva* que prueba, por lo menos, la conciencia que hay en muchos de nuestros jóvenes obsequiadores de las musas, de que es tiempo de desechar la trivialidad e insipidez *fósil*, como el doctor Samper bautizó felizmente la literatura que nada nuevo dice ni repite con maldita gracia, sino que

machacando, mutatis mutandis, con el mismo sonsonete, solo al menos iniciado vulgo puede hacer sentir, y eso no por el alto conducto del pensamiento. Encabeza esta colección un notable prólogo del joven literato don José Rivas Groot, que suena pronunciamiento de nueva escuela con Víctor Hugo por profeta, sin detenerse a distinguir los varios Víctor Hugos, o las faces, ya fúlgidas y admirables, ya lamentables y turbias, de su genio; pero abunda el prólogo en sugestiones excelentes. Nótase, desde luégo, que considerable parte del libro no corresponde al programa: antes parece éste ser su censura adelantada como que no faltan allí *intimidades insulsas, vaguedades sin contornos* y filosofías de Calígula; y asímismo observo que la perla del tomo (*la Meditación* de don Francisco A. Gutiérrez G.) ha sido, con muy buen gusto, escogida de generación anterior e inocente de Víctor Hugo, pues la Biblia, y acaso Lamartine, reclaman por exclusivamente suya una inspiración tan pura y profunda. Mas con todo esto, la *Lira Nueva* presenta, en lo general, un gran progreso en estilo respecto de las más de las liras de anteriores colecciones nuestras, plagadas de amaneramiento de imitación, es decir, rematado; y alborean allí (para los que no los conocíamos) unos diez verdaderos poetas. Las composiciones, por ejemplo, *A un árbol viejo*, del joven don Diego Uribe, y *Lo que es un nido*, del mismo colector señor Rivas Groot, tienen mucho de posesión lírica y de mano maestra.

Sólo en un canon se ajusta la *Lira Nueva* a su prólogo, en la exclusión casi absoluta de los finales agudos; y más de un respetable amigo mío aplaudirá tal sentencia del señor Rivas Groot. Pero ni éste ni aquéllos han reflexionado que eso significaría la condenación de innumerables joyas clásicas de todas las lenguas modernas, la de casi toda la poesía popular (inclusive la sublime *Yerbecita de mi puerta*), y la de nuestras décimas, quintillas y alejandrinos perfectos, la de nuestros mejores romances y legítimos himnos, y, en principio, el divorcio de la poesia y la música, esto es, del canto, su hermano gemelo, que reclama los agudos como indispensables. El arte lírico dejaría de ser *lírico*, nada menos; y afearían la misma *Lira Nueva* las décimas del señor Mac Douall, que por cierto la embellecen. Y el anatema es extensivo a los esdrújulos. No merece la octava *bermudina* causar tamaño desastre, que envuelve hasta el *Cinco de Mayo* de Manzoni, al *Trema per te felón* de Norma, al *Romancero del Cid*, a Bretón de los Herreros, a Bello, a Lamartine, y, para decirlo todo, al pontífice Víctor Hugo.

Como está al completarse, con su segundo tomo, el *Parnaso Colombiano, colección escogida por Julio Añez*, a que este caballero dio principio en 1884, nuestra pobreza o riqueza en materia de poesía lírica aparecerá allí en mejor y más numeroso muestrario que en todas las colecciones anteriores. Baste saber que es selección de poesías de unos 72 autores, con sus respectivas noticias biográficas y bibliográficas, mientras que la *Lira Granadina*, publicada por Borda y Vergara en 1860, constó de 22 únicamente; y de los de esta nueva antología 40, por lo menos, presentan ya alguna efusión que les sirva de salvavidas en el naufragio de la memoria. No parecerá corta esa proporción, atendida la universal accesibilidad de la poesía lírica, semejante a la campana, que cualquiera puede hacer sonar, aunque sólo a los Schiller sea dado herir sus voces de oro y centuplicarla en celestial orquesta.

Separando de la lírica subjetiva la *Breve narración versificada*, recordaré el estro espontáneo y elegante del señor don Roberto Mac Douall, quien podemos decir acaba de dar primeras muestras en Colombia, con su *Joven Arturo* y su *Luisa*, de dos clases de cuento

poético—picante y malicioso el uno, inofensivo y purísimo el otro—pero ambos de fuerte intención social, como tántos cortos relatos, en prosa o verso, que forman una de las envidiables secciones de la literatura británica. Corresponde al señor Mac Douall la rara distinción del haber ocultado del público su noviciado, o, la más rara, de haber empezado maestro. Ojalá la sociedad o el Cielo susciten en él la digna ambición de desatar toda la pujanza de sus alas.

Otros, entre ellos nuestros compañeros los señores Caro, Carrasquilla y Llona, se han entretenido a ratos, no por cierto ociosos, en vaciar poesía sentida y novísima en ricos moldes que venían de antiguo, en innumerables casos, colmados de sonoridad frívola, sin corazón ni sustancia. Eterna gratitud a Herrera y demás afinadores del magnífico metal castellano, que algo de ley tal vez sí ha perdido; pero si hasta la fecha las esculturas de aquel divino y de su escuela fuesen verdaderamente nuestro mejor tesoro lírico, creo que apareceríamos indigentes, en lo capital del arte, en presencia de las otras grandes nacionalidades.

La irresistible iniciativa del señor Soffia nos lanzó a todos, en el término de quince o veinte días, por el clásico y castellanísimo camino del *Romance Octosilábico de Asunto Heroico*, y un mes después ya adornaba nuestras mesas el *Romancero Colombiano*: esfuerzo un tanto crudo pero estimable, digno de seguirse y completarse, sobre varias épocas de nuestra historia; y muy superior a los cantos que antes solíamos consagrar a nuestros héroes, tan amanerados e hiperbólicos como desentendidos de sus hazañas efectivas y de los rasgos de su verdadero carácter. Creo que esto marca otro paso de adelanto en la literatura colombiana.

Aquí como en la España moderna, ora por desidia, ora por su tempestuosa vida y apresurada muerte, los raros genios que parecían llamados a legarnos un gran *Poema Epico*, no nos han dejado más que introducciones y fragmentos—robustos y magníficos los de Arboleda, pero, al fin, fragmentos. Ni de ánimos menores poseíamos en tal ramo un esfuerzo (que yo conozca) completo e interesante, pues no se aceptará este epíteto para cierta creación estrafalaria e ingrata al oído aunque erudita en la Biblia y salpicada de audaz sublimidad. Pero así corridos ochenta y cuatro años del siglo, hé aquí que en el bienio de mi revista las prensas bogotanas han dado a luz, no uno, sino dos poemas épicos completos, acabados de escribir, y por lo menos, de asuntos de primera importancia, de planes meditados, y que, mientras otros mejores no aparezcan, elevan en este género a sus autores a la cabeza de nuestro cortísimo escalafón, porque con empezar y acabar, a cuantos recuerdo han vencido. Estos son, el de *Pío IX y el Concilio Vaticano*, poema en octava rima, en 16 cantos, por el doctor don Rafael Celedón, Presbítero; y el de *Santafé Redimida*, también en octavas reales, en 12 cantos, por el señor don Enrique Alvarez. Son, pues, sus asuntos nada menos que la Religión y la Libertad de la Patria, pero con acción definida; y a mucha honra tenemos que procedan de dos individuos correspondientes de la Academia Colombiana. Más todavía, trae dedicatoria a este cuerpo, en su segunda hoja, el del doctor Celedón. Distingamos el uno del otro, y empezaré por el del señor Alvarez, que leí primero, y del cual dos extensas y muy favorables críticas de manos competentes, han dejado poco bueno por decir. (Véase *La Nación*, números 15, 54 y 56).

Los defectos de *Santafé Redimida* son, a mi modo de ver, hijos legítimos del carácter de su autor y de la escuela que él reverentemente sigue; fidelidad más peligrosa en campo americano. Es tal la modestia del señor Alvarez, que no ha osado siquiera llamar poema su obra, que por todos conceptos no es un cuento de los que hoy hiperbólicamente llamamos poemas, sino un verdadero poema épico. Del carácter del autor, su estilo,—de paso corto y circunspecto,—el frecuente engaste de voces y modos arcaicos que considera autorizados. De su escuela, esa desconfianza del talento y corazón propios y ese deliberado y franco remedo o imitación del numen y artificio ajeno. Desde Virgilio hasta Garcilaso y Fernández de Andrada, y desde éste a Olmedo, todos compusieron así, labrando con más o menos fuerza propia y derecho de conquista, poemas o líricas que tienen mucho de centón: y no podría el señor Alvarez autorizarse con sombras de más alto ejemplo. Pero puntería que se deja ver, yerra el tiro; penas y ardores con voces ajenas o rebuscadas, a nadie moverán; desde Homero hasta nuestros montes los rayos de Júpiter llegan fríos, y su ceño no hace estremecer aquí Olimpo alguno; y tratándose de esta América y de Bolivar y sus llaneros, el trasplante del Tasso para verlos y sentirlos por su lente, es infinitamente más aventurado. No poco de homérico y bíblico hay en esos modos de ser casi primitivos; pero el *Romancero del Cid* es mejor *clásico*, mejor escuela que el refinamiento italiano para reproducirlos. Por mí diré que sólo Olmedo es capaz, con tal sistema, de arrebatar mi espíritu desviando de él el recuerdo de aquellas funciones de las servidumbres, en que éstas se emperejilaban y alindaban con las galas, joyas, hebillas y peinetones de sus señoras. También es modestia excesiva en el señor Alvarez hacer a su paisano Vargas Tejada el tributo de resucitar su fábula del *Sugamuxi*, tan contraria a la razón histórica como a la verdad gramática, bien que, con sólo abreviarla en rápido episodio, la ha mejorado.

Tales son todas mis quejas contra el poema del señor Alvarez, que así, descarnadas y absolutas, pueden más bien ser contra el sistema que él me ha recordado; pues, por ejemplo, comprometido por tal disciplina a emplear máquina o *maravilloso*, hízolo apenas como por cumplir, presentando en el primer canto un ángel que, *en un sueño*, anuncia a Bolívar su triunfo y la magnitud de su obra: recurso cristiano, y aun oportuno, y que el poeta maneja con suave idealidad descriptiva. De ahí en adelante—pésele a su escuela—el mismo señor Alvarez siente que cualquier maravilloso es superfluo donde impera, mejor que el huero Júpiter, la prodigiosa fe del Libertador; y que en materia de dioses y semidioses, con él mismo y con Páez, Rondón y compañeros basta y sobra: cualesquiera auxiliares y padrinos entrometidos, al uso pagano, los empequeñecería; cualquier fábula amenguaría la verdad, acusando menosprecio de ella. El poeta continúa ciertas ficciones pero aparte de los grandes sucesos reales, que narra con detallada verdad histórica y cuyo interés domina desde luégo y amortigua el de la fábula. Esta constituye la menor parte del poema; al paso que la pluma va entrando en su verdadero campo, el estilo robusteciéndose con su genuino sentimiento, el colorido exótico se apaga, y de la mitad del canto quinto en adelante es la obra del señor Alvarez la deseada epopeya de Boyacá, que Salazar, Piedrahita y otros no alcanzaron a producir. Enlaza diestra y naturalmente con la campaña redentora no pocos incidentes y cuadros de época tan interesante. Todo allí parece en su lugar, aunque presenta sorprendentes y felicísimas transiciones: y esa disposición de la verdad

sin interés creciente, y esa solemne conclusión con un excelente discurso del Héroe al pueblo frenético de entusiasmo, y con la venerable figura de Margallo que le ofrece consagrada la inmortalidad del amor popular: tales son, a mi juicio, los principales y raros méritos del *Santafé Redimida.* Acabado de leer parécenos que su autor no ha hecho cosa alguna, que eso no es más que la verdad versificada, y hé aquí el sello del arte y la mejor palma del triunfo. Si sus predecesores disponían de esos mismos datos, ¿por qué sólo el señor Alvarez acertó a verlos? Por eso el dón de crear podría llamarse el de ver lo ideal en lo real, o de *hacer naturaleza* idealizada.

Sospecho que *Pio IX y el Concilio Vaticano* aparta con su título a los curiosos. Dirán los fieles que con el *Syllabus* textual tienen ya cuanto les importa; el vulgo lego, que eso será para los doctores; los herejes lo declararán sin abrirlo, la carta de esclavitud de un clérigo colombiano a Roma; y murmurarán los literatos que allí no cabe literatura amena. Y se equivocan todos. De su doctrina teológica nada debo ni puedo juzgar; más paréceme este libro una fiel acta del Concilio Vaticano convertida en poema, llena de pormenores y explicaciones de ceremonias importantes para el Clero y útiles o curiosas para todos; y, como fiel acta, incluye peticiones que se hicieron al Concilio para concluír con la esclavitud y con la guerra, y quebrantar en general la ley de la fuerza en el mundo. El ardiente patriotismo del autor ya rompe en himno de amor patrio al reconocer a Monseñor Barili, nuestro antiguo y querido huésped como Nuncio que fue de Pío IX en Bogotá; ya finge en Roma a los ojos de su fantasía las murallas de nuestra heroica Cartagena, y a sus oídos el *paso de vencedores* de Córdoba; ya en fin, lo encumbra al Cotopaxi a contemplar con despecho la Comarca de Colón convertida en sanguinosa charca por las guerras civiles. Podemos, pues, desear el corazón de este sabio sacerdote para muchos que no lo son, y ya vemos que su obra trae enseñanza generosa y útil a legos y doctores.

Vista como poema, no sólo tiene unidad de acción sino que la unidad es su tema: Pío IX y la Iglesia *una* en él por cargo del Divino Maestro y por reconocimiento de la verdadera República universal. Al contrario del señor Alvarez, emplea máquina en grande escala, en tentaciones al Pontífice y a los llamados al Concilio, en visiones consoladoras y en guerra de ángeles capitaneados por arcángeles contra huestes de divinidades paganas y demonios que tienen su respectivo congreso en el infierno; mezcla que, en este caso, justifica el doctor Celedón como de derecho privativo de su Iglesia, para la cual «los dioses de los gentiles son demonios.» Gravemente amenazada la Iglesia, por dentro y por fuera, importa asegurar su unidad con la infalibilidad del Pontífice; convócase al efecto el Concilio; acuden prelados de todo el orbe, proporcionando al poeta una enumeración interesante de diócesis y obispos, y otra no menos agradable de los presentes enviados de todos los países al amado prisionero del Vaticano. Preceden al Concilio el respectivo consistorio, el Centenario de San Pedro, la canonización de los mártires del Gorcum, el jubileo y otros antecedentes de significación. Burlando todas las intrigas y esfuerzos mundanos y sobrenaturales, celebra el Concilio tres sesiones, cuyas ceremonias se describen puntualmente; y amenizan el relato la descripción de la Capilla Sixtina, los juegos circenses del infierno, en que los modernos heresiarcas divierten con su suplicio a sus inspiradores; el conciliábulo hostil de Nápoles, las ofrendas de las señoras a Pío IX, los funerales de los Obispos muertos, la comuna de París, y otros episodios oportunos que surgen del argumento o tienen con él

relación estrecha. Falla el proyecto satánico de incendiar la Basílica, obtienen los ángeles un triunfo completo en la cúpula cuando el contrario ejército bregaba por impedir la votación en la sesión última; hecha ésta, proclámase la infalibilidad del Pontífice, y con los aplausos del pueblo católico termina el poema. Corta pero importante es pues la acción; Roma, el universo, y lo infinito la escena; la intervención sobrenatural, grandiosa y legítima; el héroe está presente casi siempre, y sus palabras y obras lo caracterizan por completo, y, en suma, el poeta ha llenado las condiciones clásicas del poema épico. ¿Interesará aun a lectores no católicos, a pesar de su asunto y de no presentarles amores mundanos ni otra belleza encarnada que la de la Virgen María? Creo que sí, por la ventaja personal del estilo, en que supera al *Santafé Redimida,* en cambio de algunas ventajas de éste, en argumento y disposición. La libre y fuerte personalidad del doctor Celedón se hace sentir desde su enérgico prefacio, de sólo veinte renglones; rompe el poema, y a pesar de la difícil estrofa, ésta parece la medida natural de su paso, desenfadado y épico. Su mano a veces abarca dos octavas de un golpe, como la de su hermano el abate Listz; y sin la corrección extremada del señor Alvarez en sus rimas, ni su detención en escoger voces y modos que detienen al lector, es, sin embargo, más rica y varia su consonancia, y su movimiento general agrada más por su continuidad y naturalidad. Si en su plan imita, como todos, en la redacción es notablemente original, voluntarioso en ocasiones, y muchísimas de sus octavas son dignas del más alto poeta épico. *Ahora* recuerdo que el ojo de águila de Arboleda lo anunció tál desde 1855!

¿Gastaré con el señor doctor Celedón la candorosa franqueza que con todos mis amigos? Creo que tienen más derecho a ella los fuertes como él, que a una celosa diatriba ha contestado con nuevas y más preciosas obras; y si corro el riesgo de que me replique con otro poema épico, *feliz culpa!* Mi diatriba contra el poema que profanamente juzgo, es la siguiente: que su exposición quizá quedó un tanto embarazada, y no hace sentir bastante la necesidad y trascendencia del fin; que abusa de la máquina, y en una forma muy realista u objetiva, la menos calculada para interesar hoy a los lectores; que tal vez ha destinado a la descripción de algunas menudencias (por mucho que ellas signifiquen) más espacio del conveniente, omitiendo o abreviando en cambio miras y consideraciones de primera entidad; y finalmente que,—al contrario del señor Alvarez, quien con su propio movimiento y el de su asunto, a medida que avanza va entusiasmándose hasta concluir,—el cantor del Concilio Vaticano parece cansarse poco antes de la meta, a punto que los dos últimos cantos podrían ser atribuídos a pluma muy inferior a la suya. El estilo del último, en especial, es menudo y prosaico; en algún trozo baja de tono hasta el de las operas olímpicobufas de Offenbach; y es singular que, donde cantos enteros pueden citarse por su sostenida excelencia, en este par de cantos no habrá más que un par de octavas que merezcan fijarse en la memoria.

Emerson, aquel excéntrico profundo que se propuso leer la verdad «quitándose seis mil años de encima,» dice en sus ensayos titulados *The over soul* y *Nominalist and Realist,* que él suele leer a Proclo y aun a Platón de un modo nada lisonjero para ellos: como quien lee el Diccionario en calidad de estimulante mecánico para la fantasía.

«Busco en Proclo, añade, más bien al autor del autor, que al mismo Proclo.... Sha-

kespeare nos arrebata a una corriente tan elevada de inteligente actividad, que sugiere una riqueza ante la cual él mismo es un mendigo.»

Cúlpese a sí, según esto, el que tan atrevidamente tomó el Concilio Vaticano por tema de un poema épico, si, con sorpresa nuestra, nos encumbra a un claro de tánta luz y de tan infinito y pasmoso horizonte, que ya los límites oficiales que él mismo le pone no puede satisfacerlos. Por ejemplo, en Roma y honrando a un Papa tan artista como Pío IX, yo esperaba allí, con mejor oportunidad y fondo histórico que en el Childe Harold, un gran canto sobre las Romas artísticas, pagana y católica, eclipsada la grandeza por la de los Césares por la de este rey, el más débil y el más fuerte, con cien nombres siempre uno mismo, y ante el cual todos los demás soberanos son meros *parvenus*, como lo observa un insigne historiador protestante, encontrando la Roma papal no menos interesante que la antigua (1). Y luégo ¿qué maravilloso mejor que el del asunto? el milagro palpable del mismo catolicismo de su subsistencia y unidad, y de los nuevos y mayores horizontes que se le abren cuando en Pío IX parecían cerrársele todos en lo humano. Así esperaba yo para el remate del poema una visión del mundo cristianamente civilizado, resueltos sus más arduos problemas sociales, curadas sus peores lepras y salvadas todas las naciones de tántas nuevas formas de barbarie que asoman, por la acción suave pero irresistible de ese poder en el cual evidentemente está Dios; por esa misma temida infalibilidad del rey inerme que no sólo es jefe de una Iglesia, sino, como tál, caudillo y garante para todos del orden, de la libertad, de la civilización. Esto, aparte del estilo, con todos tocaría, importaría a todos, cuando no faltan estadistas protestantes que reconozcan con gratitud esa pacífica supremacía papal. (2)

¿Y qué diré del arte teatral? ninguno más menospreciado por todos nuestros gobiernos, ninguno de más difícil acceso hasta nosotros, y ninguno, por consiguiente, más extraño a nuestras musas y a las exigencias de la rutina social de nuestro pueblo. Es singular que también sea distinción de la época presente el propósito que un Gobierno colombiano ha venido por primera vez a declarar, de erigir un local hospitalario para el arte escénico entre nosotros, convencido tal vez de que el teatro es el horno refundidor, el agente destinado a devolver a Colombia la sociedad constante, cordial, nacional y festiva que los trastornos políticos habían disuelto llenando los corazones de hiel y los espíritus de preocupaciones egoístas. Y es coincidencia no menos grata que en estos dos meses, cuando apenas asomaban a flor de tierra los cimientos del nuevo recinto, viniese a revelar por primera vez a Bogotá su extraordinario ingenio el autor del notabilísimo drama *Cuerpo y Alma*—drama original, moral, de pluma muy precisa, y que podría llamarse de construcción *espontánea*, por la rara excelencia de que todo él brota y se desarrolla de su primera situación, sin más preparación visible y sin el auxilio de ningún nuevo recurso posterior. Y no hay por qué temer que tal ingenio haya sido y sea perpe-

(1) Macaulay. V. sus cartas y diario de Roma de 1838 y 1839.

(2) Ya en prensa este escrito han llegado a mi noticia otras dos composiciones épicas que no conocía: *Akimen-Zaque o la conquista de Tunja, poema épico en doce cantos, por Próspero Pereira Gamba,* publicado en Bogotá en 1858, y *Canto cero del Infierno del Dante, por el Pbro. doctor Rafael Celedón,* publicación reciente. Merecen examen detenido y no en una nota.

tuamente único en nuestro país. Ya había surgido antes que nuestro amigo el señor Posada, el genio original y poderosísimo del nunca bien lamentado Ponce de León en el afín departamento del drama lírico, creando maravillas en lucha con todas las ruindades y obstáculos imaginables; y hace apenas un año murió en su mañana radiante el joven don Emilio Antonio Escobar, dejando en el drama *¿Justicia o fatalidad?* la lección de un notable esfuerzo hecho por sólo amor al arte y contra una debilidad física extremada.—Los teatros mismos, y un pueblo que, con el imperio de la costumbre, exija para ellos incesante alimento de representaciones, esto es lo que en España y en todos los países acreditados por esta afición, hace infaliblemente brotar los productores. Brotan por la infinita elasticidad del espíritu y por los estímulos que, desde la gloria hasta el oro, les ofrece su pueblo con la liberalidad de todas las pasiones elevadas, que es allí donde todas las noches deben y pueden bullir y acrisolarse

En este mismo local están a nuestra vista no pocos autores dramáticos nuestros, que por falta de todo estímulo pusieron amargo punto a la más difícil, pero fuéra de aquí más agradable labor literaria, la cual bien podría haber sido el cauce de su vocación; y ¿quién de los presentes se atrevería a jurarme en conciencia que, si nuestros Gobiernos y auditorios hubiesen podido conservarse españoles en materia de teatro, el autor de *Los percances de un empleo, Los Aguinaldos, El día de pagos* y *Un alcalde a la antigua y dos primos a la moderna*, no sería a la fecha nuestro proverbial y maravillador Lope de Vega? Allá la irían probablemente en fecundidad, pero me arresto a pensar que nuestro querido amigo el señor Samper aventajaría al Fénix de los ingenios, para nuestro gusto, en lo completo de la galería fotográfico-dramática de costumbres y tipos colombianos con que su acreditada facultad de observación nos habría poblado un repertorio exclusivamente suyo.

Quizás bajo tal aspecto me sea permitido señalar en la recepción que hoy nos regocija otra coincidencia feliz que augura a Colombia un próximo desarrollo literario y social tan general como armonioso y fecundo, pues para él asoman hoy, a un tiempo y como ganosos de marchar de frente, los más varios y difíciles géneros de composición y de censura. Ni se dirá que esto es acaso la simple coincidencia de muchos esfuerzos individuales sin razón general de ser, pues yo no creo en absolutas islas o aerolitos intelectuales, y menos en la concurrencia de tántos a un tiempo: los últimos saltarían todos de una misma masa cósmica, y las islas subirían de un mismo fondo común; y hay en casi todos los hechos literarios que me ha tocado registrar (de compañeros académicos los más de ellos) un fondo común o rasgo de familia que los honra, y es la predilección por la verdad—la verdad de la historia, de la naturaleza física y social, del sentimiento y del estilo—como la mejor base, en su caso, para la idealización. Rasgo muy consolador, pues ya sabemos que, desde Homero hasta los frescos de Rafael, hasta Molière y el Quijote, sólo los frutos de la verdad son siempre gustosos, y por tanto imperecederos.

Dios conceda a nuestro nuevo compañero de número, cincuenta años más y la perpetuidad del brío juvenil de su espíritu, para que en ese movimiento deje sólidos rastros, dignos de su desinteresada pasión por cuanto hermosea y eléva los, en ocasiones, tan estrechos y opacos horizontes de la vida pasajera.



PIO IX Y EL CONCILIO VATICANO

POEMA POR RAFAEL CELEDON, PRESBITERO

LA MISA DE APERTURA

(Fragmento del canto undécimo).

I

Abrióse ya el Concilio que ideara
El Pontífice-Rey. Desde alto asiento
El mismo lo preside. Móvil ara,
Como esperando el sacrificio incruento
De la única victima a Dios cara,
Vese en medio al florido pavimento
Del concillar recinto, y a sus flancos,
Para sentarse los Prelados, bancos.

II

Bancos son, no curules. Temerario
¿Quién se atreviera a descansar delante
Del Pontifice-Rey, de Dios Vicario,
Sobre brazos las palmas? Dulce amante
La entrada coronando del Santuario
Se alza la Virgen: a sus pies menguante
Luna esplende, y la sierpe retorcida
Yace, en combate singular vencida.

III

Septenario de estrellas, de mejores
Supremos dones simbolo rodea
Como guirnalda de celestes flores
Las sienes de la Virgen galilea;
En el centro, entre vivos resplandores,
Aquellas sobre todas centellea
Que libra de cismática flaqueza:
La simbólica luz de fortaleza.

....

X

Puestas juntas las manos sobre el pecho,
Que a contener el corazón amante
Es en esta ocasión recinto estrecho,
Y susurrante el labio, el celebrante
Salva, del plano al ara, el corto trecho
Con planta temerosa y vacilante;
Que él, tierra santa, y mucho más que aquella
Donde la zarza ardió, sabe que huella.

XI

Ácimo pan de candeal, segado
Ayer por pobre Ruth, y jugo mero
Há mucho tiempo en el lagar prensado,
Constituyen el dón que en rito austero
Se ofrecerá al Señor, transubstanciado
En el cuerpo y la sangre del Cordero.
Tal la ofrenda del Sinodo. El timiama
Arde, y en ondas ya su olor derrama.

XII

Y la oración, lo mismo que el aroma,
Desde el santuario de las almas, sube
En una aspiración y en vario idioma,
Como pidiendo que en dorada nube
Descienda ya la mística paloma
Y con sus alas generosa incube
Sacros dogmas, que en germen revelados,
Ya piden ser en forma sancionados.

XIII

Crece el fervor en todos, a medida
Que adelanta la acción del Sacrosanto
Tremendo Sacrificio. Desprendida
Más de una gota de copioso llanto
Ha mojado la barba encanecida
De más de un viejo atleta. -¡SANTO! ¡SANTO!
¡SANTO! tres veces dice, se enternece,
Hasta llorar, Patrizzi, y enmudece.

XIV

Recógese en sí mismo, y rememora
Las culpas todas de una vida larga,
Tomada de su ocaso hasta su aurora:
¡Reminiscencia triste que le amarga
El corazón, y como niño llora!
Luégo depone la gravosa carga
Sobre los hombros del divino Atlante
Que mira, puesto en Cruz, allí delante.

XV

Y a consagrar prepárase. Temblosa
Aún más que por la edad, por el respeto,
Tiende la diestra al pan que allí reposa
En corporal magnífico; en secreto
La fórmula profiere misteriosa
Que lo convierte en adorable objeto,
A quien ángeles y hombres a porfía
Tributan homenaje de latría.

XVI

De hinojos se derriba, y en pie luégo,
Ante el Concilio prosternado, eleva
El divino maná que en vivo fuego
Inflama el corazón de quien lo prueba
O que al menos lo anhela con despego
De lo que aplaude el mundo y Dios reprueba,
Con odio al pravo amor, al mal vedado,
Raíz y fruto a un tiempo del pecado.

XVII

A manera del mágico instrumento
Que, mientras crespo el mar ruge de ira
Y truena el cielo y se desata el viento,
Fiel en la popa de la nave gira,
Y en su trémulo, ansioso movimiento
No sabe reposar hasta que mira
Al polo de atracción que le enamora:
Así tórnase el alma al Dios que adora;

XVIII

Mirando al ara así el fervor se enciende
Y aun crece más cuando el piadoso anciano
El cáliz alza que opulento esplende
Con sangre que vendió traidora mano:
¡La sangre que del Gólgota desciende
En fecundo raudal por el humano!
¡Cuál se exhalan en íntimos gemidos
Aquellos pechos hondamente heridos!

XIX

¡Tú sólo, oh Cristo, en cielo y tierra imperas!
«Sólo es grande el Señor!» Más que delante
De anonadado rey, clamar pudieras
Eso aquí, Massillon y en este instante.
¡Desde el dombo hasta el atrio las banderas
Celestiales rendidas, la enseñante
Iglesia prosternada; y prosternado
Quien da a besar a reyes su calzado!

XX

¡Sólo el Señor es grande! Y tan pequeño
Por nuestro amor aparecer le place
Que siendo de los mundos rey y dueño,
Niño ignorado en gruta humilde nace;
Clavado expira en afrentoso leño;
Y nútrenos, en fin, y nos rehace
Por entre velos con su cuerpo mismo:
¡Oh de infinito amor último abismo!

XXI

Sordo fragor del uno al otro lado,
Cual hondo trueno entre llover copioso,
Discurre por las filas prolongado:
Es el eco de golpe generoso
Por lo más digno en lo más noble dado,
Pidiendo paz, perdón. Luégo amoroso
El ósculo sonó que en tierno lazo
Se suele dar de fraternal abrazo.

XXII

Hecho de redención el sacro signo
Carne inmortal el preste saborea,
Y sangre liba, sangre del benigno
Dios que en darse a los hombres se recrea;
En amor embriágase, aunque indigno
De tal favor en su humildad se vea;
Y todos los presentes desearon,
Y el manjar en espiritu gustaron

XXIII

Meditan: bello arcángel entre tanto
En áurea, apocalíptica redoma,
Cada plegaria, humedecida en llanto,
Recoge con amor, y cual paloma
Las alas tiende en el zafir, y al santo
Trono de Dios ofrece el suave aroma;
Mientras otro celeste mensajero
Desciende con la gracia del Cordero.

XXIV

Y el áureo cáliz lleva a donde gimen
Almas que vuelven la mirada al cielo,
Y las reliquias últimas redimen
De absueltas culpas con acerbo duelo;
Y ya el Consolador próximo al limen
Sobre llama voraz suspende el vuelo,
El bálsamo derrama, el fuego entibia;
De las pacientes el dolor alivia.

XXV

Ya consumado el sacrificio incruento,
Festín de amor al corazón servido,
A la razón daráse en alimento
La verdad que del Cielo ha descendido.
Elocuente orador, nacido en Trento,
En la cátedra ya cual cedro erguido,
La palabra de Dios cual catarata
En raudales vivíficos desata.
....

SANTAFE REDIMIDA

POR ENRIQUE ALVAREZ

BOGOTA, EL 9 Y 10 DE AGOSTO DE 1819

(Fragmento del canto undécimo).

V

Es alta noche: Santafé reposa.
El Virrey de Morfeo en la delicia,
Descansa de la noche bulliciosa
Otorgada al placer y a la blandicia.
En su frente senil quizá se posa
Grato ensueño de gloria, y le acaricia
Del poder con las dulces ilusiones
Y del triunfo con mágicas visiones.

VI

Se oye nombrar en clamoroso acento:
Despiértase alarmado, se incorpora,
Y llama a su retrete al que un momento
De audiencia pide en voz suplicadora.
Martinez de Aparicio, macilento
Y jadeante muéstrase a deshora.
Estaba con Barreiro; ha habido acaso
Algún siniestro inesperado caso.

VII

El anciano, no menos aterrado,
«Hábla,» le ruega «dí lo que haya, amigo.»
«Se perdió todo,» dícele el soldado;
«Todo, todo, señor, como os lo digo.
Fue completo el desastre, y han quedado
Los nuestros en poder del enemigo.
BOLIVAR viene a rápida carrera;
Nada su vuelo detener pudiera.»

VIII

«¡No mientas!» ruge, en ímpetu de ira,
El Virrey, y a Martínez se abalanza.
«O loco u ebrio estás: eso es mentira;
Tú ignoras de Barreiro la pujanza.
El licor o el demonio es quien te inspira,
Mas te puede salir fatal la chanza.
Mientras logro saber lo que haya en eso
Y aclaro la verdad, tú quedas preso.»

IX

«Si vos no lo creéis, nada me importa,»
Colérico también gruñe el sargento;
BOLIVAR lo dirá: la espera es corta;
Por mí vuelo a ponerme en salvamento.»
Sámano se intimida y se reporta,
Y lívido y tembloso, en el momento,
Aquí y allí, perdida la cabeza,
Su presta fuga a apercibir empieza.

X

Su gente, divulgados los rumores,
Remolina con aire pavorido;
Temen de la venganza los horrores;
Quedo, unos y otros se hablan al oído.
No han muerto aún las delicadas flores
Que ornaron el festín, y ya en gemido
El encanto se torna, y la alegria
Huye cual sombra que persigue el dia.

XI

Al que gozó del bienestar la holgura
Es enojoso estorbo la riqueza,
Motivo de dolor, cual de ventura
Fuera poco há, y arrimo a su altiveza.
Recuerdos de crueldad el alma apura,
Ya la justicia su vindicta empieza,
Que aún fresca está la sangre en el banquillo
Y ella demanda vengador cuchillo.

XII

El asesino, así que toca el limen
De la tumba, quisiera bajo el manto
Del olvido esconder su negro crimen,
O anegarlo en las venas de su llanto.
Mas los recuerdos su conciencia oprimen
So grave mole de letal espanto,
Y a sus ojos la sombra se presenta
De su victima, pálida y sangrienta.

....

XIV

La imagen de BOLIVAR se alza fiera
En aquellos momentos, demandando.
Armada de rigor, cuenta severa
De la sangre vertida, al impio bando.
Las víctimas asoman por doquiera
Venganza y exterminio apellidando,
Torva la faz, horrisono el acento,
Airadas como atroz remordimiento.

XV

Vese a la media luz de la alborada
La hispana multitud que sale huyendo
Camino de Occidente: va azorada;
Tiembla el azote vengador, tremendo.
Tal las aves se escapan en bandada.
Al escuchar del arma el ronco estruendo,
Sin detenerse a ver lo que ha quedado
Sin vida en medio del herboso prado.

XVI

Del disfraz huye oculto bajo el velo,
Temeroso de ultrajes, el tirano;
Y razón tiene: en granadino suelo
Sembró odio, y de odios hoy cosecha el grano.
No así ya, del rencor ante el flagelo,
Se escaparon del orbe americano
Aquellos justos, íntegros varones
Que allegaron aplauso y bendiciones.

XVII

¡Id, desgraciados! Vengadora arpía,
A América doquier tendréis presente:
Como Caín, lleváis la mancha impía
De la sangre de Abel en vuestra frente.
Ni toda el agua de la mar podría
Esa sangre limpiar, sangre inocente;
Sólo que el hombre de su ley se libre
Y su justicia Dios desequilibre.

XVIII

Reina en las almas tímido recelo;
Ni un sér viviente por la calle asoma:
Se teme que la fuga sea un señuelo,
Pues de traición ya entienden el idioma.
Yacen grandes riquezas por el suelo,
Sin dueño, aquí y allí; nadie las toma.
Tal aparece un campo de pelea
En que la muerte a solas gallardea.

XIX

Súbito truena pavoroso estruendo;
Treme la tierra, el aire se oscurece;
Las gentes de terror palideciendo,
Piensan que el universo desfallece.
¿Rompió su cárcel en fragor tremendo,
La llama que en el Ande se guarece?
Fue que el parque incendiaron a deshora,
Inspiración de saña destructora.

XX

González, obediente a su hidalguía,
Salvar pretende el orden: se rodea
De amigos, y organiza policía
Que protección al ciudadano sea.
Los patriotas, radiantes de alegría,
Salen ya; la ventura centellea;
Cada cual abandona su escondrijo,
Y a la aflicción sucede el regocijo.

XXI

Hierve la multitud; a pecho abierto
Exhalan sin temor su ardiente gozo:
Su libertad aclaman de concierto
El niño, la mujer, el viejo, el mozo.
Tal la familia que lloraba muerto
A su padre, palpita de alborozo
Al ver que abre los ojos a la vida.
Y gime, de placer enloquecida.

XXII

A los héroes brillante acogimiento
Alborotada la ciudad apresta;
Oro da el rico, el pobre su sustento,
Toda alma, todo hogar están de fiesta.
Esmera la beldad el paramento;
Con su alba mano la doncella apuesta,
De su ingenio apurando los primores,
Coronas labra de laurel y flores.

LA ENTRADA TRIUNFAL DEL LIBERTADOR

(Del canto duodécimo y fin del poema).

XIII

Después de recorrer larga carrera
En la plaza central termina el viaje.
Anfiteatro espléndido allí espera
Dispuesto de la Patria al homenaje.
Vense en efigie la virtud austera,
La Religión, que amparo da al salvaje,
La Libertad, hermosa en su arrogancia,
Y la Ley, la Justicia, la Constancia.

XIV

Asciende el Héroe al puesto prominente,
Y a ambos lados sus dos conmilitones.
¡Cuánta figura, aquí y allí, eminente!
¡Cuántos famosos, ínclitos varones!
El ejército, en alas, forma enfrente;
Colma el pueblo la plaza; en los balcones
Reluce el esplendor y galanura.
¡Qué entusiasmo! ¡qué gozo! ¡qué ternura!

....

XXI

Su aguda voz domina los postreros
Ambitos: «Granadinos, a mí nada,
Nada a mi me debéis: a estos guerreros
Lo debéis todo, a su virtud probada;
La victoria obra fue de sus aceros.
A ellos retorno esta ovación sagrada,
Prenda de amor y de nobleza suma
Que en honda gratitud mi pecho abruma.

XXII

«Ser libre merecéis, Americanos:
Sabed ser libres. Vuestro hermoso suelo
De su riqueza os abre los arcanos;
La Libertad os busca, dón del Cielo.
Sed en la dicha y en la paz hermanos
Cual lo habéis sido en el amargo duelo;
¡Sea uno el sentimiento y uno el rito
De la alma Patria en el altar bendito!

XXIII

«¿Quiere un pueblo ser libre? Viva unido.
No otorgará la libertad sus dones
Sino cuando la paz haya tendido
Su arco de luz, que enlaza corazones.
Si mancharéis en sangre el patrio nido,
De menos echaréis viejos baldones,
Como, de Arabia en el erial, proscripto,
El hebreo los hierros del Egipto.

XXIV

«Hemos nosotros sido el instrumento
Del Dios de la justicia Vuestras manos
Alzad a El, y vuestro ardiente acento.
El hirió con su rayo a los tiranos,
Como haciéndolos blanco de escarmiento,
A los pueblos castiga cuando, insanos,
Se acogen a la red de la anarquía,
Peor, peor que infanda tiranía.

XXV

«Muy más difícil que segar laureles
Es saberlos honrar; más que soldados,
Ser a la ley y a la justicia fieles;
Más que librar combates denodados,
Para el bien educar pueblos noveles.
Vuestros derechos custodiad sagrados.
Bendigamos a Dios el beneficio,
¡Démosle el corazón en sacrificio!»

XXVI

Calla el Caudillo. El pueblo aún oye atento.
La música desata su armonía
Que alza a región de amor el sentimiento
Y el alma embriaga en íntima alegría.
Un grito universal agita el viento
Y al Cielo sube cual plegaria pía;
Ebrio de gozo el pueblo vitorea:
«Gloria al Libertador! ¡bendito sea!»

XXVII

Al templo se encamina en ola hirviente
La multitud. Del iris los colores
Decoran el altar; nutre el ambiente
El perfumado aliento de las flores.
¡Espectáculo espléndido, imponente!
Un pueblo todo, en férvidos clamores,
Ante el Señor su gratitud expresa
Y en dulces esperanzas se embelesa.

....

XXIX

Un noble anciano, de figura augusta,
Austero apóstol, nuevo anacoreta,—
Margallo,—deja oír su voz robusta,
Que esperanzas sublimes interpreta.
La palabra de paz de esa alma justa
Desciende, como el canto del Profeta,
Del Cielo a fecundar los corazones,
Y despierta inefables emociones

XXX

«Su nombre,» así concluye el santo anciano,
«Su nombre vivirá, dulce y querido,
Hasta que el vasto mundo americano
Doble su frente en el eterno olvido.»
Calla: el silencio sucedió al cristiano
Acento del apóstol, y el oído
Halaga aún aquella voz sublime
Que fe y amor y paz a el alma imprime.

XXXI

Y entonce (es fama) el templo se estremece
Como la selva cuando vibra el viento;
El asombro los labios enmudece
Mezclado de interior recogimiento.
Lampo fugaz de lumbre resplandece,
Y en la bóveda suena, en vago acento:
«¡El nombre vivirá del gran soldado,
Más grande cada siglo, y más amado!»

RASGOS SUELTOS DE LOS DOS POEMAS

I

El del doctor Celedón arranca con esta octava:

En nombre del Señor. Estéme atento
El pueblo, su heredad, a quien ya asoma
Aurora de salud. Y tú mi acento,
Oh del amor simbólica paloma,
Anima, esfuérza con divino aliento!
Canto al héroe pacífico de Roma,
Al cautivo que triunfa con la espada
De la verdad en el amor templada.

Pío IX en oración sobre el sepulcro de San Pedro:

«Si es posible, Señor, templa la prueba,
Y diré, cual Jesús en agonía:
Pase este cáliz sin que yo lo beba;
Pero haz tu voluntad y no la mía!»
Así diciendo su dolor renueva,
En profundo deliquio se extasía,
Y a la Gracia resigna el pensamiento
Cual nave alada a la merced del viento.

Como niño de pecho que ha llorado
Quédase quieto, sollozando apenas,
Si la madre en el seno recatado
Como en nido de rosa y azucenas
Amorosa lo arrulla; y regalado
Con néctar, no de rústicas colmenas,
Sino del corazón, embebecido
Reposa, ni despierto ni dormido:

Tal se estuvo en sabroso arrobamiento
El egregio varón, por media hora,
Breve tregua otorgada al sufrimiento,
Mas de angustias mayores precursora;
Que en pos de aquella calma de un momento
Vino tempestüosa, aterradora
La tentación, y como a leve grano,
El alma sacudió del grave anciano.

Pío IX durante la tentación:

Y a manera de fúlgida saeta
Que la cima adornando a un campanario
Con el vaivén del aire gira inquieta
A un lado y otro, en movimiento vario,
Tal, en vano buscando fija meta,
Al soplo del espíritu nefario,
Forma ante el cuadro que la espanta umbrío,
Contrarios juicios la razón de Pío.

Los precitos en el infierno atropellándose por puestos para ver unos juegos circenses:

Lo pequeño a lo grande comparado
Así en las granjas, cuando el sol fallece,
De las hembras del gallo alado bando
Con estrépito a un árbol se guarece;
Con el pico se hieren, disputando
Alto ramo que al ímpetu se mece;
Hasta que negra, al fin, la noche cierra
Y pone fin a la intestina guerra.

El Pontífice aguardando el momento de expedir la bula de indicción:

Pío NONO en tanto, al cielo y mar atento
Cual hábil timonel, tranquilo espera
A que pase el repunte, caiga el viento
Y espacio azul asome en la alta esfera:
Rota la cerrazón, vendrá el momento,
Más que de paz de tregua pasajera,
Que Dios Máximo y Optimo, ab inicio
A la ardua empresa señaló propicio.

El Infierno:

¡El Infierno! Nombrarlo sólo aterra;
Sufrirlo qué será! Lugar maldito
Do se hacen malo a malo eterna guerra;
Donde resuena el espantable grito
De ¡Guerra a Dios! –Do vengador se encierra
Fuego voraz, sin luz, para el precito,
A quien fuera el morir dichosa suerte,
Y aun la esperanza de posible muerte........

Negro solio de nubes oscurece
El férreo trono, a cuyos pies, por gradas,
En pelotón que sin cesar se acrece,
Agrúpanse las almas condenadas;
Toda raza de sierpes lo guarnece
En roscas espantosas enlazadas;
Y en torno siete potros espirales
Do anidan sendos monstruos capitales.

El Paraíso:

Tal por lecho limpísimo de oro
Empedrado de bedelio y cornerinas
Derramaba entre flores su sonoro
Caudal, Fisón, en ondas cristalinas,
A par de Eufrates y Geón que a coro
Con el Tigris, y en vueltas peregrinas,
Iban por medio del Edén cantando
Y al campo vida con sus linfas dando.

Roma a la llegada de los Prelados:

¡Cuánto alborozo! Cual de muchas ondas
Placentero rumor de paz resuena
Por la Ciudad Eterna. Calles, fondas,
Plazas, palacios, la encumbrada almena,
Los sacelos y templos, aun las hondas
Catacumbas, con ímproba faena
A recibir se adornan y previenen
A los que en nombre del Señor ya vienen.

Todos ellos en Roma alojamiento
Dignísimo tendrán. Pero ¿qué mano
Podrá, en hoja fugaz que lleva el viento,
Qué labio describir el Vaticano
Que ya sus puertas abre ciento a ciento?
Colmarlo pretendiéramos en vano;
Que albergue diera aquel marmóreo monte,
Holgado a los diez mil de Jenofonte.

En medio de un discurso de Satanás a sus secuaces, en que les anuncia un gran proyecto impío, sin explicarlo:

Calló Satán; y así como en umbroso
Bosque se interna el cazador, buscando
Ya colmilludo jabalí, ya un oso,
O de gacelas numeroso bando,
Y hecha presa, por fin, de arroyo undoso
Acércase a la margen acezando,
Y a los dispersos canes en su diestra
Aún humeante la ración les muestra;

Y se deleita en ver cómo delante
Alléganse, mirándole a la cara,
Y a la mano, do tiene palpitante
El ansiado manjar que les depara;
Y como aquél la cola festejante
Menea, éste la oreja aguda pára,
Y aprόntanse a aferrar, hasta que al cabo
Da la presa mejor al que es más bravo:

Así auditorio y orador por breves
Instantes permanecen......................

Procesión a la Basílica entre dos hileras de ancianos y de niños ¡qué período poético!

En tanto, cual ejército ordenada
O como flota por el campo ecuóreo,
Saliendo va de la real morada
Y entrando en largas filas al marmóreo
Templo la procesión, entre apiñada
Piadosa multitud, y al estentóreo
Clamor con que saluda a cada instante
A la Iglesia de Dios cañón tonante........

Allí la doble fila el recio empuje
De la curiosa multitud, que embiste
Cual crespo mar y sordamente muge,
Con fortaleza y suavidad resiste,
Dejando una ancha senda, por do cruje
Sobre alfombra de flores, que reviste
El pavimento, el escarpín sonoro
Labrado en seda que enriquece el oro.

De la enumeración de los Prelados que hablan castellano:

Por dos mares dejando blanca estela
Ha venido el Prelado de Ayacucho;
A cuyo nombre un trueno que en Arbela
Ni en Farsalia se oyó, pienso que escucho;
Córdoba lo ha lanzado: voz que hiela
Al Despotismo de pavor, y en mucho
Contribuyó a librar un Continente,
Que no a cinco naciones solamente.

Falta el del Paraguay:

Allí fue la REPÚBLICA CRISTIANA;
Allí la nueva Arcadia florecía
Bajo la sombra de misión hispana
Del Paraguay en la ribera umbría.
Y no la modeló virtud romana
Ni ática libertad: su norma y guía
Fue la ley del Señor ¡Ah! ¿qué accidente
Hoy la mantiene del Concilio ausente?

Mas, aunque ausente, Paraguay, mi lira
No ha de callarte; que al del sacro nido
A que hace tiempo el corazón aspira,
Vive tu nombre eternamente unido.
Quiere en balde la pérfida mentira
A la milicia baldonar que ha sido,
Es, y será, de ciencia y fe invencible
Emblema, y de adhesión al Infalible.

Sobre la Turquía y Palestina:

Reclinado en el Bósforo, la frente
En el regazo que le brinda Europa,
Sobre el Asia los pies, liba indolente
El hijo de Mahomet henchida copa,

Y a los ecos se duerme blandamente
De cánticos que entona esclava tropa
Con cítaras de oro. Gime en tanto
Bajo el yugo Sïón ahogada en llanto.

Llora, y gimiendo sola noche y día
No de ser redimida desespera,
Pendiente de una y otra profecía
Que le dice: «Sión, espéra, espéra!
Llóra unos días más, tu culpa expía,
Hiére con tus gemidos la alta esfera,
Haz violencia a tu Dios; que al fin enojos
Dará al olvido y volverá los ojos.»

Sobre las señoras de toda la Cristiandad que enviaron presentes a Pío IX (recuerdos clásicos de amor):

Si falsa diosa al lidiador Eneas
Guarneció con vulcánica armadura
Para lidiar invicto, en las peleas
Do brotó la pagana Roma impura,
Hoy no de Olimpo a fabulosas deas
Debe de Roma el Rey la vestidura
Con que habrá de triunfar en decisivo
Combate, en honra y gloria del Dios vivo.

En los funerales por los Obispos muertos:

A modo del rumor acompasado
De las olas del piélago en bonanza,
Tal se escucha, ora unido, ora alternado
Canto que el bronce a enternecer alcanza;
Y cual bálsamo suave derramado,
Llega al seno infernal do la esperanza
Habita y el amor, y lleva a el alma
Que allí se purifica, alivio y calma.

¿Y quién sabe si deba a su eficacia
Alguna de esas ánimas, ya esposa
Del Supremo Dador de gloria y gracia,
Cual Eurídice ver la luz hermosa?
¿Y oso yo aquí del músico de Tracia
Conmemorar la historia fabulosa?
La virtud de su lira soberana
Símbolo fue de la oración cristiana.......

«¡ Dadles, Señor, descanso; y luz eterna
Sus almas ilumine!» el celebrante
Dice con voz a un tiempo grave y tierna,
Y ardiendo el corazón en fuego amante.
Tres veces tres el kirie luégo alterna
Con los ministros sacros; va delante
Del ara, do ferial jaculatoria
Entona en vez del cántico de gloria.

Invocación a la Cruz (compárese con la de Calderón):

¡Salve, oh CRUZ! ¡Salve, oh única esperanza
A cuya luz el hombre, peregrino
De un mundo a otro distante, a ver alcanza
El término dichoso del camino!
¡Lábaro victorioso! ¡Alta balanza
De la justicia en que el amor divino
Por el Verbo extremado hasta el exceso
Sobrepujó de nuestra culpa el peso!

II

Arranque del «Santafé redimida» del señor Alvarez:

Canto la excelsa gloria del guerrero
Que de la servidumbre en que yacía
Alzó con fuerte brazo un mundo entero
Venciendo la ominosa tiranía.
Fue la alta empresa digna de su acero,
Y sangrienta y tenaz fue la porfía:
La lluvia, el hambre, el sol ... todo en la tierra
Movió al intento encrudecida guerra.

El Libertador y sus Generales:

Como el sol, que reparte en los planetas
Su calor y su luz resplandeciente,
En medio a aquella pléyade de atletas
Alza BOLÍVAR la fulmínea frente.
Su voz, como la voz de los profetas,
Enciende de la fe la llama ardiente;
Su firme confianza los alienta;
Luz, los alumbra; fuego, los calienta.

Noche en los Llanos:

Era una noche tropical. Febea
El espacio domina descampado;
Su lumbre con las sombras juguetea
Que vagan por la vega y el collado,
Y el dorso de Orinoco varetea,
Manso cual terranova aquerenciado;
Las mudas pampas el silencio vela,
Del nocturnal misterio centinela.

Santafé (Bogotá) bajo el terror del Virrey Sámano:

Es un perseguidor cada soldado;
Es una cárcel la ciudad; se espía
El secreto al oído pronunciado
Y la palabra que el cariño fía
Del pacífico hogar en el sagrado.
¡Se acecha hasta el altar! La chusma impía
A todo paso, a toda acción atenta,
Sediciones y víctimas inventa.

El llanero y el LIBERTADOR:

Sigue de grado al Héroe; sin violencia
Parte a arrostrar la sed, el hambre, el frío;
Ríndele voluntario su obediencia,
Con la muerte en resuelto desafío.
Le domina el poder de la elocuencia,
Y BOLÍVAR le rige a su albedrío
Con su pomposo, arrobador idioma
Que sus instintos errabundos doma.

La última carga de Páez en la acción de Las Queseras del Medio:

«¡Sús! valientes de Apure!» el héroe grita
En formidable, atronador acento;
«¡A Morillo!» ..... Y su hueste precipita
Como a la llama en el pajizo el viento.
Volamos decididos a la cita,
Bajas las astas, ebrios de ardimiento,
Como el audaz halcón cuando se lanza
Sobre su presa hambriento de matanza.

Del polvo y sangre y de sudor cubiertos
Avanzamos en sueltos pelotones,
De nuestra muerte o nuestro triunfo ciertos.
Truenan sobre nosotros los cañones;
Del héroe ruedan a los pies los muertos;
Cían los apretados batallones;
La atronadora artillería calla;
Cesa la ardiente lluvia de metralla.

Los llaneros en su travesía de la Cordillera:

En desaliento tórnase y desvío
La fe que enardeciera a los valientes:
Mal pudiera arrostrar el crudo frío
El que pasó su vida en las ardientes
Pampas, allí do el sol de eterno estío
Rutila del Arauca en las corrientes,
En las arenas fúlgido chispea
Y la pesada atmósfera caldea.

Anda el triste soldado sin vestido,
Y al soplo de la helada Cordillera
Tirita cabizbajo y aterido.
Irguese el hambre amenazante y fiera.
Vano fuera el clamor, vano el gemido;
La muda soledad en torno impera;
Doquier inexploradas serranías
Y malezas incultas y sombrías.

....

Con tardo pie, con paso falleciente
Llegan de Pisva al páramo bravío,
Do no cruza la sombra de un viviente,
Do todo es vago, estéril y sombrío.

Del sol el débil rayo es impotente
A rasgar de la niebla el velo frío
Que encubre entre sus pliegues el desierto
Oscuro, silencioso, helado, muerto.

Muchos de los escuálidos soldados,
Impotentes a andar y a alimentarse,
A las musgosas piedras apoyados
Su último aliento exhalan sin quejarse.
Sus labios, por el frío amoratados,
Vense con mustia risa dilatarse,
Risa sin vida, irónica, espantosa
Como la luz que nace de una fosa........

La parda sombra a paso lento avanza
Y las angustias y el pavor aumenta.
La luz es un consuelo, una esperanza;
Mas hé aquí que la noche se presenta;
Cuando el peligro en torno se abalanza,
Cual reto que las almas amedrenta.
La negra oscuridad y el frío inerte
Trasunto son perfect de la muerte.

Y ni un signo de vida, ni un sonido,
Ni canto de ave, ni rugir de fiera
Ni de la oveja el lánguido balido;
Sólo el silencio de la tumba impera.
Bello será morir entre el rüido
Cuando la gloria aplaude lisonjera;
Pero ¡en un yermo estéril y sombrío,
Paralizado el corazón de frío!...............

Con arbustos y secos frailejones
Grandes hogueras alzan los soldados,
Y agrúpanse al redor en pelotones.
Por las humosas llamas alumbrados
Semejan las fatídicas visiones
Engendro de cerebros alterados;
El brillo de la llama azul-verdoso
Aspecto les imprime pavoroso.

Lo que vio Bolívar al llegar al Pantano de Vargas, algo como Sedán:

Sigue; pero la tropa es sorprendida.
Los libres, en angosto y agrio suelo
Rodeados se ven y sin salida.
Contempla el sol, a la mitad del cielo,
La porfía tremenda en que la vida
De un mundo se disputa, el crudo duelo
De dos pueblos que a bárbara matanza,
De su sangre sediento el hado lanza ....

Corre la sangre en férvido torrente
Y asorda el aire la áspera alarida.
Baja Bolívar pálida la frente
Al ver que la batalla está perdida.
Honda amargura en sus entrañas siente:
No es que tiemble perder la dulce vida,
Sino tánta esperanza en flor ver muerta,
Y allí la tumba de la Patria abierta ....
Manda a Rondón vencer........

Funerales de los muertos en Pantano de Vargas:

Recogidos a trechos en montones
Los cadáveres fueron de antemano;
Recíbenlos en hombros los peones,
Y, precedida del augusto anciano,
Entre dos alas va de campeones
La procesión, en fila, por el llano.
De una salva resuena el estallido,
Tiembla la tierra al súbito tronido ....

Al ver la pira que levanta al cielo
Su roja llama en trémulos airones,
Reprimido clamor, voces de duelo
Se escapan de los tristes corazones.
Colocados los muertos en el suelo,
Matías dice: «Nobles campeones
Que generosos disteis vuestra vida
Por vuestra Patria, al férreo yugo uncida:

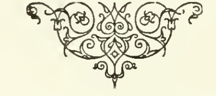
«Del deber en el ara la jornada
Rendisteis de mortal perecedera:
Morir así no es muerte, esa es la entrada
Al templo de la vida verdadera.
Dejáis una memoria inmaculada,
En triunfo nuestra espléndida bandera,
En los amigos un recuerdo amante,
En la historia una página brillante.

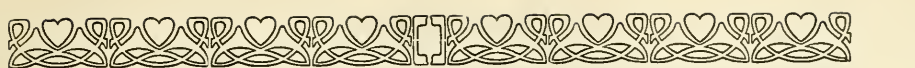
De la batalla de Boyacá:

El *Granaderos*, lujo del hispano,
El campo cede ya; la infantería
En vano intenta resistir; en vano
Barreiro el cuerpo de reserva envía.
El terrible escuadrón americano
Hace doquier feroz carnicería;
A los más fuertes y hábiles lanceros
Pasmo y terror imponen los llaneros.

Despedida de un anciano al ver a Bolívar en Santafé:

«La tumba a su reposo me convida;
Quedas tú, hijo, y ciñes una espada:
Le quedas a esta Patria tan querida
Con lágrimas y sangre rescatada.
Demasiado he vivido ya esta vida,
De desengaños y dolor colmada:
Vi al padre de mi patria: ¡oh Dios! ahora
Puedes tomar esta alma pecadora!»





DISCURSO DE RECEPCION

EN LA ACADEMIA COLOMBIANA, LEIDO POR D. JOSE M.ª SAMPER

Señor Director, señores Académicos:

Costumbre muy loable y de antiguo practicada en corporaciones doctas como la que formáis, es la que impone al recipiendario del carácter académico el deber, frecuentemente doloroso, de hacer, a manera de iniciación en el santuario de las Letras, las Ciencias o las Bellas Artes, el elogio de la vida y obras del personaje cuyo puesto viene a ocupar.

Gran fortuna es para mí el hallarme en la excepcional circunstancia de no venir a este recinto en calidad de sucesor de un varón distinguido en la República de las Letras; que a ser así, a más del riesgo que yo correría de que me viniese sobrado grande la silla que voy a ocupar, y de que se hiciesen comparaciones harto desventajosas para mí, la gloria que alcanzase por el solo hecho de ser recibido en vuestro seno quedaría oscurecida en mi alma por el dolor que de seguro me causaría la falta del hombre a quien me tocara en suerte reemplazar.

No: felizmente yo,—hombre lleno de vida, no obstante la injuria de los años,—no vengo a ocupar una vacante debida a la muerte. Vengo a mérito de vuestra proposición, aceptada por la Real Academia Española, que dio por resultado el acrecentamiento de vuestro número; y vengo como la humilde onda de arroyo que hubiese rodado perdido entre las breñas, a confundir mi pequeñez con el caudal clarísimo, apacible y hábilmente encauzado que habéis compuesto vosotros durante tres lustros, con la asociación de vuestros talentos, vuestras luces y proficuas labores.

Permitidme, señores, que antes de dar paso alguno en el campo que he escogido para mi disertación, ose explicar en vuestro nombre, pues de otra suerte de hecho permanecería inexplicado, y tal vez inexplicable, por qué, a mi entender, me habéis honrado llamándome a tomar parte en vuestras tareas.

Sucede con frecuencia que en las exposiciones industriales se conceden dos clases distintas de premios. A unos expositores se les premia por el mérito intrínseco de sus obras, por las relevantes pruebas de ingenio que con ellas dan, por la exquisita finura del trabajo, o por los fecundos resultados que sus invenciones han de acarrear en pro del bienestar común. Para otros, el premio es solamente recompensa que honra la buena vo-

luntad, o estímulo para el anhelo por emprender nuevos y fructuosos trabajos; o testimonio de aprecio, ya que no por la calidad de las obras, al menos por la ingenuidad y el desinterés con que han sido acometidas, y la cantidad que del esfuerzo ha resultado.

Pues lo propio suele acontecer con los Cuerpos académicos; y contrayéndome a mi caso, bien se me alcanza que cuando me habéis colmado de honor, llamándome a vuestro seno, no os ha guiado el propósito de premiar la calidad de mis escritos, cantos y discursos, sino el de señalar en la cantidad de ellos la prueba de un solo merecimiento: el de la buena voluntad para dedicar la vida entera al servicio de las Letras, y para solicitar sin descanso ni soberbia el mejoramiento en el gusto literario y en el estudio y manejo de nuestra admirable lengua.

Y digo «sin soberbia», porque después de muchos años de escribir y hablar para el público, desde mi adolescencia—a las veces acaso sin caridad para con el lector o el auditorio—llegó un día en que mi propia conciencia me señaló el hondo abismo de mi ignorancia filológica, literaria, etc. (y este etcétera viene al caso, por cuanto me sentí ignorante *in utroque!* y me hizo advertir que era reo rematado de graves e inveterados galicismos, de pecados mortales contra el buen gusto, y de otros muchos delitos literarios que la crítica tenía el derecho de hacerme purgar severamente.

Mis pecados mortales han sido, bien lo sabéis, señores, la prodigalidad en el hablar y el escribir ¡que harto me ha costado! y una confianza excesiva en mis propias fuerzas y en la bondad de mis propósitos; gordas flaquezas que me han llevado hasta la gula de la publicidad. Felizmente mis pecados no han hecho daño, que yo sepa, sino a mi reputación literaria y a mi bolsillo.

El hecho mismo de ocupar en este recinto un asiento que no está vacante, me deja, a lo que entiendo, amplia libertad para elegir el tema de mi disertación. Ninguno me hubiera parecido más apropiado a la índole de vuestros estudios y de nuestro país, que este asunto: la influencia ejercida sobre la Lengua y la Literatura, y particularmente sobre la Poesía, en Hispanoamérica, por el medio físico, histórico y social que rodea al hablista, al literato y en especial al poeta.

Si el asunto es digno de ser prolijamente tratado por un escritor de altos pensamientos, ingenio sagaz y vasta erudición, yo—que alcanzo a medir mi pequeñez precisamente por lo mucho que me desespera—me contentaría con desflorar el ameno campo que cualquiera de vosotros podría beneficiar, cosechando con segura mano frutos bien sazonados y abundantes.

Pero bien considerado el asunto, hube de renunciar a él, por ser tan extenso y complicado, y por requerir tan notable erudición, que no era para dilucidado en un discurso académico, sino más bien para tratado en una disertación prolija y completa. He preferido, por tanto, hacer una excursión por el campo de las reminiscencias literarias, contando con la seguridad de que éstas, al par que halagarán vuestro sentimiento de amor nacional, se amoldarán a la veneración con que miráis todo lo grande y fecundo que nos ha venido y nos viene de la madre Patria.

Corrían los años de 1843 a 1852, y bullían en nuestras Universidades multitud de almas generosas, llenas de savia juvenil, destinadas a formar la generación intelectual que en mucha parte ha encaminado el movimiento de la República, desde 1849 hasta el momento actual.

La Literatura, hasta 1842, parecía estar muerta entre nosotros, o por lo menos estancada como un lago sin renovado caudal de aguas frescas y sin fácil salida. Nuestra prensa era casi exclusivamente política y oficial, y estaba reducida a muy exiguas proporciones, así en la forma como en la sustancia. Con excepción de Cartagena, nuestros principales centros de vida intelectual (Bogotá, Medellín, Popayán y aun Tunja), se atrofiaban mentalmente en el aislamiento a que los condenaba su incomunicación mediterránea o superandina respecto del mundo de la Literatura, de las Ciencias y de las Artes.

A la sazón prosperaba con notable brillo la prensa de la vecina y hermana República de Venezuela. La publicidad había alcanzado notable desarrollo en la gentil ciudad nativa del LIBERTADOR, y principiaba allí una irradiación intelectual que se dejaba sentir entre nosotros. Se hacían elegantes reproducciones de la moderna literatura española, al propio tiempo que Baralt, los Rojas, Maitín, Lozano y muchos otros escritores nacionales alimentaban con sus inspiraciones el fuego sagrado del amor a las Letras.

Los que en nuestras universidades aprovechábamos para el estudio literario cualquier vagar que nos dejaban las áridas lucubraciones de la Jurisprudencia o de la Medicina, solicitábamos con ahinco cuanto era dable conseguir de España o de Venezuela que alimentase nuestra afición a la Literatura.

Esta misma afición—instinto de raza y necesidad de nuestra situación superandina—era una especie de reacción inconsciente. La ruptura entre nosotros y la madre Patria, ocasionada por la guerra de independencia—ruptura tardíamente soldada muchos años después con un tratado de paz y amistad por todos bendecido—nos había condenado al desamor de las letras castellanas: cerrándose nuestros puertos—no por ministerio de la ley, sino de retraimiento—a la luz que de España nos pudiera venir. A más de esto, llegó a estar en moda entre algunos hombres políticos el ganar fama populachera con diatribas dirigidas contra España, hasta el punto de repetir algunos que «lo único bueno producido en la Península era el Quijote,» monstruosidad que no había menester refutación, pero que campeaba en la prensa. Casi por completo se ignoraban o desconocían aquí, entre los jóvenes, los tesoros que no cesaba de producir el ingenio español, no obstante la decadencia ocasionada por el *francesismo*, flaqueza que de las modas, de las artes industriales y del periodismo, se había filtrado en el Teatro y en todo el espíritu literario de la España constitucional.

Podría decirse, en rigor de verdad, que aquí estudiábamos más el francés que el castellano, por mucho que debiese avergonzarnos la ilustración de aventajados profesores de nuestra lengua, tales como Ulpiano González Triana, Isidro Arroyo, Benedetti, Lleras D. José Manuel Royo y D. José Joaquín Ortiz. Con las sederías y las pomadas nos venían de París los poemas, historias, dramas y novelas de los franceses, juntándose en la importación lo bueno con lo malo; con lo que, al propio tiempo que afrancesábamos nuestro espíritu, íbamos pervirtiendo nuestro lenguaje y nuestro gusto.

Es también digno de notarse que nuestra general ignorancia de la literatura española era solamente un achaque de nuestra juventud y de personas de cierta escuela política; pues sobrado sabemos que para unos hombres tan sólidamente ilustrados como D. Rufino Cuervo, D. Juan de Dios Aranzazu, D. Juan Antonio Marroquín, D. Ignacio Gutiérrez Vergara, D. José Manuel Groot, González, Caicedo y Rojas, los Ortices, Arboleda, Caro y muchos otros miembros de la primera y segunda generación de este siglo, eran familiares las obras de Moratín y Jovellanos, de Quintana y Lista y de muchos otros ingenios españoles muy notables, así del presente siglo como de los anteriores. Por tanto, subsistían en el país, bien que solamente en limitada esfera, la tradición y el culto de las letras españoles, no obstante la invasión creciente de la literatura francesa implantada en gran parte, entre nosotros, por las causas mencionadas.

De esta suerte, si por falta de comercio general con los ingenios españoles, por una parte, carecíamos por completo del conocimiento de los nuevos giros y vocablos con que nuestro hermoso idioma se iba enriqueciendo en la madre España, por otra, perdíamos el sabor y la tradición de la grande y renombrada literatura formada en la Península en los siglos precedentes.

Dos circunstancias comprueban esta afirmación. Los refranes que, como es sabido, son la expresión de la filosofía popular—se habían ido reduciendo a tal punto, que ya nos eran desconocidos muchos—si no el mayor número, de los más usuales entre los fundadores de nuestra sociedad. Y de otro lado, era patente, así en nuestros libros y periódicos como en muchos documentos oficiales, no solamente la invasión de pésimos galicismos, sino también el empobrecimiento del lenguaje, por el desuso en que habían caído innumerables giros, vocablos y expresiones que nuestra desaliñada redacción no alcanzaba a reemplazar.

Y no hay para qué hablar de lo que concierne a la ortografía que aquí se usaba; siendo, como es notorio, que se miraba como a gente rezagada y retrógrada a quienquiera que escribiese a usanza de los académicos españoles, y que era signo de lealtad republicana el mero hecho de acomodarse a la ortografía montaraz adoptada por los años de 1830 a 1832, muy propicia a la ignorancia de las etimologías; ortografía que en cierta ocasión denominé *gitana*.

Todo esto era consecuencia de la incomunicación en que nos hallábamos respecto de la madre Patria, y del alejamiento de nuestros principales centros de población, de los grandes focos de la civilización contemporánea. No es, por tanto, de extrañar que nuestra literatura, a más de incipiente y privada de un carácter propiamente nacional, no hubiese tenido sino muy contados servidores de nota, que ni siquiera habían alcanzado a formar escuela en el país (1).

(1) Entre nuestros poetas del presente siglo, puede decirse que formaron el primer grupo, como que florecieron más o menos durante las primeras décadas, pero nacidos en el siglo XVIII, don Rafael Alvarez y Lozano, don Juan de Dios Aranzazu, don Mariano del Campo y Larraondo, don Antonio José Caro, don José Fernández y Madrid, don José María García y Tejada (Pro.), don Primitivo Gruesso (Pro.), don José Angel Manrique, don Andrés María Marroquín, don Francisco Mejía, don Atanasio Menéndez, don José María Sáiz, don José María Salazar, don Marcelo Tenorio, don Miguel Tobar, don Francisco Urquinaona, don Mariano Urrutia (Pro.), don Francisco María Urrutia y don Francisco Antonio Zea.

Don Andrés Marroquín había sido un poeta clásico exquisito, pero de escuela enteramente tradicional o española, que traía desde atrás la filiación de su agudo y delicado ingenio.

Don José María Salazar, hombre de grandes dotes y virtudes eximias, más que poeta por afición y carácter, había hecho de la Poesía un medio de servir a la Patria, cantando en ocasiones lo que podía excitar el entusiasmo nacional.

Luis Vargas Tejada, mucho más empapado en la lectura de los clásicos latinos que en la de los españoles; republicano ardoroso, pero a estilo romano, y más dado a pensamientos políticos que a los puramente literarios, había sucumbido trágicamente desde 1829, en la flor de su bella juventud, dejando testimonios muy valiosos de un talento poético de primer orden, sobre todo para el arte teatral, pero mucho más clásico por su educación que original por sus tendencias.

Don José Fernández y Madrid, sin rayar tan alto como Vargas Tejada, se había creado con sus composiciones líricas y dramáticas una reputación considerable, acreditándose de poeta de sentimiento delicado, ya que no profundo ni de gran fuerza y alto vuelo, que sabía combinar la generosidad del patriotismo con la nobleza del estro poético, y con tendencias favorables a la creación de una literatura histórica en Colombia. Pero distraído frecuentemente del servicio de las Letras por las atenciones de la política y las vicisitudes de la lucha, jamás alcanzó a dejar profunda huella de su paso.

Alvarez y Lozano y Menéndez, más bien que poetas de talento levantado, habían sido simpáticos y amables versificadores, sobre todo el primero; y ninguno de los dos había señalado el camino de un ideal literario.

El poeta de gran genio y de mucha fuerza que habíamos tenido en el segundo cuarto de este siglo, era, sin contradicción, José Eusebio Caro, hombre de múltiples talentos y poeta original en todo, puesto que, si bien se inclinaba mucho al romanticismo, era un romántico de inspiración propia y de profundo sentimiento, que no de imitación. Causó gran daño a su vuelo y a su fama de poeta, el ser él hombre político y de administración; que si las preocupaciones y vicisitudes de la política perturban la serenidad del pensador poeta, y le desvían frecuentemente de su camino natural, las pasiones que aquélla hace germinar se amotinan de ordinario contra el hombre de altas inspiraciones, juzgándole más bien por sus tendencias y actitud de adversario, que por el mérito intrínseco de sus creaciones literarias. De ahí que el alto valor de Caro no haya sido por todos proclamado en Colombia, sino años después de su prematuro y deplorable fallecimiento.

Comoquiera es un hecho que Caro no fue, ni con mucho, creador de una escuela poética entre nosotros; ni posteriormente ni antes don José Joaquín Ortiz, en cuyos talentos y cantos hay como una rica amalgama de Quintana, Olmedo y Heredia; ni Arboleda, en quien se combinaban el sentimiento ardiente, la imaginación audaz y la energía de carácter con la excelente cultura del espíritu; ni otro alguno de nuestros poetas eminentes de mediados del siglo; así como no habían formado escuela Fernández y Madrid, ni Salazar, ni Vargas y Tejada, y sus contemporáneos. Todos aquellos ingenios y los que después han descollado en Colombia, fueron o son individualidades más o menos brillantes; pero jamás compusieron ni han compuesto un *Parnaso* viviente y organizado. Y asunto digno de inte-

rés será el estudio que se haga,—y que acaso emprenderé algún día,—de las causas que impiden la formación de escuelas literarias en Colombia, así como de las que temporalmente se oponen a la prosperidad, en estos países, de la crítica y algunos otros géneros de literatura (1).

Reducidos estábamos al escaso movimiento literario a que he aludido, cuando empezaron a llegar a Bogotá ciertos libros españoles reimpresos en Caracas y en París, que fueron para la juventud estudiosa de 1843 a 1850 revelaciones de una verdad no poco sorprendente: la fecundidad y el brillo con que España sostenía el honor de sus Letras, con las cuales bien podíamos solazarnos e instruírnos, sin tener que solicitar únicamente en la literatura francesa el alimento intelectual.

Las primeras obras que por aquel tiempo llegaron a nuestras manos, pertenecían a muy diversos tipos literarios; y para dar idea de su alto mérito bastará decir que eran creaciones de Mariano José de Larra, Mesonero y Romanos, Modesto Lafuente, Bretón de los Herreros, García y Gutiérrez, Angel de Saavedra, Eugenio de Ochoa, don José Zorrilla y Espronceda; amén de numerosos escritos ya en prosa o ya en verso que íbamos recibiendo en menor cantidad, fruto de ingenios tan notables como Hartzenbusch, los Bermúdez de Castro, José Joaquín de Mora, don Tomás Rodríguez y Rubí, don Mariano Roca de Togores, Escosura, Pastor Díaz, Ventura de la Vega, Baralt, García y Tassara, doña Gertrudis Gómez de Avellaneda, doña Cecilia Bohl y otros poetas o escritores contemporáneos.

Válgame no solamente el sentimiento de la justicia y el de mi propia gratitud, sino también el del amor a las Letras y a mi Patria y mi raza, para hacer constar aquí todo lo que el despertamiento y progreso de la literatura colombiana deben al lejano influjo de las obras españolas a que he aludido, leídas con avidez por nuestra juventud en la época a que me refiero. Ellas nos dieron a gustar el sabor de la buena prosa y buena poesía de España, y despertaron en nosotros la curiosidad de lo desconocido, moviéndonos a solicitar en los grandes clásicos las fuentes y los tesoros de aquella insigne literatura castellana que es orgullo y gloria de la humanidad.

El espíritu observador y el aticismo y agudeza que predominan en Bogotá, junto con el talento descriptivo, predisponían a muchos de nuestros hombres inteligentes a ensayar sus fuerzas en la descripción y crítica de las costumbres nacionales; y de ello dieron excelentes pruebas unos escritores tan notables como Juan Francisco Ortiz, Rufino Cuervo, José Manuel Groot, José Caicedo y Rojas, Ulpiano González, Eugenio Díaz, Rafael Eliseo Santander, José Angel Gaitán y algunos más de la primera y segunda generación de nuestro siglo. Puede afirmarse con seguridad que en la subsiguiente se hizo sentir con eficacia la influen-

(1) Pertenecen o pertenecieron al segundo grupo (generación nacida entre 1800 y 1820):

Doña Josefa Acevedo de Gómez, poetisa y notabilísima escritora, así como doña Silveria Espinosa de Rendón, poetisa; y poetas como Arboleda Julio, Blanco José Angel, Caicedo y Rojas José, Caro Diego C., Caro Francisco Javier, Caro José Eusebio, Correa Ventura, González Ulpiano, Groot José Manuel, Gutiérrez de Piñeres Germán, Gutiérrez de Piñeres Vicente, Gutiérrez y Vergara Ignacio, Lleras Lorenzo María, Madiedo Manuel María, Maldonado Domingo Antonio, Marroquín Juan Antonio, Ortiz José Joaquín, Ortiz Juan Francisco, Parra Ricardo (de la), Piedrahita José Gregorio, Royo José Manuel, Santander Rafael Eliseo, Torres Francisco de Paula, Torres y Torrente Bernardino, y Vargas y Tejada Luis.

cia de los escritos de Larra, Mesonero y Romanos y Lafuente, sostenida muchos años después y con muy distintos estilos, por don Antonio de Trueba, Selgas y Carrasco, don Pedro A. de Alarcón, don José M. de Pereda y otros escritores españoles que aquí han alcanzado mucho auge.

Hijos legítimos de aquel movimiento literario fueron y son nuestros principales escritores de costumbres, entre los cuales—aparte de los mencionados—me complazco en nombrar a don Juan de Dios Restrepo (más conocido con el seudónimo de *Emiro Kastos*), al agudo y fecundísimo Vergara y Vergara; a don Manuel Pombo, digno por todo de su ilustre apellido; a don Hermógenes Saravia, lleno de chispa y gracia; a don Ricardo Silva, que tiene el dón de hacerse querer con su persona y con su pluma, y a don David Guarín, muy observador de las costumbres populares; talentos muy notables todos, si bien les distinguían muy marcadas diferencias de espíritu y de estilo, y que el primero se haya hecho notar por tendencias eminentemente francesas, que hacen recordar a sus lectores la escuela o manera de Balzac.

Por lo tocante al movimiento dramático, fuerza es reconocer que era casi nulo entre nosotros, no obstante la aparición intermitente de algunas compañías españolas no poco estimables, entre las que se distinguieron la de Torres, Gallardo y Rendón, de una época, y la de Fournier, González y Belaval, de la subsiguiente. Debióse al estímulo que la segunda de esas compañías dio a nuestros ingenios o aficionados, y más aún a la influencia que con sus obras ejercían desde España Bretón de los Herreros, Ventura de la Vega, y Escosura entre los autores cómicos, y entre los dramáticos, Larra, García Gutiérrez, Hartzenbusch, Rodríguez y Rubí y Zorrilla; debióse, digo, a esta influencia y a aquel estímulo, el entusiasmo que posteriormente se despertó, moviendo a don José Caicedo y Rojas, a don Lázaro María Pérez, a Germán Gutiérrez de Piñeres, a vuestro humilde servidor y a varios jóvenes de talento, a componer dramas y comedias que, representados en Bogotá, dieron auge a la literatura dramática, durante un breve período.

Pero en ningún campo se hizo sentir tánto como en el de la poesía lírica el prestigio avasallador de aquellos poetas españoles. Zorrilla y Espronceda primero, y años después don Ramón de Campoamor, se apoderaron, por decirlo así, del corazón y el espíritu de nuestra juventud; y tan poderosamente influyeron ellos y muchos de sus contemporáneos ya nombrados, en la dirección tomada por las almas juveniles de Colombia, que en breve se vio aparecer en ésta toda una constelación de poetas, más o menos bien inspirados, pero todos agitados por el ardor del sentimiento, el calor de la imaginación y la necesidad de dar vuelo y resonancia a sus producciones literarias.

No llamaron ya únicamente la atención don José Joaquín Ortiz, con su estro religioso y patriótico y la entonación grandilocuente y majestuosa de sus odas; Julio Arboleda, con su impetuosa inspiración que solía ser embellecida por la pasión; don Manuel María Madiedo, con su sentimentalismo ardiente, mezclado de filosofía; don José Caicedo y Rojas, con aquella exquisita delicadeza y amenidad de conceptos y formas que es el rasgo distintivo de sus composiciones; y Caro, el insigne Caro, que en mala hora y muy temprana edad se extinguió llevando a solitario sepulcro las fulguraciones de su privilegiada inteligencia.... El caudal se acrecentó casi súbitamente y con tal brillo, que desde 1850 pudo decirse en

nuestro país: tenemos una literatura, muy joven aún, pero ya rica y abundante en promesas lisonjeras.

A la manera que un arroyo, apacible en sus fuentes y estancado después por fuertes obstáculos en largo trecho, se convierte al cabo en torrente caudaloso cuando de súbito se le apartan los diques que lo contenían, el genio poético, instintivo en Colombia, como que es una necesidad producida por los elementos físicos y morales de nuestra sociedad; el genio poético, repito, estalló por doquiera, que tal es la expresión adecuada, y se difundió, desbordado también, como una fuerza que había bregado por abrirse paso y repentinamente se sentía libre.

Y poco importa que en aquel movimiento explosivo de los entendimientos predominase un romanticismo exagerado, vehemente y mal avenido con nuestra naturaleza tropical, nuestra organización republicana y nuestras costumbres democráticas.... a medias. El romanticismo, dígase lo que se quiera, es una gran cosa: despierta las pasiones generosas, removiendo fuertemente las fibras del corazón; suscita la fecunda curiosidad de lo desconocido; abre al entendimiento, sorprendido en su primitiva ingenuidad, hermosos y vastos horizontes; y estimula a las almas ricamente dotadas por el soplo divino, a solicitar y perseguir las supremas maravillas de lo ideal y levantarse a las remotas y encumbradas regiones de lo perdurable!

En todo caso, puede sentarse como axioma, conforme a la naturaleza de las cosas, que si el clasicismo de ordinario es la forma literaria de la edad madura y de la más refinada cultura intelectual, así de los pueblos como de los individuos, el romanticismo (no extravagante ni mal entendido, sino racional) es comúnmente la escuela natural de la juventud, ora sea del corazón del hombre individual, ora del alma candorosa de las sociedades incipientes.

Comoquiera, es pertinente tributar en esta disertación retrospectiva un homenaje de admiración y de profunda gratitud a todos aquellos bardos pensadores que, cual preciosos lazos de unión entre la Madre Patria y nuestra República soberana, hicieron con su ardiente soplo brotar, de entre las cenizas amontonadas en el hogar colombiano por la guerra y el retraimiento, el fuego sagrado de la poesía y del amor a las letras castellanas; fuego que, propagándose día a día, ha hecho germinar los tesoros ya considerables de nuestra literatura. Honor y gratitud, pues, a Larra y de Rivas, y Espronceda, y Zorrilla; y al maravilloso Bretón de los Herreros, y a Hartzenbusch, y a García y Gutiérrez, y a Rodríguez y Rubí, y a los Bermúdez de Castro; y a tántos insignes poetas y escritores que, desde 1843, comenzaron a electrizar, desde allende los mares, el alma de nuestra juventud, al punto de producir con tan profunda conmoción abundantísima cosecha de producciones poéticas y literarias!

¿Se llevará a mal que yo enumere aquí una parte siquiera de aquella generación de pensadores y poetas nuestros a que me refiero,—generación que al presente raya entre los cuarenta y cinco y los sesenta años,—poco más o menos? Sea tolerado a quien jamás ha sentido las venenosas mordeduras de la envidia ni del odio, aprovechar esta ocasión solemne para nombrar siquiera a varios de los que, obreros de luz, sin esperanza de salario en nuestro prosaico tiempo y nuestra mal asentada y mal traída sociedad, han contribuido

con su fe, su inteligencia y sus esfuerzos a crear, al menos en el campo de la poesía, un caudal que será contado por mucho en la literatura colombiana.

Y como apenas es lícito y discreto designar nombres, y pocos,—reservando la enunciación extensa para mejor ocasión, pues no será oportuna en un discurso,—permitidme recordaros que nuestras letras deben mucho, si he de limitarme a la generación mencionada:

En el género rigurosamente clásico, a don Miguel Antonio Caro, que ha dado ejemplo de seriedad en la composición, de completa pureza en el lenguaje, y de elevación de estilo y rectitud de ideas.

En el género filosófico, de suyo muy difícil, a don Rafael Núñez, que así ha sabido pulsar robusta lira como manejar las riendas del Gobierno.

En el género religioso, a la insigne poetisa doña Silveria Espinosa de Rendón, que ha sabido enseñar la piedad con su vida y con sus cantos; a doña Vicenta Fernández de Ramos y a don Mario Valenzuela y a don Rafael Celedón, dos bardos que, señalados por la mano de Dios para servirle en los altares y las misiones católicas, se prepararon con el canto para la oración sublime del Apóstol.

En el poema, a más del ilustre Arboleda y de Gutiérrez González, a don Enrique Alvarez y don Roberto Mac-Douall.

En el género festivo y espiritualmente picaresco, que requiere talentos muy especiales, conocimiento del corazón humano y arte para producir una versificación muy retozona, bastará citar al docto Director de esta Academia, señor don José Manuel Marroquín; al ingenioso cuanto desventurado Joaquín Pablo Posada; a don Ricardo Carrasquilla, feliz combinación de grande ingenio y altas virtudes; a don César Conto, notable por su rara agudeza y sus trabajos filológicos, y al malogrado José María Vergara y Vergara, tan fecundo y agudo, y que fue habilísimo en varios géneros de literatura.

En la leyenda se han distinguido don Lázaro María Pérez, don Próspero Pereira Gamba, don Santiago Pérez, y algunos otros compatriotas que han alcanzado reputación considerable.

Y en cuanto al género sentimental y al descriptivo,—los más tentadores para las almas expansivas,—si puedo citar más de veinte poetas y de seis poetisas notables, de la generación a que me refiero, permítaseme nombrar solamente ahora a Gregorio Gutiérrez González, al dulce y melancólico, y original y popularísimo cantor del *amor* y del *maíz*; a don Diego Fallon, peregrino ingenio de maravillosa fantasía y correctísima dicción, y a don Jorge Isaacs, tan apreciable por su célebre *María* (1).

(1) De la generación que comenzó a formarse para las Letras hacia 1844, compuesta de poetas de muy diversa índole y nacidos entre 1821 y 1843, he podido formar, aunque temeroso de incurrir en involuntarias omisiones, la siguiente lista:

POETISAS. Doña Isabel Bunch de Cortés, doña Indalecia Camacho, doña Waldina Dávila de Ponce, doña Vicenta Fernández de Ramos (†), doña Mercedes Hurtado de Alvarez, doña Helena Miralla y Zuleta, doña Mercedes Párraga de Quijano (†), doña Felisa de la Peña (†), doña Agripina Samper de Ancízar (*Pía Rigán*), doña Dolores Toscano de Aguiar.

POETAS. (De los cuales muchos han fallecido); Arbeláez Juan Clímaco, Argáez Jerónimo, Arias y Vargas Leopoldo (†), Borda José Joaquín (†), Bravo Pascual (†), Camacho y Pradilla Pedro Alcántara (†), Ca-

A esa bella generación de poetas, junto con los cuales se han distinguido numerosísimos prosistas,—generación de la cual soy contemporáneo,—ha sucedido la que nos viene empujando con su rico caudal de nuevas inspiraciones. En ella figuran con muy notable brillo don Enrique Alvarez, don Rafael Tamayo, don Roberto Mac Douall, don Lorenzo Marroquín, los hermanos Flórez, don Ramón Ulloa, los León y Gómez, Restrepos y Mejías, y cosa de una centena más, y de ocho a diez poetisas, entre las cuales brillan doña Eva Verbel, tan notablemente inspirada, doña Agripina Montes del Valle, rica de sentimiento y fantasía, y doña Mercedes Alvarez de Flórez, tan bella de alma como de apostura (1).

pella y Toledo Luis, Caro Miguel Antonio, Carrasquilla Ricardo, Casas y Rojas Jesús, Celedón Rafael (Pro.), Conto César, Crespo Lucio, Díaz y Granados Domingo (†), Díaz y Granados Gabriel (†), Domínguez y Espino Mateo, Echeverri Camilo Antonio, Escobar Arcesio (†), Esguerra Arsenio, Faccio y Lince José María (†), Fallon Diego, Flórez Luis (†), Gaitán José Benito, Galán Angel María, Galindo Aníbal, González y Manrique Mariano (†), González y Manrique Venancio, González y Toledo Aureliano, Guarín David, Guerra Martín, Gutiérrez y González Gregorio (†), Herrera Vicente (†), Holguín Carlos, Holguín Vicente, Isaza y C. Pedro A., Isaacs Jorge, Jaramillo y Córdoba Federico (†), Lleras José Manuel (†), Macías y Escobar Emilio, Maldonado Bruno, Mantilla Daniel (†), Marroquín José Manuel, Montenegro Wenceslao, Narváez Juan Salvador de (†), Núñez Rafael, Ortiz y Barrera Francisco (†), Paúl José Telésforo (Ilustrísimo señor Arzobispo de Bogotá), Páez Adriano, Peña Belisario, Pereira y Gamba Benjamín, Pereira y Gamba Guillermo, Pereira y Gamba Próspero, Pérez Felipe, Pérez Lázaro María, Pérez Santiago, Pinzón Lucio, Pinzón y Rico José María (†), Pombo Manuel, Pombo Rafael, Posada Joaquín Pablo (†), Posada Manuel, Posse y Martínez Alejo, Pradilla Antonio María (†), Puente Celso de la (†), Quijano y Otero José María (†), Quijano y Wallis José María, Rivas Medardo, Rojas y Garrido José María, Salazar Antonio, Salazar Octavio, Samper José María, Saravia Hermógenes, Sicard y Pérez Adolfo, Sicard y Pérez Ernesto (†), Solano Zenón (†), Tanco Jenaro S. (†), Tanco y Armero Nicolás, Tejada Jesús Temístocles (†), Torrente Bernardo (†), Torres y Caicedo José María, Trujillo José Ignacio, Valenzuela Mario (Pro.), Valenzuela Rómulo, Valenzuela Teodoro, Velásquez Pedro (†), Vergara y Vergara José María (†).

(1) A esta última generación, nacida de 1845 a 1865 o 1867, pertenecen:

POETISAS. Doña Mercedes Alvarez de Flórez, doña Dorila Antommarchi de Rojas, señorita doña Elmira Antommarchi, doña Hortensia Antommarchi de Vásquez, señorita doña Helena Faccio y Lince, doña Mercedes Grillo de Salgado, doña Agripina Montes del Valle, doña Ignacia Márquez de Fraser, doña Isabel A. Prieto de Landázuri, señorita doña Bertilda Samper y Acosta, señorita doña Eva Verbel.

POETAS. Alandete Francisco de P., Albán Carlos, Alvarez Enrique, Añez Julio, Arciniegas Ismael Enrique, Arrieta Diógenes A., Becerra Vicente, Botero Juan José, Botero y Guerra Camilo, Bravo Pedro A., Buitrago Filemón, Campuzano Nicolás, Campuzano Ricardo, Cano y G. Fidel, Carrasquilla Francisco de P., Carrasquilla Rafael María (Pro.), Casas José Joaquín, Castilla Clodomiro, Crespo Ismael, Cucalón Inocencio, D'Alemán José María, Dávila y Flórez Manuel, De Francisco Ricardo, Delgado Roberto, Del Valle Miguel M., Díaz y Guerra Alirio, Escobar Emilio A., Escobar Antonio I., Espinosa Manuel Medardo, Faccio y Lince Jenaro, Fernández Enrique W., Feuillet Tomás Martín, Flórez Alejandro R., Flórez Leonidas, Flórez Manuel de Jesús, Flórez y R. Julio, Garavito Julio, Garavito y A. José María, Gómez Ruperto S., Gómez y Restrepo Antonio María, González y Camargo Joaquín, González y Umaña Eduardo, Gutiérrez Francisco Antonio, Gutiérrez y Ponce Ignacio, Hernández y T. Eusebio, Hoyos José Joaquín, Jaramillo y F. Aureliano, Jiménez Rafael I., Ladrón de Guevara Teodoro, León y Gómez Adolfo, León y Gómez Ernesto, Lobo Guerrero Eugenio, Lombana y Domínguez José María, López y C. Ricardo, Lleras Enrique, Lleras Lorenzo, Mac Douall Roberto, Márquez Próspero, Marroquín Lorenzo, Martínez León A., Medina y Delgado Miguel, Mejía Antonio J., Mejía Epifanio, Mejía Francisco, Mejía Juan de Dios, Mejía y Toro Jesús M., Montoya Vicente A., Mosquera Rubén J., Narváez Roberto, Noguera J. A., Obeso Candelario, Ortega Alfredo Tomás, Ospina y Narváez Francisco, Paláu Lisímaco, Patiño y Angel Francisco, Paz Vicente N.,

Una vez cumplido por mi parte el deber de justicia de hacer estas reminiscencias, deficientes por extremo,—porque en un discurso no cabe la enumeración completa,—pero que patentizan la fecundidad del suelo colombiano para contribuír al enriquecimiento de las letras, es pertinente inquirir la causa de una abundancia tan considerable de poetas y poetisas en Colombia, así como de atildados prosadores que no son poetas, al menos por la forma de sus escritos; abundancia que contrasta con la relativa escasez de ingenieros, naturalistas y otros servidores de las ciencias llamadas naturales y exactas.

¿Cuáles son las causas que más directamente influyen en la conservación del lenguaje, con su riqueza, nobleza y pureza tradicionales; en los progresos de la Literatura de tal suerte combinados que ésta tenga su carácter propio, esté depurada en su gusto y sea de fecundos resultados; y en el desarrollo particular de la poesía, como expresión del ideal y de las facultades imaginativas y artísticas de una sociedad? Acaso no hay región alguna del mundo tan apropiada como la América Española para servir de campo de observación, y para ofrecer elementos a la resolución del problema que acabo de proponer (1).

Con efecto, si las variedades etnográficas son patentes en la América Española, donde se han confundido tres razas, en diferentes proporciones mezcladas, no es menos evidente que la española, por virtud de la conquista y de una colonización de tres siglos, impuso su lengua, su carácter, su religión, sus tradiciones y costumbres, y por tanto su espíritu; implantó sus instituciones, y dejó en el Nuevo Mundo su profundo sello, su huella indestructible y el soplo de su genio y de sus esperanzas.

Los cinco rasgos característicos de toda nacionalidad,—lengua, religión, tipo físico, sentido moral e instituciones sociales—quedaron vivos, idénticos o iguales, como herencia de España, en todas nuestras Repúblicas, hijas de la Revolución iniciada en los comienzos de este siglo. Y como consecuencia de esta Revolución y del advenimiento de una organización republicana y democrática, a los anteriores elementos de identidad se añadió el de las formas y tendencias políticas más o menos concordantes.

Pero hasta aquí llegaba la similitud, y aun ésta quedaba sujeta a numerosas modificaciones provenientes de la variedad misma de la población, la cual, cuando se trasplantó de

---

Paz del Castillo Ildefonso, Peña y V. Belisario, Pérez Antonio José, Pérez José Joaquín, Pérez Manuel José, Pérez y Triana Santiago, Pinto y V. José María, Pinzón y W. Nicolás, Pombo y Ayerbe Jorge, Pombo Jorge A., Posada Carlos, Porras Belisario, Porras José Angel, Ramírez Filemón, Restrepo Antonio José, Restrepo Luis Antonio, Restrepo Martín, Restrepo y G. Enrique, Rivas y Frade Federico, Rivas y Groot José, Rivera y Garrido Luciano, Roa Jorge, Román Enrique S., Royo y Torres José Manuel, Sáenz y Echeverría Carlos, Salazar Abraham, Salazar Antonio I., Salazar Vicente, Samudio Arsenio, Sánchez Juan Antonio, Silva José Asunción, Suárez y Lacroix Joaquín, Suárez y L. Roberto, Tamayo Rafael, Tirado Basilio, Tobón Juan Cancio, Toro Antonio José, Toro Manuel S., Torres Carlos Arturo, Torres y Mariño Rafael María, Ulloa Ramón, Uribe Diego, Valencia y Cajiao Manuel, Valencia y C. Miguel, Valverde Olegario A., Vega Alejandro, Vélez Ambrosio, Vélez Baltasar, Vélez Joaquín Pablo, Vélez Luciano, Vélez y R. Pedro, Vergara Francisco José (Pro.), Villa Eduardo, Villar Enrique, Villegas Alejandro.

(1) Como se ha visto, nuestra primera generación literaria de este siglo contó en su seno 19 poetas; la segunda, dos poetisas bien conocidas y 25 poetas; la tercera ha contado 10 poetisas y 83 poetas; y la cuarta, numera ya (salvo omisión involuntaria) 11 poetisas y 129 poetas. Esto hace un total de 284 servidores de Apolo. Se puede suponer que si por ignorancia u olvido, se han omitido algunos nombres, no excederán de 15 a 20 respecto de todo el lapso de ochenta y cinco años.

España al Nuevo Mundo, trajo la diversidad de tipos sociales que distinguen tanto al Andaluz del Aragonés, al Valenciano del Gallego, al Castellano viejo del Catalán, y al Manchego y Extremeño del Vascongado y del Asturiano.

En América el campo es inmenso: en lugar de una península europea, fue un vasto Continente el que sirvió de imperio a la raza española, y la ofreció espacio para sus cruzamientos y expansión. Y de este Continente, apenas Chile y las regiones del Plata, en rigor, pertenecen a la zona templada, con condiciones de existencia relativamente análogas a las de Europa. Lo principal de nuestra América Española, así de las regiones continentales como de las insulares, está contenido entre los trópicos.

De ahí diferencias muy sustanciales en el modo de ser de los pueblos hispanoamericanos. La topografía y los climas, los hechos políticos y las relaciones comerciales, han ejercido y ejercen irresistible influjo sobre el desarrollo del idioma y la Literatura, y principalmente sobre la índole de la Poesía en estas sociedades. Inmenso como es el territorio americano, y surcado de extremo a extremo por las Cordilleras de los Andes y sus multiplicadísimos estribos, ofrece al inmigrante europeo obstáculos muy considerables para que avance, en solicitud de nuevo hogar, hasta las comarcas interiores y muy elevadas del Continente. A más de esto, el comercio, que de suyo es cosmopolita y ha menester grandes facilidades de comunicación, se fija de preferencia en los litorales, así marítimos como fluviales, donde puede establecer con mayor provecho y actividad sus transacciones.

Consecuencia de estos hechos son, por una parte, la formación de grandes centros de población en los litorales salubres, y por otra, la frecuentísima comunicación que se ha ido estableciendo entre aquellos centros y los pueblos de Europa. De esta comunicación han nacido necesariamente el trato con inmigrantes, viajeros y navegantes de muy diversas razas, y un comercio literario, considerablemente activo, con países de lengua distinta de la castellana, y en particular con Inglaterra y Francia, Italia y Alemania.

Fácilmente se comprende cuánto aquellas inmigraciones, aquel tráfico mercantil y aquella comunicación con los principales pueblos europeos, no habrán ido modificando las necesidades sociales, las ideas, las costumbres, el movimiento de las clases industriales, el de toda la prensa, el lenguaje, y hasta la raza hispanoamericana, sujeta a cruzamientos cada día más multiplicados e intensos. El viajero que recorre las diversas comarcas de la América Española, y el que tiene frecuentes ocasiones de leer los periódicos y libros de las Repúblicas a que aludo, no puede menos de percibir, en todos los rasgos de las costumbres, en el lenguaje común, en la prensa y en los apellidos extranjeros que abundan, las pruebas de la influencia decisiva que ejercen las inmigraciones, al contacto de los viajes y las relaciones políticas y comerciales.

Colombia ha tenido suerte muy distinta. Es un vastísimo país esencialmente montañoso en sus más ocultas y sanas regiones, y sus cinco cordilleras y las ramificaciones de éstas lo han destinado a un aislamiento relativo, no obstante su prodigiosa riqueza natural y su feliz situación geográfica en medio de los dos grandes Océanos y entre el Amazonas y el Orinoco. Las comarcas de los litorales son más o menos insalubres, a causa del ardor de sus climas tropicales y de sus selvas y grandes ríos que en los inviernos desbordan, y donde la vida fermenta y se desarrolla con exuberancia; en tanto que en las regiones interiores se combinan con primoroso atractivo el esplendor de una Naturaleza de impondera-

ble hermosura, la variedad de los climas,—determinada solamente por la altura y la exposición de sus lugares,—la benignidad general de las estaciones,—reducidas a dos épocas, una de lluvias y otra de sequedad, que se alternan,—y la fecundidad de un suelo pronto siempre a devolver al agricultor hasta ciento por uno.

Estas condiciones físicas de Colombia han determinado, salvo algunas notables excepciones, la aglomeración de lo más sano, inteligente, robusto y vigoroso de su población en las altas mesetas, las vertientes de las montañas y los ricos y amenos valles del interior, generalmente secuestrados de un tráfico frecuente con el mundo comercial y del gran movimiento de la civilización. La industria ha sido, por tanto, casi nula, y el comercio exterior muy limitado; la inmigración extranjera nos ha faltado por completo; las relaciones internacionales se han reducido casi a la esfera diplomática, y a lo que han podido procurar a nuestros jóvenes acomodados y nuestros negociantes ricos sus viajes por los países extranjeros; y obligada nuestra sociedad a vivir una especie de vida propia y sin extraño contrapeso, necesariamente ha dado un giro particular a sus ideas, su carácter, sus costumbres y sus aspiraciones.

La explicación que de aquestos hechos se desprende, por lo tocante a nuestro modo de hablar y nuestra literatura, es natural y sencilla. En tanto que nuestra sangre (pues en lo general somos hijos de castellanos y andaluces), nuestra religión espiritualista y unitaria, nuestra historia y tradiciones y nuestros climas tropicales nos impulsan a ser ardientemente apasionados, caballerescos, patriotas, impresionables, entusiastas, adictos a lo grande y a lo bello, lo extraordinario y lo heroico; el aislamiento en que hemos vivido nos ha privado de la necesaria expansión de nuestro temperamento, y ha dado a nuestra actividad social las condiciones propias de un pueblo poco o nada cosmopolita.

Hemos descuidado el estudio de las ciencias exactas y los trabajos industriales, porque aquél y éstos han menester para su desarrollo, elementos con que sólo brinda una grande actividad económica, sin la cual no hay entre los pueblos tráfico activo y fecundante. El mundo exterior nos conoce muy poco, y sus raros viajeros que nos visitan nos aprecian casi únicamente por la grandiosa y rica naturaleza que nos rodea, y que nos oprime con la enormidad de su poder. La onda que el comercio exterior arroja, bastante debilitada, sobre algunos de nuestros puertos marítimos, no alcanza a penetrar siquiera en nuestros valles, ni menos a subir hasta nuestras comarcas montañosas. Los intereses materiales no han tenido fuerza para desarrollarse, o si han aparecido por momentos, se han estancado en la común atonía.

Así, faltando el contrapeso de los intereses y de los grandes hechos económicos, la parte culta de nuestra sociedad se ha dado, ya en un sentido, ya en otro, a lucubraciones idealistas. Hemos dado preferente importancia a las Ciencias Políticas o Sociales, casi siempre reducidas a teorías, y nuestros partidos han sido más vehementes que en ninguna otra parte, abusando de la ingenuidad e intrepidez de los pueblos para hacer de nuestras públicas controversias una tempestad casi permanente.

Nuestra guerra de Independencia removió profundamente, sacudió y revolvió todos los sedimentos de nuestra sociedad, desde el más encumbrado caballero de origen castellano hasta el más humilde chibcha y el más deprimido descendiente de Guinea. De la revolución surgieron, junto con la gloria y las tradiciones épicas de la Patria republicana, un

espíritu militar inquieto y antojadizo y unas tendencias democráticas mucho más sentimentales que científicas.

Las relaciones de los sexos, aún no pervertidas por el sensualismo y el espíritu calculador de las sociedades refinadas, fueron más que nunca asunto de sentimiento delicado; de suerte que entre nosotros el amor continuó siendo juventud del alma, tierno y ardoroso culto rendido a la belleza, la gracia y el candor, ingenua inteligencia de corazones generosos.

La naturaleza nos ha convidado sin cesar a la contemplación de lo bello y lo grande, y nos ha penetrado con sus misteriosos efluvios de inagotable poesía.... Esa imponderable red de torrentes que se desploman de nuestras montañas, asordando con sus cataratas y cascadas a las brisas de los bosques; esa vegetación maravillosamente variada que reviste las breñas, las campiñas y los valles con todos los colores del iris, y toma todos los tamaños y formas posibles, desde lo enano y adormecido y crespo de los fríos páramos hasta lo gigantesco y exuberante de las selvas ardientes; esos dilatados valles donde innumerables ríos y riachuelos bañan con cristalinas ondas los pies y el regazo de Flora, ebria de perfumes y palpitante de vida y amor; esas llanuras infinitas del Oriente, que con sus vastísimos horizontes provocan a soñar con lo perdurable y lo sublime; esas cordilleras de incomparable majestad y riqueza, que se bifurcan, se dividen y ramifican en serranías que asombran la mirada, señoreadas algunas por lomos y cúpulas de inmaculada blancura y resplandecientes aspectos; ese frecuente rugir de los volcanes y de las tempestades que agitan nuestras cordilleras; este cielo profundamente azul, en cuyo fondo brillan los astros de ambos hemisferios con un esplendor desconocido en otras regiones: todo esto, tan grande, tan bello, tan maravilloso, himno inmenso del Divino, del Eterno Poeta y Artífice que dio vida a lo Infinito y se recrea sin cesar en la sempiterna vida de su obra inefable.... todo esto ha hecho de los colombianos un pueblo de poetas, desde el apóstol como Paúl, y el hombre de Estado como Núñez, y el patriota creyente como Ortiz, y el estadista como Camacho Roldán (poeta prosista), y el filósofo como Madiedo, y el institutor como Carrasquilla y Pérez, y el artista como Fallon, y el historiador como Quijano Otero, y el profesor como Marroquín, y el soldado como Pinzón Rico y Ulloa, y el erudito como Caro, y el abogado como Manuel Pombo, y el banquero como Quijano Wallis, y el comerciante militar como Lázaro María Pérez, hasta el humilde campesino, y el olvidado llanero, y el artesano y el arriero, que expresan con *bambucos, galerones y torbellinos* toda la alegría y la tristeza, la esperanza y los desengaños de sus almas generosamente apasionadas!

¡Considérese, pues, si no hemos de ser más o menos poetas en Colombia!

Y esta condición y las circunstancias físicas y sociales que llevo enumeradas, han motivado también la conservación de nuestra lengua, de tal modo, que generalmente la hablamos mejor que algunos pueblos de España misma y casi todos los de la América española. Hemos tenido la fortuna de crear la unidad completa de idioma en nuestro pais, a tal punto, que hasta el indio más serrano y el negro más selvático hablan castellano. La exigüidad de nuestras comunicaciones con el mundo exterior nos ha preservado en mucha parte de la invasión de los galicismos, los anglicismos y los italianismos, en otras comarcas muy aclimatados. El hábito general de escribir para el público a fuer de políticos, cuando no

politicastros, nos ha familiarizado con el fácil manejo de la lengua; y el cultivo de la poesía y otros ramos literarios nos ha inducido a luchar frecuentemente con las dificultades de la forma, para acertar con el buen lenguaje lo mejor posible, conforme al tipo superior que nos dejaron Garcilaso y Hurtado de Mendoza, Mariana y Granada, Solís y Herrera, Calderón y Cervantes, Fray Luis de León y otros maestros.

Reconociendo sin dificultad nuestra pequeñez y el deplorable atraso en que vivimos, razón tenemos, sin embargo, para proclamar que somos un pueblo esencialmente literario; y no sin honor podemos afirmar que, condenados por la Naturaleza a un aislamiento internacional que la industria y la habilidad política irán venciendo con el tiempo, hemos sacado de nuestra difícil situación todo el partido posible, cultivando las más nobles facultades del alma, que la raza española ha sabido mantener en épocas de imperecedera memoria!

Tenemos, a no dudarlo, una literatura *nacional*, formada a través de mil vicisitudes y en medio de borrascas sin cuento; y de su existencia dan testimonio el activo y variado periodismo que durante más de doce lustros ha alimentado nuestras prensas, y cerca de ochocientos libros que el ingenio colombiano ha producido desde los tiempos de patrióticos albores en que el ilustre Caldas revelaba las ciencias en Colombia, hasta el momento actual.

¿Pero a qué condiciones habrá de sujetarse nuestra literatura para alcanzar todo el brillo y todo el honor a que tiene derecho el ingenio colombiano? Es necesario que ella sea al propio tiempo original o verdaderamente nacional, y metódica o respetuosa por las reglas a que han de someterse la ciencia en el pensar y el arte en el decir. Ni servilismo, ni anarquía! Debemos reprimir, por una parte, el vicioso espíritu que nos induzca a las imitaciones, sobre todo, si son extrañas a la índole de nuestra lengua, nuestra raza y nuestro modo de ser; y por otra, los ímpetus que nos arrastran a una desordenada dirección del sentimiento y de la mente.

¿Se quieren ejemplos saludables tomados de nuestro propio suelo? Fácil es darlos; y espero que la modestia de mis compatriotas no será parte a condenar o contrastar mi propósito.

Bien sienta al venerable decano de nuestros poetas y prosistas el manejar la pluma con la elegancia y energía de Jovellanos y pulsar la lira con la castiza grandilocuencia de Herrera y de Quintana; y eso no obsta para que sea completamente original cuando canta la majestad del *Tequendama*, o la santidad del misionero en *La Goajira*, o las sublimes hazañas de *Bolívar* y las épicas glorias de la *Patria* (1).

Puede un artista escribir con el exquisito sabor de un clásico español, atildado en su decir y atento a las reglas del buen gusto, y cantar con deliciosa delicadeza y amenidad las cristalinas ondas de *Torca*, o narrar con sencillez encantadora las escenas de *Ranchería*, o las travesuras de *El Duende en un convento*, o las viejas historias de la época colonial, tan españolas por sus personajes como nacionales por el teatro que tuvieron (2).

Otro escritor, insigne maestro en filología, educa a la juventud con enseñanzas científicas, ajustándolas todas al estilo académico; y sin embargo, les da completa novedad de formas,

(1) Se alude a don José Joaquín Ortiz.

(2) Alusión a don José Caicedo y Rojas.

y cuando suelta la vena de su agudeza, ora en artículos de costumbres llenos de sal ática, ora en composiciones líricas en que el *Robo de las Sabinas*, los percances de una *Serenata*, y las miserias de una *Perrilla* se disputan la risa del lector; o cuando empuña con sencillez el buril del biógrafo de la virtud, sabe en todo caso ser clásico y ser original, acomodarse a las enseñanzas de lo pasado y ser de su tiempo y de su país (1).

Aqueste otro, eximio en el conocimiento de los clásicos y magistral intérprete de *Virgilio*, sírvese de su consumada ciencia literaria para cantar con nobilísima entonación de patriota y poeta original.... por ejemplo, la *Estatua de Bolívar*, símbolo de la más pura y más alta gloria nacional (2).

Esotro, castigando severamente las faltas gramaticales de los colombianos, y aun de todos los hispanoamericanos, y sirviéndose para su enseñanza de una prodigiosa erudición y de las más ricas galas de lenguaje, logra, sin embargo, dar a sus *Apuntaciones Críticas* formas enteramente nuevas, y originalidad colombiana a su estilo y todas sus observaciones (3).

Alguien toma por asunto de sus estudios el libro más universal, más estudiado y conocido, después de la *Biblia*,—*El Quijote*,—y halla modo, expresándose en lenguaje académico, de sacar numerosas máximas y lecciones de Economía Política (lo que es el colmo de la originalidad sensata) del poema inmortal del ingenioso Hidalgo (4).

Harto se comprenderá que no he de citar como modelos, por lo tocante al casticismo ni a la sujeción al rigor de las reglas, al inolvidable Gutiérrez y González, nuestro más popular poeta lírico, ni al ingenioso y fino obervador de costumbres, Eugenio Díaz. Pero ¿quién no reconoce que el mérito mayor del bardo antioqueño y del novelista bogotano consistió en la espontaneidad de los sentimientos, la verdad y originalidad de las descripciones, y todo lo que hizo palpitar la imagen de la Patria en las poesías líricas y el poema del *Maíz* del uno, y la *Manuela* del otro?

Nuestro amadísimo Vergara y Vergara, a quien la muerte no ha podido separar de nuestra vida moral, era clásico por su educación, su instrucción y sus aspiraciones, que no por su estilo ni sus travesuras de lenguaje; buscaba en España sus mejores modelos, y aun dio en la flor de imitar a Fernán Caballero, a Trueba y a Selgas y Carrasco. Pero estas imitaciones, y otras más, sólo fueron de formas y tendencias; nunca de pensamiento, de lenguaje, ni rigurosamente de estilo. Sus escritos fueron profundamente originales, así en sus *Versos*, llenos del más delicado sentimiento, como en sus numerosos artículos de costumbres, tan chispeantes y *humorísticos*, y en sus novelas y biografías enteramente nacionales, como en su *Historia de la Literatura Neogranadina*, monumento desgraciadamente inconcluso. Precisamente lo que más vivirá de los primorosos escritos de Vergara, es aquello que fue más nacional y original; lo que mejor le pintó a él mismo y pintó a su país por diversos aspectos.

---

(1) Don José Manuel Marroquín.

(2) Don Miguel Antonio Caro.

(3) Don Rufino José Cuervo.

(4) Se alude a don Carlos Martínez y Silva.

Arboleda,—que al poder de la elocuencia juntaba el calor de la imaginación poética, el brillo de la espada del guerrero, y altas concepciones de hombre político,—supo escribir y cantar con la elegancia y pulcritud de un atildado filólogo, familiarizado con todos los clásicos; y al propio tiempo supo ser colombiano y original, tanto en sus cantares líricos como en su poema de *Gonzalo de Oyón*, en el que la energía del pincel corrió parejas con el atrevimiento de la imagen y la gallardía de la frase.

Por último,—si para citar buenos ejemplos se pudiese llegar pronto a lo último,—dos poetas nacionales que han alcanzado considerable y merecido renombre, nos dan la prueba del aplauso que acompaña a la originalidad. El uno, que de los campos ilimitados de la poesía filosófica se ha elevado a las altas regiones del poder y de la gloria que acompaña a los grandes ciudadanos, ha nutrido su alma melancólica con meditaciones profundas; y sin dejar de ser correcto en la dicción, vigoroso en la frase y científico en las concepciones, se ha distinguido por la singularísima novedad y originalidad de sus siempre conceptuosas poesías, y su excelente prosa, llena de pensamientos condensados con un vigor y una maestría que no parecen propios, por lo común, del libre estilo a que los poetas líricos se habitúan (1).

El otro,—que parece ser el tipo de un modesto y tenaz caballero andante de la benevolencia, la filantropía y la caridad,—ajusta su dicción a los grandes modelos clásicos, solicita con amor de anticuario las ignoradas creaciones de levantados ingenios, y rinde culto a las enseñanzas académicas; y con todo, romántico en buena parte, por la índole de su ingenio, patriota por tradición y por temperamento, y vario en sus facultades de percepción y concepción, tan magistralmente ha cantado las *Cataratas Americanas* y la magnificencia de las *Antillas* y la *Zona Tropical*,—siempre nuevo, siempre original y siempre americano,—como los encantamientos propios de la *Mujer*, desde el Edén hasta el salón moderno, las dichas y los contratiempos del matrimonio (ajenos para él hasta ahora), y las tentadoras travesuras del *Bambuco* y el *Torbellino* colombianos (2).

Por lo visto, los ejemplos no faltan. ¿Qué falta, pues, para que nuestra literatura tome resueltamente el giro que a su gloria conviene, y adquiera el aplomo y la consistencia necesarios a su prosperidad? Fáltanos, en primer lugar, la paz de la Nación, sin cuyo amparo no es posible ningún trabajo verdaderamente sólido y fecundo; la calma de meditación que desarrolla, madura y engrandece los talentos, y da a los pueblos pensadores la conciencia de sus nobles destinos. Falta, en segundo lugar, que metodicemos y sostengamos con perseverancia y ánimo sereno esta provechosa reacción que de años atrás se viene verificando entre nosotros, y en muchas comarcas de la América española, en el sentido de combatir las imitaciones noveleras, de depurar el gusto literario, de defender la autonomía y las glorias de nuestra rica y grandiosa lengua, de encaminar las Letras hacia lo serio y provechoso, sin apartarlas del bello ideal que deben perseguir, y de estrechar íntimamente la unión moral, intelectual y social de la gran familia de pueblos fundada en ambos mundos por la raza española.

(1) Alude el orador a don Rafael Núñez.

(2) Aquí se refiere el orador a don Rafael Pombo.

Sí; esta raza tiene derecho incontrovertible a ocupar uno de los primeros puestos, con eminente brillo en el concierto de la civilización. Ha llenado el mundo con su antigua literatura, su heroísmo, su grandeza política y sus hazañas intercontinentales; ha sido fiel a la dulce religión fundada por Jesús, y a ella debe sus más insignes progresos, méritos y tradiciones; tiene asentados sus reales en las cinco partes del mundo, con su nobilísima cabeza en Europa y su más juvenil y considerable masa en una parte inmensa de América; es conocida por su caballeresca hidalguía, su ardor para toda lucha heroica, su intelectualidad viva y elástica, y su carácter amable, alegre, hospitalario y generoso, así como por su indomable patriotismo; su lengua es la segunda en riqueza de cuantas se hablan en Europa y América, y la primera en armonía y grandilocuencia, en majestad y variedad de giros y locuciones; y con cerca de setenta millones de almas que tienen su espíritu y sus tradiciones, ora monárquicas, ora democráticas, bien puede aspirar a ejercer con sus Letras y sus Artes, su Industria y su Comercio, su Diplomacia y sus Armas, una influencia poderosa en los destinos humanos!

Procuremos, pues, ante todo, la buena inteligencia y la unión de nuestra noble raza; y puesto que nosotros, amigos y servidores de las Letras, tenemos un poderoso vínculo de fraternidad ya establecido, aprovechémonos de él con eficacia. Constituyen este vínculo las Academias fundadas en casi todas nuestras Repúblicas; y así como estas naciones americanas son histórica y etnográficamente hijas de España, tales corporaciones son hijas correspondientes de la Real Academia Española. Formemos entre todas, con la ilustre Academia madre, una grande unidad de pensamiento y lenguaje, de esfuerzos y trabajos, de luz y de enriquecimiento y depuración de las Letras castellanas e hispanoamericanas; y un día será dado a nuestros hijos saludar con orgullo el advenimiento de toda la raza española a los altos destinos que la Divina Providencia le tiene seguramente reservados!

Y aquí cabe y es obligatorio rendir un homenaje de agradecimiento a los hombres que, con sus escritos y su ejemplo, han contribuído eficazmente a producir en Colombia la reacción filológica que nos ha traído al camino de la purificación de la lengua y de la reivindicación de los tesoros de la literatura española, en otro tiempo mirados con escaso respeto. A Benedetti, Arroyo, Ulpiano González y otros preceptistas primero, y después a los señores Marroquín, Pérez (don Santiago), Caro, Cuervo, González Manrique, los dos Guzmanes, Isaza, Suárez (don Marco Fidel), Henao y otros pocos buenos hablistas, débese la provechosa reacción a que he aludido; reacción sin la cual no hubiéramos llegado al punto en que nos hallamos, de estrecha confraternidad literaria con la madre España.

Pero para facilitar nuestra obra, sepamos ser cristianos, y por lo mismo, pacíficos, benévolos y tolerantes. Trabajemos por cimentar a todo trance la paz, madre fecundísima de la libertad, la industria y el progreso; no demos cabida, en el santuario de las Letras y las Ciencias, a la soberbia que nos vuelve huraños, ni a las iras de las pasiones políticas, que nos engendran odios; consideremos siempre que la fraternidad de los espíritus en su peregrinación hacia la eterna Luz, es incompleta sin la fraternidad de los corazones; y no olvidemos que Dios ampara siempre con su misericordia los grandes esfuerzos guiados por las grandes virtudes!

He dicho.



DISCURSO DEL DIRECTOR, SEÑOR MARROQUIN,

EN CONTESTACION AL DEL SEÑOR SAMPER

Si para nuestro nuevo colega es tan grato no tener, al tomar su puesto en la Academia, que evocar fúnebres memorias, no lo es menos para mí el saborear las muy dulces que hace nacer el cuadro que acaba de ponernos a la vista. Y confieso que el patriótico interés por el desenvolvimiento de la literatura en nuestro suelo no es lo que comunica mayor encanto a las reminiscencias, que agradablemente encadenadas, forman parte del discurso que acabamos de oír. El ha excitado en mi corazón juveniles afectos, ya amortiguados por el tiempo, haciendo desfilar por delante de mi imaginación las sombras queridas de muchos amigos a quienes no he de volver a ver en la tierra, o que se hallan ausentes, o que por cualquier caso se han convertido para mí en extraños, con quienes el señor Samper y yo vivimos ligados en una época en que amábamos la poesía como voz y lenguaje del corazón, como expresión de los sentimientos que hervían en nuestros pechos.

Pero por muy apacibles que para mí hayan sido estas impresiones, y por más grande que sea la certidumbre que abrigo de que de ellas han debido participar muchos de los circunstantes, no me es lícito en esta ocasión extenderme más sobre ellas, por lo que tienen de personal. Más propio del lugar y del acto presente será encarecer la oportunidad y la destreza con que el señor Samper ha sabido resumir en breves términos copiosísimos e interesantes datos para nuestra historia literaria, haciendo que una mirada sola abarque todos los progresos que en el período de mayor actividad ha hecho entre nosotros la amena literatura. Ninguno podía mejor que él trazar el cuadro que hemos contemplado: ninguno ha tomado tánta parte como él en el movimiento literario, ni la ha tomado tan constantemente; ni su amor a las Letras se ha entibiado un solo instante; ni ha habido atenciones domésticas, ni tribulaciones, ni prosaicas tareas, ni luchas políticas, ni marciales fatigas que le hayan hecho caer de la mano la pluma y el plectro.

Esta laboriosidad y esta constancia en el cultivo de las Letras es, en su sentir, el mérito que la Academia ha querido premiar, al llamarlo a su seno. Por extremo ambicioso se muestra al echar de menos, como parece hacerlo, los lauros que otros ganan luciendo erudición y ofreciendo en sus trabajos modelos de aquel atildamiento y primor que solemos admirar en escritos elaborados a sabor y espaciosamente, con aquel sosiego, en aquel lugar

apacible y con aquella quietud de espíritu que son grande parte para que hasta las musas más estériles ofrezcan partos al mundo que le colmen de maravilla.

La misma abundancia y variedad de las producciones del señor Samper están patentizando cuál ha sido la agitación de su vida y cuál la parte que ha tomado en nuestra perpetua lucha política, y en cuanto ha interesado a nuestra sociedad y a nuestro público.

La armonía que vemos reinar en el mundo moral e intelectual se debe en grandísima parte a la diversidad de vocaciones: unos son llamados a la vida activa, y a éstos dota la Provincia de movilidad y ardimiento, a fin de que se hallen a la vez en todas partes, de que inflamen los ánimos, cuando lo pida la ocasión, con palabras de fuego; para que arrebaten los corazones con cantos salidos del corazón; para que a su tiempo den el ejemplo de la acción y se arrojen primero a ejecutar las empresas que hayan encomiado o a defender los principios que hayan sostenido. Otros son llamados a pacíficos estudios, y éstos se hallan dotados de cierta curiosidad, pueril a los ojos de los que van arrastrados por los torbellinos que agitan al mundo, pero noble y fecunda y engendradora de las ideas y de las invenciones que salen a avivar todo movimiento; curiosidad que da importancia a las cosas menudas que pueden ser materia de prolija investigación; se hallan dotados de paciente laboriosidad, que se da por recompensada cuando, tras las vigilias de largos años, halla una fórmula que puede escribirse en una línea, o el medio de suprimir un tornillo en una máquina grande y complicada; se hallan dotados de una serenidad de ánimo mediante la cual les es dado no distraerse de sus solitarias y calladas lucubraciones, aunque a la puerta de su retrete rujan las tempestades que conturban la atmósfera o las que levantan las pasiones de los hombres.

Por harto afortunado debe tenerse el que sintiendo una de estas vocaciones, halla en sí las facultades que ha menester para corresponder a la suya. Harto mérito tiene y tiene harto derecho a las distinciones con que la República literaria suele honrar a sus próceres, quien, como el señor Samper, entregándose a la vida activa en servicio de su Nación, da a la palabra todas las formas de que es susceptible para sustentar sus principios con rectitud de conciencia; para hacer amar lo bello; para perseguir la iniquidad y para impulsar todo adelantamiento.

Para mí, oír al señor Samper quejársenos de que no se nos puede presentar aquí con diplomas de erudito, de humanista o de filólogo, es lo mismo que sería oír a nuestro Rufino Cuervo lamentarse de que no era tribuno, ni orador parlamentario ni fogoso poeta.

Pero ¡qué! ¿Entre los que pertenecemos a las Academias de la Lengua, no somos muchos los que podemos envidiarle al señor Samper glorias de aquellas que él no quiere contar entre las suyas? ¿En nada habrá de tenerse el ser autor de una de las rarísimas piezas dramáticas nacionales que han captado el aplauso de nuestro público y que éste ha hecho repetir de una manera insólita? ¿Los ingeniosos bocetos en que ha fijado para siempre la fisonomía moral, y hasta la física, de muchos de sus conciudadanos, podrían haber sido fruto de un talento inculto? ¿Sus arengas en el Congreso de la República en 1876, no le colocaron entre los oradores capaces de adornar bizarramente los arranques del intrépido y ardiente patriota con todas las galas que ofrece la lengua castellana? ¿Sus libros de viajes y sus novelas, señaladamente la del *Soldado-Poeta*, no deleitan a los lectores como los

libros de gran fama? ¿Qué no daríamos los aficionados a escribir bagatelas por poder estampar nuestro nombre al pie del artículo *Literatura fósil*, en que el señor Samper la bautizó y en que con sólo bautizarla la estigmatizó para siempre?

Nada diré de sus composiciones en verso, poderosa reserva que le quedaría si todo lo que ha escrito en prosa viniese a faltarle; porque se juzga de ordinario que la poesía, a lo menos por sí sola, no da títulos para pertenecer a las corporaciones sabias, en que se trata únicamente de la conservación y pureza del lenguaje.

Puede que entre sus obras parezcan pocas las de mérito literario: son tántas las que ha producido, que aquello no es extraño: en donde hay mil cosas de una especie entre cien mil de otra, parece que no hay ninguna de las primeras. Si se formase una colección de lo excelente que ha escrito el señor Samper, esta colección (que nunca dejaría de ser abultadísima) no podría leerse sin admiración.

Al discurrir nuestro nuevo colega sobre el desenvolvimiento de varios géneros literarios, ha afirmado que el de la dramática era entre nosotros casi nulo en cierta época, e insinúa que la aparición de compañías de verso habría debido darle vigor e incremento. Esto me ha sugerido la idea de que sería curioso, y acaso útil, indagar por qué nosotros que abundamos en trabajos históricos y biográficos y de viajes; en obras didácticas; en libros y disertaciones sobre las ciencias políticas, morales, filosóficas y eclesiásticas; en periódicos políticos, religiosos, literarios y de todos los linajes imaginables; nosotros, que sobreabundamos en poesía lírica de todas las denominaciones conocidas y de otras muchas más, nos hayamos mostrado tan estériles en materia de composiciones dramáticas.

Afirmo esto, no sin hacerme cargo de que, según los datos acopiados por nuestro diligente bibliógrafo don Isidoro Laverde Amaya, y por otros allegados muy recientemente por nuestro Secretario don Rafael Pombo, llegan casi a doscientas las piezas nacionales. Pero, fuéra de que este número no es crecido, si se compara con el de nuestras producciones de cualquiera otra clase, el mérito de las más de tales piezas es tan escaso que si con poseerlas nos ufanáramos, haríamos lo mismo que el labrador que se ufanase al contemplar un sembrado profusamente cubierto de vana hojarasca....

Confío en que la memoria de mis oyentes estará ya repasando los nombres de las piezas malas que en nuestra tierra se han dado a luz, y ahorrándome la pena de mencionarlas. Con más facilidad se hará recuerdo de las buenas; ¡con demasiada facilidad! Y aun entre las poquísimas que pueden calificarse de buenas, hay algunas recomendables solamente por el buen gusto que las ha preservado de defectos, pero que no ha alcanzado a dotarlas de singulares perfecciones; en casi todas faltan la originalidad, la animación, el lenguaje apasionado, las situaciones altamente dramáticas o cómicas; el medio (con que tan difícil es acertar) entre el lirismo y la elocución pedestre; el diálogo vivo en que de cada palabra brote una emoción; en suma, el no se qué que caracteriza las piezas que nos cautivan; que excitan en nosotros los afectos que se ponen en juego; que, llevándonos de sorpresa en sorpresa, van haciendo crecer nuestro embeleso, y que, gracias a todo esto, ganan duradera y extendida fama. La desazón que experimento al tener que declararlo así, agraviando a varios y muy queridos amigos, se mitiga con la satisfacción de poder señalar entre las honrosas excepciones una pieza cómica del señor Samper a que me referí más arriba, pieza que ha pasado lucidamente por la única prueba en que de veras se aquilata una obra escé-

nica, la de verse muchas veces ejecutada y aplaudida. Me complazco en apuntar otra excepción; el drama *Cuerpo y Alma* de don Carlos Posada, representado hace muy poco en esta ciudad, con éxito no inferior al de las mejores piezas. Acaso habrá quien repare en que no me he acordado de *Las Convulsiones*, de Vargas Tejada: confieso que con gusto las he visto representar; pero también quiero se me confiese que un país en que *Las Convulsiones* descuellan ha de ser harto pobre en achaque de literatura dramática.

Varios son los pareceres de los entendidos acerca de la causa de esta nuestra pobreza. No ha sido el señor Samper el único que ha echado la culpa de ellas a la falta de compañías que ocupen nuestra escena. Pero hay muchos otros países en que de continuo trabajan actores sobresalientes, sin que ello haya servido de estímulo a sus ingenios; porque es de notarse que en todo el Nuevo Continente, desde el cabo de Hornos hasta la península de Alasca, se adolece de la propia esterilidad que en esta Atenas americana, en que dizque abunda el talento, pero en que andan escasos los *talentos* para pagar buenos actores.

Y si por vocación, por inclinación, o por sentirse con las facultades necesarias, hubieran de consagrarse nuestros ingenios a componer obras teatrales, no lo omitirían, ciertamente, por no tener seguridad de que éstas habrían de ser puestas en escena. Si no podemos presumir de sabios ni de consumados escritores, nosotros nos llevamos la palma en cuanto a desinterés. Nosotros consumimos gustosísimos gran parte de nuestro tiempo, de nuestra salud y de nuestra hacienda en empresas y labores literarias, sin aspirar a otra satisfacción que la de ser elogiados por cuatro amigos. Sacerdotes del templo de las Musas, costeamos de nuestro peculio el incienso que quemamos al pie de sus altares.

Sienten otros que si aquí no se escribe para el teatro es porque carecemos de argumentos nacionales. Es ciertamente difícil hallar en nuestra sociedad y en nuestra historia asuntos trágicos o dramáticos. Nuestra sociedad es tan semejante a las europeas, que toda acción trágica o dramática que expongamos en la escena, será tan colombiana como francesa o española. Poco importa que un autor haga pasar la acción en Bogotá, en Medellín o en Cartagena, y que ponga a sus personajes nombres y vestidos de indígenas: el argumento, los incidentes, las pasiones y los hombres siempre resultarán cosmopolitas.

Y esto mismo está poniendo de manifiesto lo poco que los que se sienten con fuerza para ser autores deben curarse de si los argumentos han de ser nacionales o extranjeros.

La historia de los aborígenes americanos no brinda con argumentos, porque de ello sabemos tan poco, que si probamos a sacar a las tablas hechos suyos, haremos algo por el estilo de lo que hizo el buen Solís cuando puso en boca de Jicontencal y de Magiscatzin, arengas de senadores romanos. Y Dios sabe si, aunque conociésemos por sus cabales la historia de los antiguos pobladores de estas comarcas, hallaríamos en ella cosa digna de ser representada. Varios granadinos o colombianos del primer cuarto de este siglo hicieron la prueba y sólo merecieron gratitud por habernos preservado, con el ejemplo de lo que les acaeció, de toda tentación de disfrazar de europeos a los indígenas americanos para hacerles parodiar en el teatro el lenguaje y los actos de la gente culta y hasta los sentimientos caballerescos propios de los siglos medios.

La historia de la conquista y colonización de estas regiones y las de todo lo que a ellas ha seguido, deben ser forzosamente tan fecundas en hechos *dramatizables* como cualquier otra historia. Mas si escogemos hombres blancos y acontecimientos de ahora há doscientos

o trescientos años, no haremos otra cosa que sacar personajes españoles a un escenario americano. Si ocurrimos a la época de la guerra de independencia, podremos servirnos de personajes nuéstros, pero demasiado conocidos; y es cosa de nadie ignorada que los personajes históricos que se introduzcan en obras de imaginación, se han de sacar a la escena o tales como fueron o felizmente idealizados. La dificultad de sacar a los nuéstros, a hombres cuyos hijos o cuyos nietos viven entre nosotros, es sobrado manifiesta. Idealizar a un personaje histórico no es dable sino cuando lo tomamos de bastante remoto tiempo o de país bastante lejano, para que la distancia, haciendo el oficio que suele, lo vuelva como impalpable y desvanezca las líneas de su imagen. En *Ricaurte en San Mateo* se nos presenta el héroe requebrando a una doncella y gastando ternezas con un hermano, lo que ha hecho que yo, dando a la juventud muy poco patriótico ejemplo, me haya reído cuando he visto representar la pieza, como me he reído al comparar al Ricaurte del drama con el Ricaurte ex-Secretario del Tribunal de Cuentas, de quien me consta por tradición de familia y por cartas suyas que poseo, que no era, ni con mucho, hombre de andarse en semejantes niñerías, y que de más a más era casado *in facie ecclesiae* con la señora doña Juana Recamán, a quien casi alcancé a conocer.

Pero esta cuestión relativa a las fuentes históricas del drama, es baladí. El drama, tal como se le concibe y se le escribe en nuestros tiempos, no es histórico sino accidentalmente. Hoy lo que importa es tomar una pasión, ponerla frente a frente con otra pasión o con el deber y la conciencia; hacerles librar combate, y presentar al cabo un vencedor y un vencido. ¿Qué interesa que la pasión y su adversario estén encarnados en un lapón rudo o en una damisela parisiense? Si se ha de pintar el carácter de una doncella que arriesga su vida por la salud de su pueblo, ¿de qué sirve que ésta se llame Judit o Carlota Corday o Natalia o Dolores? El punto finca en que el carácter se pinte y se sostenga bien. No niego que hace gran prueba de su ingenio el que saca a las tablas un personaje histórico y acierta a figurarlo tal como debió ser; pero ese mérito es independiente de la belleza que con peculiaridad exige la poesía dramática. Menos negaré que entre lo que se ha escrito en lo antiguo y en lo moderno haciendo aquella prueba, hay obras inmortales; pero todas ellas han sido hijas del genio; y así como el genio no sigue reglas, no puede deducirse reglas de lo que hace el genio.

En los orígenes del teatro griego, la poesía escénica resumía en sí la religión, la historia y toda la demás literatura; y de ahí vino el sacar a la escena personajes y hechos mitológicos o históricos. Luégo por espíritu de imitación se siguió observando la misma práctica; y no hacía todavía un siglo que los que aspiraban a sobresalir como dramaturgos no se conformaban con bajar a la sepultura sin haber compuesto un Fedra o un Edipo, o siquiera alguna pieza que llevara el nombre de un héroe que hubiese florecido del siglo XV para atrás. A los clásicos antiguos se les debe imitar en todo: hasta en el cuidado de elegir asuntos acomodados al gusto, a los conocimientos y a las costumbres de la época para la cual escribían.

Por el prurito de imitarlos sin discernimiento se han malogrado acaso los esfuerzos de algunos ingenios que han empleado en dar formas dramáticas a sucesos históricos, los talentos de que habrían podido hacer mejor uso si hubieran buscado en su propia fantasía

los asuntos de sus obras. Muchos son los que han caído y los que caen todavía en el error de figurarse que un grande y peregrino suceso, sólo por serlo, es argumento para drama.

¡Cuántos, así alucinados, han bregado por añadirle al suceso escogido, atropellando la historia, antecedentes, circunstancias y consecuencias que den materia para llenar tres o cinco actos! Los que caen en esa alucinación se parecen a ciertos poetas cándidos que creen haber encontrado asunto para una composición, cuando lo que han encontrado es un título.

Los argumentos para la comedia pueden hallarse aquí como se hallan dondequiera que haya hombres, porque allí habrá vicios y risibles flaquezas. Y así como el ejemplo de los que han compuesto dramas y tragedias sobre asuntos nuéstros confirma lo que de los tales tengo dicho, el de varios de los que han escrito comedias sobre hechos y costumbres nuéstros, demuestra que la elección de argumentos de esta clase puede ser acertada. Díganlo las ya citadas piezas del señor Samper y de Vargas Tejada, *El espíritu del siglo* de J. Manuel Lleras, y otras de que no haría caso omiso si por su brevedad no diesen a conocer que sus autores mismos las miraron como meras travesuras.

Hay quien atribuya la pobreza de nuestro teatro nacional a que, no favoreciendo Melpómene y Talía sino a los hombres de ciertas razas o naciones, a nosotros nos han tocado sus desdenes, no obstante que somos de la progenie de Lope, de Calderón, de Tirso, de Moreto, de García Gutiérrez, de Hartzenbusch y de Bretón.

Ni aquello es extraño ciertamente, pues vemos que no hay nación favorecida con todas las dotes intelectuales, y que varias se distinguen de algún modo señaladísimo por alguna de éstas. De ello dan buen testimonio la moderna Italia, única en lo que concierne a las Bellas Artes; Francia, maestra universal en lo tocante a la novela; Alemania, cuna de aquellos pacientes analizadores que tan raras veces se ven imitados; España, que dio al mundo más escritores ascéticos sublimes que todas las otras naciones los han dado medianos.

Y, para impugnar estas afirmaciones, no se nos cite a Manzoni a fin de presentar a Italia como propicia para la novela; ni a Bello para hacernos pensar que Venezuela es tierra de filólogos; ni a Longfellow y a Bryant, para hacer pasar a los Estados Unidos como semillero de poetas líricos. También de la Beocia salieron Píndaro y Corina; y de la patria de Calderón salió Comella.

Causará quizás maravilla a los pocos avisados el que, siendo fruto silvestre y abundante de nuestra tierra la poesía lírica, escaseen tánto en ella las disposiciones que la dramática requiere. Estos dos géneros son esencialmente diferentes. La lírica puede ser, y es con frecuencia, brote fácil y espontáneo del talento solo, y a veces del solo sentimiento. Ahí están para hacerlo patente las coplas populares, capaces a menudo de hacernos llorar como las elegías que se han acompañado con liras de oro, o de regocijar apaciblemente el ánimo como las odas de Anacreonte. Ahí están, asímismo, mil composiciones de ignorantes que hallan eco en todos los corazones. La poesía lírica es como los árboles y las flores silvestres, que compiten en belleza con los que engalanan los vergeles. Pero la poesía dramática es como una planta que no se desenvuelve ni prospera sino en determinado terreno y a favor de esmerado cultivo. El del arte

escénico exige, si ha de hacerse con lucimiento, ciencia y meditación, y consiguientemente dilatados desvelos.

Y hé aquí otra causa de lo raro y de lo difícil que es producir aquí obras teatrales. Las necesidades de la vida pública y las de la vida privada nos atafagan y no nos permiten vacar a doctas y serias tareas; y así, si sentimos que de nuestra mente rebosan las ideas, nos desahogamos apenas escribiendo artículos y poesías líricas.

Todos asienten a que la dramática requiere profundo y dilatado estudio; pero no falta quien sustente que el que se haga en el teatro mismo puede suplir y aventajar al que hace un escritor en su gabinete sepultado entre libros. En confirmación de este aserto puede aducirse el ejemplo del príncipe de los trágicos ingleses, el de Tamayo y Baus, y el de otros ciento que trabajando en el teatro han aprendido a trabajar para el teatro.

No es, pues, la menos plausible entre las opiniones expuestas la de que, si tuviésemos actores, tendríamos autores. Y yo me decidiría por ella si no ocurriera la objeción arriba apuntada de que en otros países americanos, sobrando quien represente, falta siempre quien escriba.

Ojalá que muchos paisanos nuéstros confundan a los que discurran que aquí se carece del talento especial para el arte de que he tratado. Ojalá que demuestren prácticamente que podemos competir con España y con Francia en el menester de surtir la escena colombiana de piezas dignas de nuestro culto y mal contentadizo público.

La Academia Colombiana celebra hoy dos importantes actos, y muy de propósito los ha reunido a fin de que el uno dé solemnidad al otro, y de que ambos la den al aniversario de la fundación de esta ciudad. Festeja, como de costumbre, la fecha de su inauguración y recibe entre sus individuos de número al señor don José María Samper, de cuyas luces, de cuyo amor a las letras y de cuya insigne laboriosidad espera poderoso auxilio en las tareas que le incumben.

Concluyo dando a la Academia cordial enhorabuena por la adquisición que hoy hace, y bendiciendo a la Divina Providencia, que ha sido servida de permitir que celebremos el presente aniversario sin enlutar ninguna de las sillas que hemos visto ocupadas en los diez últimos.

6 de agosto de 1886.





SONETO DIALOGADO [1]

Bogotá, 27 de julio de 1905.

Mi querido *Reg:*

Te suplico hagas publicar en *El Correo Nacional* la carta que a sus redactores dirijo y que te servirás hallar adjunta. Ella relata la historia verdadera del soneto dialogado, que tan intrigados trae a nuestros intelectuales, explica por qué no pudo darse el nombre del

(1) En 1905, con ocasión del centenario de la publicación del *Quijote*, abrió *El Nuevo Tiempo* un concurso para premiar el mejor soneto en honor de Dulcinea. El Jurado, compuesto por los señores don José Rivas Groot, don Ricardo Tirado Macías y don Daniel Arias Argáez, eligió como el mejor de los sonetos presentados y que llegaban a treinta y tres el siguiente:

SONETO DIALOGADO

Yo.

¿Quién eres, Dulcinea, alta señora
Del Caballero de Figura Triste?
Si la que vio el villano, Aldonza fuiste,
Dónde estás tú, la que el hidalgo adora?

Ella.

En otra parte. Cuando el cielo llora,
Iris de galas fúlgidas se viste;
Fugaz prodigio, que inmortal existe;
Cual Noé lo admiró, lo ves tú ahora.

Así una y varia soy; mi nombre, incierto;
Quién Hebe me llamó; quién, Galatea,
Estrella, hija del mar, flor del desierto.

Al que a solas conmigo fantasea,
Vivo le inspiro y le corono muerto:
Aldonza barro fue; yo soy la Idea.

Este soneto llevaba como firma «Rubricado», y al abrirse el sobre, que debía contener el nombre del autor, sólo se halló una rúbrica. Entonces *El Nuevo Tiempo* dirigió una circular a veintiocho literatos para inquirir su opinión sobre quién podría ser el verdadero autor. Con ese motivo, el señor Caro, autor del soneto, dirigió a *Reg,* seudónimo del conocido escritor don Rafael Espinosa Guzmán, la carta que publicó *El Correo Nacional* y que ahora se reimprime. Esta es la historia de esta curiosidad literaria. Llama la atención que el señor Caro, a los sesenta y dos años de edad, conservara la fresca inspiración que revela este soneto, el cual puede contarse entre las finas joyas de la poesía castellana.

NOTA de los Editores.

autor del soneto y aparta a los señores Caro y Gómez Restrepo del peligro de ser autores de un soneto con no pocos defectillos. Ruégote revises las pruebas de imprenta y corrijas cualquier defecto de redacción que encuentres.

Tuyo afectísimo, *

Bogotá, 27 de julio de 1905.

Señores Redactores de *El Correo Nacional.*

Voy a dar a ustedes, debidamente autorizado, datos ciertos sobre el origen del soneto dialogado en que se ocupa ahora la prensa; para que los detectives no anden tan a ciegas, y vean al mismo tiempo que es muy difícil dar en el clavo y hallar el nombre del autor del soneto. Contaré el milagro sin mentar el santo o los santos, porque no puede ser de otro modo.

Hay aquí en Bogotá un grupito de amigos (no pasan de diez) que se encuentran de cuando en cuando ya en casa de alguno de ellos, ya en la de otro, y fuman y charlan sobre cosas literarias. No es una sociedad que tenga reglamento; pero hay tres cosas que están excluídas de ella: la política, el decadentismo y la pedantería. No es sociedad pública, ni secreta, ni academia, ni club, ni cosa parecida. De secreto sólo tiene que los socios, cuando no hay otra compañía, se llaman *les amateurs*, y a cada cual se le da su propio nombre, pero traducido y pronunciado en la lengua extranjera que él haya elegido para el caso, francés o italiano, inglés o alemán. Con esto se dan a entender allí dos cosas: que todos ellos son meros aficionados, iguales, ninguno maestro (esta palabra está proscrita), y que son ciudadanos de la república literaria universal. Allí en esas reuniones amistosas cada uno lleva noticias de lo que le parece interesante en lo que ha leído, y somete sus ensayos al juicio de sus compañeros que oyen y juzgan con completa libertad.

Pues bien, en una de esas juntillas, cuando *El Nuevo Tiempo* abrió el concurso *Dulcinea*, propuso alguno hacer un soneto entre varios. ¿Cómo? De este modo: El poeta le pide a Dulcinea que diga quién es y porqué se confundió con Aldonza Lorenzo, y Dulcinea responde luégo a la pregunta. Yo, agregó el proponente, traigo aquí un proyecto de interrogatorio, abreviado en un cuarteto, con lo cual le dejamos a la declarante diez versos para su respuesta, y leyó el primer cuarteto del soneto que se ha publicado, y dice así:

PREGUNTA

¿Quién eres, Dulcinea, alta señora
Del Caballero de Figura Triste?
Si la que vio el villano, Aldonza fuiste,
¿Dónde estás tú, la que el hidalgo adora?

—¡Muy bien! ¡muy bien! dijimos todos, y la idea fue unánimemente aceptada.

Alguno notó, es verdad, ciertas sílabas disonantes, pero se vio luégo que no podían corregirse esos defectillos sin perjuicio de la propiedad y precisión de la idea.

La cuestión estaba perfectamente planteada; adelante pues, y que traiga el que quiera su proyecto de respuesta en nombre de Dulcinea. Tal fue la decisión de todos *les amateurs*, y

como resultado de ella dos proyectos se presentaron en la inmediata reunión. El uno era el siguiente:

Hay un palacio inmenso donde mora
La maga Fantasía. Ella reviste
Allí de aéreas formas cuanto existe,
Todo en plácida luz lo baña y dora.

El Manchego gentil allí algún día
Me vio entre sueños; despertó en su aldea
Y a buscarme salió con rumbo incierto.

Quiso dar cuerpo a lo que visto había,
Y a Aldonza confundió con Dulcinea:
¡Ay! loco fue porque soñó despierto!

El segundo proyecto era éste:

En otra parte. Cuando el cielo llora,
Iris de galas fúlgidas se viste:
Fugaz prodigio que inmortal existe;
Cual Noé lo admiró, lo ves tú ahora.

Así, visión hermosa y fugitiva,
Soy de las almas yo dulce tormento,
Soñada eterna, prometida esquiva,

Del que a abrazarme va, burlo el intento·
El que culto me rinde, me cautiva:
Soy la estrella polar del pensamiento!

Discutiéronse los dos proyectos, y al fin se prefirió el segundo; pero volviendo a leer los tercetos una y otra vez, se observó que tenían un defecto capital, que la respuesta no cuadraba bien con la pregunta, porque en ésta se indagaba la dualidad de las personas y de los nombres, Aldonza y Dulcinea, y en aquella respuesta Dulcinea se olvidó de Aldonza y no satisfizo a la cuestión. El autor agregó que él mismo no estaba satisfecho del final, que le parecía que aquel verso le había salido altisonante y quijotesco aunque en estilo moderno, impropio en boca de la belleza ideal.

—Pues que pase a revisión, y que N. (autor del primer proyecto de respuesta), dejando el cuarteto del segundo proyecto, presente uno nuevo refundiendo los tercetos de ambos, y enlazándolos con el pensamiento de aquel cuarteto, que debía respetarse, porque se creyó que la comparación con el iris era más poética y original que lo del palacio de la Fantasía. Y de aquí resultaron los tercetos que completan el soneto publicado, en que quedaron cambiados los consonantes y refundidas las ideas, y el soneto, al fin y al cabo, redactado así:

PREGUNTA

¿Quién eres, Dulcinea, alta Señora
Del Caballero de Figura Triste?
Si la que vio el villano, Aldonza fuiste,
¿Dónde estás tú, la que el hidalgo adora?

RESPUESTA

En otra parte. Cuando el cielo llora,
Iris de galas fúlgidas se viste:
Fugaz prodigio que inmortal existe:
Cual Noé lo admiró, lo ves tú ahora.

Así una y varia soy, mi nombre incierto:
Quién Hebe me llamó, quién, Galatea,
Estrella, hija del mar, flor del desierto.

Al que a solas conmigo fantasea
Vivo le inspiro y le corono muerto:
Aldonza barro fue, yo soy la Idea.

Ahí tienen ustedes la historia del soneto. Ya comprenderán ustedes por qué no puede presentarse el autor, no siendo una sola persona, sino varias, y por qué el que escribió la carta a *El Nuevo Tiempo* tuvo el cuidado de llamarse *Amateurs* de poesía, refiriéndose al grupo de aficionados.

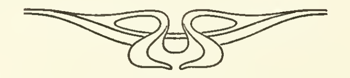
En resumen: el problema que ha lanzado a la discusión pública *El Nuevo Tiempo*, es una charada cuya solución consta de tres partes, de tres nombres heterogéneos para el público; ¡y éche *El Nuevo Tiempo* veintiocho o veintiocho mil galgos para descubrir esa combinación misteriosa!

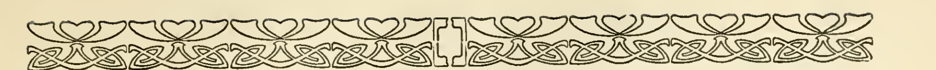
—Si no hay indiscreción por parte de alguno de *les amateurs*, y estén seguros ustedes de que no la habrá, porque el grupito es gente de buena ley, el que llegue a adivinar será más envidiable por su ingenio clarovidente que el autor de un pedazo de soneto y aun de un soneto entero.

Soy de usted muy atento servidor,

UN AMATEUR, Secretario.

(*El Correo Nacional*. 1.° de agosto. 1905).





CELEBRACION

DEL TERCER CENTENARIO DE LA PUBLICACION DEL «QUIJOTE» EN BOGOTA A 30 DE MAYO DE 1905

DECRETO NUMERO 407 DE 1905

(2 DE MAYO)

sobre el tercer centenario del *Quijote.*

El Presidente de la República de Colombia,

CONSIDERANDO:

Que en el mes de mayo del corriente año se cumple el tercer centenario de la primera publicación de la obra inmortal de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*;

Que tal acontecimiento debe considerarse como hecho memorable por todos los pueblos que hablan la lengua de Castilla,

DECRETA:

Artículo 1.° Fíjase el día 30 de mayo del corriente año para celebrar el tercer centenario del *Quijote.*

Abrese un concurso literario en el cual serán admitidas composiciones en prosa o en verso sobre el tema: *El Quijote y su influencia sobre las costumbres.*

Artículo 2.° Las dos mejores composiciones serán premiadas con medallas de plata conmemorativas del acto, y las dos que les sigan en mérito recibirán diplomas honoríficos.

Artículo 3.° Nómbranse Jurados para calificar las composiciones que se presenten al concurso, a la señora doña Soledad Acosta de Samper y a los señores don Rafael Pombo (1) y don Antonio Gómez Restrepo.

---

(1) Por excusa del señor don Rafael Pombo, por causa de enfermedad, fue nombrado en su reemplazo el señor don Diego Rafael de Guzmán.

El Secretario del Ministerio de Instrucción Pública, *Benjamín Uribe.*

Artículo 4.° En la noche del centenario se celebrará en el Teatro de Colón una velada líricoliteraria, en la cual se adjudicarán los premios a los autores de las composiciones premiadas.

Artículo 5.° Para organizar y reglamentar la velada líricoliteraria y el concurso de que se habla en este Decreto, créase una Junta que se llamará *Junta del tercer centenario del Quijote*, compuesta de las señoras doña Soledad Acosta de Samper, doña Dorila Antommarchi de Rojas y doña Teresa Tanco de Herrera, y de los señores don Rafael Pombo, don Antonio Gómez Restrepo, don Honorio Alarcón, don Ismael Enrique Arciniegas, y Presidente honorario Su Excelencia don Julián María del Arroyo, Ministro de España.

Comuníquese y publíquese.

Dado en Bogotá a 2 de mayo de 1905.

R. REYES

El Ministro de Instrucción Pública, CARLOS CUERVO MÁRQUEZ.

NOTAS OFICIALES

Ministerio de Instrucción Pública—Sección 1.ª—Bogotá, 2 de mayo de 1905.

Excelentísimo señor don Julián María del Arroyo, Ministro de España—Presente.

Me es muy honroso comunicar a Su Excelencia que el Poder Ejecutivo, por Decreto de esta fecha, ha nombrado a Su Excelencia Presidente honorario de la Junta organizadora de la velada líricoliteraria que tendrá lugar en el Teatro de Colón en la noche del 30 del presente, en celebración del tercer centenario del *Quijote*.

A nombre del Gobierno y en el mío propio, anticipo a Su Excelencia las más rendidas gracias por el valioso contingente con que su Excelencia se dignará cooperar en este acto, y me suscribo de Su Excelencia atento, seguro servidor,

CARLOS CUERVO MÁRQUEZ

Legación de España en Bogotá—Bogotá, 4 mayo de 1905.

Excelentísimo señor don Carlos Cuervo Márquez, Ministro de Instrucción Pública, etc., etc., etc.

He sido favorecido con la atenta nota de Vuestra Excelencia, de 2 del corriente, en la que me participa que el Poder Ejecutivo, por Decreto de anteayer, ha tenido a bien nombrarme Presidente honorario de la Junta organizadora de la velada líricoliteraria que tendrá lugar en el Teatro de Colón, en la noche del 30 del presente, en celebración del tercer centenario del *Quijote*.

Suplico a Vuestra Excelencia se sirva elevar al Excelentísimo señor Presidente de la República la expresión de mi más profundo agradecimiento por la alta designación con que me ha honrado, haciéndolo extensivo al Gobierno de que Vuestra Excelencia forma tan digna parte.

Ha sido mi constante deseo el coadyuvar siempre con todos los medios de que dispongo a las obras y a los planes del Gobierno de la República, y con más motivo lo son en

esta ocasión que se trata de enaltecer la memoria del Príncipe de nuestros ingenios, y para tan noble empresa se han reunido amablemente los Altos Poderes del Estado y las damas bogotanas, dignamente representadas por la Junta de señoras.

Elevaré detalladamente a los pies del Trono cuanto acerca de tan noble acto se relaciona, seguro de que Su Majestad el Rey, mi Augusto Soberano, que tánto se interesa por las artes y las ciencias nacionales, verá con complacencia suma la parte que esta culta capital, digna heredera de las letras españolas, ha tomado para celebrar el recuerdo del ingenioso hidalgo *Don Quijote de la Mancha.*

Aprovecho esta ocasión para reiterar a Vuestra Excelencia las seguridades de mi más alta y distinguida consideración.

JULIÁN MARÍA DEL ARROYO

RESOLUCION NUMERO 219 DE 1905

(9 DE MAYO)

relativa al concurso abierto en celebración del tercer centenario del *Quijote.*

El Ministro de Instrucción Pública, debidamente autorizado por el Excelentísimo señor Presidente de la República,

RESUELVE:

1.º Las composiciones que se presenten al concurso abierto en celebración del tercer centenario del *Quijote*, tratarán de un tema de la misma obra, a voluntad de los que entren al concurso; y

2.º Los premios que se concedan adjudicados así: una medalla de plata para la mejor composición que se presente en prosa, y una medalla de plata para la mejor composición que se presente en verso.

Queda así reformado el Decreto número 407, de 2 del mes en curso.

Comuníquese y publíquese.

Dada en Bogotá a 9 de mayo de 1905.

El Ministro, CARLOS CUERVO MÁRQUEZ

República de Colombia—Ministerio de Instrucción Pública—Número 800—Ramo de Negocios Generales—Sección 1.ª—Bogotá, mayo 29 de 1905.

Señora doña Soledad Acosta de Samper, Presidenta de la velada liricoliteraria del tercer centenario del *Quijote* E. L. C.

Tengo el honor de remitir a usted las medallas de plata con que deben ser premiados los dos mejores trabajos de prosa y poesía que se presenten al concurso del tercer centenario del *Quijote*, a juicio de la honorable Junta calificadora del certamen.

Soy de usted atento, seguro servidor,

C. CUERVO M.

VELADA

PROGRAMA

de la velada líricoliteraria para festejar el tercer centenario de la publicación del *Quijote*.

PRIMERA PARTE

I. Obertura por la orquesta del Maestro Conti. RAYMOND..... THOMAS
II. Discurso del señor don José Rivas Groot.
III. Poesía del señor don Juan C. Ramírez.
IV. Valses por la orquesta.

SEGUNDA PARTE

I. Selección de *Carmen*.. BIZET
II. La comedia de Narciso Serra *El loco de la guardilla*, representada por la Compañía dramática Martínez Casado.

TERCERA PARTE

I. Marcha de *Lohengrin*.. WAGNER
II. Lectura del informe del Jurado calificador y de las composiciones premiadas, y entrega de las medallas por los señores Ministros de España y de Instrucción Pública.
III. Soneto de la señora doña Dorila Antommarchi de Rojas, recitado por la notable artista señora Celia Adams.
IV. Coronación del busto de Cervantes por dos señoritas a los acordes de la marcha real española.

La Junta Organizadora.

Bogotá, mayo 30 de 1905.

República de Colombia—Presidencia de la República—Secretaria General.

El Secretario General de la Presidencia de la República saluda muy atentamente a la Junta Organizadora de la velada para celebrar el tercer centenario del *Quijote*, y tiene el honor de manifestarle que ha llevado al conocimiento del Excelentísimo señor Presidente de la República el programa de la velada que tendrá lugar el 30 del corriente en el Teatro de Colón, el cual ha obtenido la completa aprobación de Su Excelencia, quien se complace en dar un voto de aplauso a la citada Junta.

Bogotá, mayo 27 de 1905.

DISCURSO DEL SEÑOR DOCTOR J. M. RIVAS GROOT

Excelentísimo señor, señores:

Por honrosa designación del Supremo Gobierno y de la Junta que ha organizado esta hermosa fiesta, debo dirigirme a tan respetable auditorio, y no lo haré en forma de disertación académica, sino en brevísimas palabras que sólo tiendan a manifestar nuestra admiración hacia el genio de Cervantes y el sentimiento de confraternidad entre los que pertenecemos a la raza española y hablamos la sonora lengua de Castilla. Séame, pues, permitido, interpretando tan noble sentimiento, enviar ante todo un saludo respetuoso al noble Jefe y al Pueblo de la Nación española.

Hé aquí la fiesta de la gran familia española, que en su espíritu de expansión ha plantado sus reales a uno y otro lado del océano. Españoles todos en uno u otro Continente, estamos ligados por los vínculos tres veces santos de la fe, de la raza y del idioma.

Esta es, al propio tiempo, la fiesta del idealismo: en un mismo día, con un solo propósito—la glorificación de un libro—se levantan millones de hombres a declarar con entusiasmo que si la materia desaparece con el andar de los tiempos, perdura lo ideal, el anhelo de la humanidad por el Bien, la Verdad y la Belleza. Y hé ahí por qué al cabo de siglos, en que se han realizado hechos tan decisivos en la marcha de las naciones, se congregan los hombres, se acuerdan las inteligencias, se ponen al unísono los corazones para rendir homenaje al libro que simboliza el idealismo, a ese libro inmortal que es a un tiempo el reflejo de una época de quijotescas y gloriosas hazañas, la más alta manifestación de una literatura y la expresión y la fisonomia de una gloriosa raza.

* * *

La humanidad, llevada siempre por su anhelo de correr en pos de un ideal, no ha cesado nunca en su marcha, ha aumentado siempre el caudal de virtud, de ciencia, de justicia, y ha hecho prevalecer en sus conquistas el espíritu sobre la materia, el ingenio sobre la fuerza ciega. Cuando pasó la época de las Cruzadas, cuando los moros fueron expulsados de la Península, el espíritu idealista y aventurero de la raza española necesitaba otros campos donde pudiera cosechar nuevos laureles con la espada del Cid y de Gonzalo de Córdoba. Aquel espíritu llevado por una fe entusiasta, avasalladora, pudo emplear sus energías en las selvas vírgenes de América y en las sangrientas aguas de Lepanto. Colón, Cortés, los Pizarros, Jiménez de Quesada, que se lanzaban con bríos sobrehumanos al través de los mares y las selvas, en pos de un ideal de gloria y de grandeza, después de prodigar las hazañas y de verter su sangre, llegaron a la cima de la gloria y cayeron luégo en el abismo de la ingratitud humana. Cervantes, que abrió las alas a aquel soplo de heroísmo, voló al combate, luchó contra la Media Luna, triunfó en la batalla en que lucharon a muerte el Occidente y el Oriente; y después de teñir con su sangre las olas de Lepanto, y después de embriagarse con el vino de la gloria, despertó, mutilado y maltrecho, a la realidad y al desengaño. De ahí surgió el *Quijote*, en que parecen reflejados el espíritu caballeresco de Cervantes y el carácter de esa época de gloria caballeresca y de amargos infortunios.

El libro de Cervantes no es el sarcasmo de la caballería andante: ese libro ha conmovido a la Humanidad como una tragedia; en la triste figura de aquel Hidalgo saludamos con respeto y compasión al aventurero ideal, al caballero de la justicia y del amor, al paladín de la honra, al cruzado que lucha y se estrella contra la realidad implacable de la materia y contra la ingratitud egoísta de los hombres. Asalta con valor a los gigantes, y cae malferido por los molinos de viento; cree combatir con una falange de emires, y sólo encuentra un grupo de menguados; las cimitarras que ve flamear, sólo son estadoños que le abollan el yelmo; las víctimas que él pretende arrancar a la opresión se vuelven contra su libertador y lo escarnecen. Esa epopeya es el choque entre el ideal humano y la fatalidad de la materia; el hidalgo soñador desdeña la realidad, y la realidad se venga de su desprecio con crueles sarcasmos; con helado soplo disipa sus más altas y locas creaciones; pero las quimeras de ese visionario son grandiosas, tienen el vuelo de las águilas.

***

El *Quijote* no es sólo el reflejo de una época de conquistadores gloriosos y visionarios: también es la más alta manifestación de una literatura que lanzó sus cruzados y sus aventureros a dominar el mundo de las inteligencias. No sólo enviaba España sus capitanes a la conquista de remotas tierras y de mares ignotos; no sólo lanzaba sus campeones, como Pizarro y Jiménez de Quesada, a dominar las tribus que dormían en la sombra de la ignorancia y la barbarie, sino que enviaba los héroes de la fantasía, los tipos de la leyenda, a conquistar los espíritus y a cautivar los corazones. En el siglo XVI penetra Amadís en el campo de la literatura francesa, y ese hidalgo de la leyenda hace que caigan a sus plantas todos los admiradores de lo fantástico y hermoso.

En el siglo XVII los dos Corneille, Molière y tántos otros, cautivados por el genio español, rinden pleito homenaje a las creaciones de la Península y trasladan a la escena figuras legendarias y colosales como Don Juan y el Cid Campeador. Herberey des Essars pasa al francés el *Amadis de Gaula*, en 1543, y algún tiempo después traduce el *Reloj de Principe*, de Antonio de Guevara, de donde La Fontaine sacó su *Paisano del Danubio*. Colyns y Chapuys trasladan al francés la *Diana* de Montemayor, que en su obra inmortal elogia Cervantes; y de esa *Diana* española sale literalmente la *Astrea* francesa de Honorato d'Urfé, que tan decisiva influencia ejerció en la novela y en el teatro europeo del siglo XVII. Luis Vélez de Guevara le inspira a Le Sage su *Diablo Cojuelo*, así como Tirso de Molina inspira el *Don Juan* de Molière, y del propio modo Corneille escribe el *Menteur* tomándolo de la *Verdad sospechosa*, obra original de Ruiz de Alarcón, español americano. Y a ¿qué prolongar las citas sobre tan vasta materia? Los tercios españoles se lanzaron a la lucha, y el sol de Carlos V no tuvo ocaso en sus dominios. El genio español lanzó las creaciones de su fantasía, y el sol de aquella raza aún no se ha puesto en los dominios de la inteligencia.

Por último, en la época moderna, cuando sonaron en el alba los clarines de la lucha romántica, aparecen en Francia a la vanguardia *Ruy Blas* y *Hernani* abriéndose paso con sus tizonas bien templadas. Y entre esa doble falange, entre los héroes de la Historia y los conquistadores de la Fantasía, se alza, en su caballo escueto, la mano en el lanzón, calada la visera, la noble y esbelta figura de *Don Quijote*, que, confiado siempre en la fuerza de

su brazo, en el temple de sus armas y en la justicia de su causa, monta la guardia en ese campamento secular donde los hombres luchan por la Verdad, la Gloria y la Hermosura.

* * *

Pero hay más, señores: el *Quijote* no es sólo el reflejo de una época: no es sólo la más alta creación de una literatura que ha conquistado el mundo con su genio; también es la más noble manifestación de toda una raza, la raza latina, a quien Dios ha ungido para pelear las grandes batallas de la fe, la civilización y la cultura. Es la raza que recogió con amor la herencia de los artistas griegos; que sacó del polvo las creaciones de Esquilo y los mármoles del Partenón, y conquistó el mundo, lo sometió a la unidad del Imperio romano, mas para someterlo luégo, por designios providenciales, a la unidad de una nueva fe y de una nueva ley: la ley del amor, la fe en el Dios de la abnegación y del martirio. Cuando las razas del Norte se lanzaron sobre Roma, avasallándolo todo en nombre de la fuerza bruta, pareció que iban a desaparecer para siempre la raza y la civilización latinas; pero domados por el ideal, los vencedores se convierten en vencidos. Desde entonces, en medio de vicisitudes sin cuento, venciendo la materia, el egoísmo, todas las fuerzas ciegas, esta raza de la fe y el arte continúa dominando al través de los siglos y las generaciones, en la eterna batalla entre el desinterés y el egoísmo, entre el espíritu y la materia. Aunque otras razas positivas y calculadoras parezcan mofarse del quijotismo latino, ellas quedan al cabo dominadas por el espíritu romántico y caballeresco, así como Sancho, que simboliza lo real, al cabo se llena de amor y de respeto hacia el Hidalgo generoso y visionario.

De esa alianza entre el sentimiento caballeresco y el espíritu realista, como en la liga del oro con el hierro, se forma el bronce con que han de modelarse las figuras hermosas y fuertes de la historia moderna.

Lo caballeresco y lo romántico son el patrimonio de la raza latina y son al propio tiempo una necesidad del espíritu humano. Cervantes hizo un personaje inmortal, porque tomó una figura valerosa y sopló en ella el espíritu de una raza idealista; y por singular justicia del tiempo y de los hombres, ese paladín infortunado, vencido en sus aventuras, maltrecho en todas las hazañas de su vida, vence después de la muerte, y con su mellado acero mata al olvido y se impone a la admiración de las edades.

¡Ah! No ha muerto el espíritu idealista de la humanidad, no ha declinado el sol de las letras españolas, no perece el vigor de la raza latina. Este sentimiento unísono de millones de hombres, para rendir homenaje, en uno y otro continente, al libro del idealismo y de la caballería, es la prueba elocuente de que hay una vida intensa y avasalladora en esta raza española que conquistó los mundos y cautivó las inteligencias. El porvenir, como lo fue el pasado, será de la raza latina, idealista, creyente y conquistadora, raza de emperadores y pontífices, a quien Dios en sus eternos designios le confió el cetro de la tierra y la llave de los cielos.

DON QUIJOTE

Sublime Don Quijote! En tu presencia,
Ante tu adusta original figura,
Al abismo miré de tu demencia
Y en el fondo sentí de la conciencia
Envidia de tu olímpica locura.

Quién feliz como tú! Noble y valiente,
El más puro Ideal has compendiado,
Y anacronismo vivo y sorprendente,
Pisas sobre la prosa del Presente
Envuelto en el poema del Pasado.

Tarde llegas al épico escenario
De Bernardo y el Cid; era pasada
La edad de Godofredo y el Templario:
Tú revives un ciclo legendario
Que por única Ley tuvo la espada.

Idealizas por modo sobrehumano
Todo cuanto en el mundo te rodea:
Haces un caballero de un villano,
De un mozo de taberna un castellano,
Y de Aldonza Lorenzo a Dulcinea.

Haces de Sancho Panza un escudero,
Un rival de Babieca de un rocino,
Y ostentas orgulloso y altanero
La abollada bacía de un barbero
Transformada en el yelmo de Mambrino.

Concentras de tu vida los afanes
A efectuar colosal palingenesia,
Y juzgando heroísmo tus desmanes,
Intentas eclipsar a los titanes
Que en Troya engrandecieran a la Grecia.

Doquiera que diriges la mirada
Te finge tu valor gente enemiga,
Y juzgas que ante el filo de tu espada
Iguales son el velo y la celada,
La rústica zamarra y la loriga.

Mas ay! que de la suerte los rigores
Se burlan de tu empresa y de tu fama,
Y encuentras con villanos y pastores
En vez de los gallardos justadores
Que luchaban por Dios y por su dama.

Palos y bofetones te han llovido;
Mas qué importa? tú sigues adelante,
Y sigues orgulloso y convencido
De que humano valor no te ha vencido
Sin la ayuda infernal del nigromante.

Esa ruda batalla con la suerte
Tu varonil espíritu no abate:
La lucha es desigual; pero eres fuerte
Y anhelas que al caer te halle la muerte
Ungido con la sangre del combate!

INFORME

DE LA JUNTA CALIFICADORA DE LAS COMPOSICIONES LITERARIAS PRESENTADAS EN EL CONCURSO DEL CENTENARIO DEL «QUIJOTE»

Señor Ministro:

Habiéndonos confiado el Gobierno el encargo de examinar y calificar las piezas literarias que se presentasen al certamen abierto en esta capital para celebrar el tercer centenario de la magna obra de Miguel de Cervantes Saavedra, tenemos el honor de emitir oficialmente el dictamen que corresponde en vista de ellas.

Seis son las composiciones en prosa que han venido al concurso; ninguna de las cuales, a pesar del propósito noble que las guía, allega las condiciones que necesariamente han debido los autores tener en cuenta para realizar el ideal de un escrito en homenaje del ingenio que, mediante su virtud intelectual y la facultad poderosa de su inventiva, produjo la mayor de las obras literarias en que, a par de las cualidades que levantan el espíritu humano y los vicios que lo deprimen, se muestran de manera patente y con aplicación a todas las sociedades, las dificultades que ofrece el campo de la vida, no menos que las facilidades con que puede ésta hacerse llevadera, estampando el autor tal filosofía cristiana en la forma más pura con que el arte logra eternizar la palabra humana.

Si hay algún libro en que no se contenga doctrina esotérica, es el *Quijote*, fuente de raudal nítido en que al través de su cristal se alcanza a ver en lo más profundo el sentido de su enseñanza, la calidad de sus elementos, el fondo de la verdad cristiana que encierra, para lección o advertimiento de los que siguen el bregar continuo de la lucha de pasiones y sentimientos con que el mundo nos brinda.

Así, el análisis de tal obra sería el que nos indicase la aplicación práctica de ella en las circunstancias de la vida, variados y notables como son los sentimientos del alma, los afectos que la mueven, los incentivos que la arrastran, si ese análisis ha de hacerse desde el punto de vista moral; o ya con disquisiciones sobre las formas de lenguaje y de estilo que pusieran de relieve por algún lado el maravilloso arte de la obra, si ha de hacerse por el aspecto literario.

Fijaron las bases de ese análisis primero Clemencin, que publicó su sapientísimo comentario del *Quijote*, en 1833, y luégo Valera, que más de treinta años adelante, en disertación erudita, puso en su punto la verdad del poema, apreciando y aquilatando el mérito de su plan, la disposición de sus peripecias, el arreglo de sus pormenores, la concatenación del relato y la unidad que le da vida. Con esto quedó establecido el propósito doctrinal y literario que encaminó a Cervantes a labrar con la potencia singular de su inventiva el monumento que domina desde excelsa cumbre todos los campos de la literatura.

Los trabajos de Clemencin y de Valera, como también los de don Juan Eugenio Hartzenbusch, quien fijó en puntos principales el valor del concepto y de las formas del *Quijote*, han quedado en pie, sobrepuestos a todos los desvíos de una crítica que con popularidad efímera ha surgido para explicar de artificiosa manera una doctrina de Cervantes, que ni

aun dando tormento a la obra podría sacarse de su fondo, y en cuyo sostenimiento se constituyó la caterva de escritores que, sin carecer de altas dotes de ingenio y de erudición, formó la escuela llamada cervantista, que ha ido pasando sin que por suerte sus huellas hayan sido capaces de alterar u oscurecer el genuino sentido de la obra de Cervantes.

Los ejemplos de esa escuela, que quiso encontrar en Cervantes un guerrero, un filósofo, un alquimista, un historiógrafo, un naturalista, un político, un legista, un legislador, un teólogo, un dogmatizador y otras cuantas extrañas condiciones, no son los que sirven hoy de norte a la crítica seria y razonada que ha de entrar como por inexhausto filón, por los senos de una obra que suministra sin término elementos siempre nuevos y peregrinos que, expuestos y analizados, dan luz al entendimiento con su doctrina y cautivan el ánimo con la forma que la avalora.

La secta de los cervantistas, en su propensión a encontrar en el *Quijote* una doctrina oculta, hubo de tergiversar y torcer el sentido humanitario y moral que se contiene translúcido en la obra de Cervantes, con lo cual desaparecería la significación profundamente cristiana que encarna el *Quijote*.

En la crítica de esta obra pudiéramos señalar el cervantismo como una desviación nociva de carácter accidental, que ha venido a curar con aplicaciones del arte literario: el empirismo, no menos perjudicial en filosofía que en las letras, mantuvo esa desviación, que iba contra la unidad de pensamiento que informa el *Quijote*.

De ese pensamiento fundamental, único, es a saber, el de enderezar el entendimiento del hombre descaminado por las ideas caballerescas que en su tiempo prevalecían y que son símbolo de todos los desvíos de la naturaleza humana, ha de partir en lo moral la crítica del *Quijote*, dentro de la cual caben, aplicando la razón de la grande obra de Cervantes, los matices más variados de la filosofía cristiana.

Quizá no lo estimaron así los ingenios que se han presentado al concurso para esta solemnidad, pues cada uno más o menos se aparta del pensamiento primordial del *Quijote*, ya refiriendo su espíritu a algo que no está en él, ya explicándolo por modo raro para tener ocasión de discurrir sobre la condición material de don Quijote y su espolique, sin que se note alguna observación perspicaz u original que sirva para realzar el estudio crítico.

Ni menos se observa que los autores se fijaran en la calidad de la elocución, la cual, tratándose del padre de la lengua, ha de exigirse en toda su pureza y elegancia, ya que de otra manera, cualquiera que fuese el mérito del escrito, haría contraste con la forma de la obra que se avalora, en la que se reconcentran todos los primores de la lengua castellana.

No es menester recordar aquí que lo que menos debería tenerse presente para formular juicio sobre la obra de Cervantes, son ciertos escritos que con pujo de imitaciones han hecho del *Quijote* algunos autores, especie de rapsodias con que se desvirtúa o adultera por completo el espíritu nobilísimo de la obra, y en que abundan tal vez sentimientos poco elevados, sin que las gracias del estilo se encuentren seguidas felizmente.

Como punto de comparación, al juzgar las composiciones de que se trata, no habría sido justo olvidar los estudios que en nuestra patria se habían hecho ya sobre Cervantes, de grande estima y valía, por varones tan distinguidos como don Miguel Antonio Caro, don Carlos Martínez Silva, don Sergio Arboleda y don Manuel Uribe Angel, ni tampoco la obra en que el insigne poeta don José Caicedo Rojas dramatizó la vida del autor alcalaí-

no; y así era de esperarse que las composiciones que se presentasen en este certamen habrían siquiera de acercarse en algo al mérito de aquéllas.

La premura del tiempo fijado para la presentación de las composiciones hubo de ser parte a que éstas se hicieran de prisa y no alcanzaran sus autores a darles el desarrollo y forma que merecían. De otra manera habrían entrado también en la justa literaria no pocos jóvenes que tenían voluntad y facultades para ello.

Sentadas estas consideraciones, la Comisión no ha podido menos que declarar desierto el certamen en orden a las composiciones en prosa.

No así con relación a las piezas poéticas, entre las cuales de diez que vinieron al concurso, seis son dignas de consideración y se mencionan aquí en honor de sus autores.

Acaso es más difícil enmarcar un cuadro con la orla de la poesía que discurrir con prolijidad, aunque se haga en prosa gallarda y enhiesta, sobre puntos demasiado conocidos y trajinados: en este caso, si no hay bastante discreción intelectual, suele anublarse con pormenores o adherentes la unidad o la idea primordial de la composición; en esotro el punto dominante, la idea fundamental, tiene que mostrarse determinada, clara, transparente.

Así, puesta la consideración en tal concepto, es explicable que la cortedad de las dimensiones de las obras en verso ofrecidas en lid no sea lo que haya hecho llano encontrar el mérito que en ellas se reconoce.

La poesía suscrita por *Tristán de Chipre*, titulada *Don Quijote y los Bárbaros,* muestra vigor de estro en el autor y versificación en que campea la elegancia de rimas a par de cierto conceptismo cuyo pensamiento es a las veces indeterminado; poema que, no obstante su vivaz colorido, como no tenga por objeto directo el asunto propuesto para el certamen, no se podría computar entre los que deben figurar en él; mas atendido su mérito relativo, no sería bien dejarlo de mencionar.

Las composiciones en soneto suscritas *Petronio* y *XXXIII* llaman la atención así por la frase como por el espíritu: en la primera hay pensamiento profundo, verdad social, quizá desconsoladora, en que aparece encubierto el sórdido interés de los tiempos actuales bajo la recia armadura de *Don Quijote*; y la segunda contiene un pensamiento original expresado con franqueza y gallardía.

La composición en silva que vino bajo el seudónimo *Pancho Sancho* tiene fondo subjetivo, y es digna de nota por hallarse bien acondicionada y al propio tiempo por aplicar felizmente el ideal de *Don Quijote,* no obstante las voces del mundo material en boca de *Sancho*, a la ilusión que para alcanzar un bien se forja nuestra imaginación.

El poema en sextillas de verso alejandrino, cuyo autor se vela con el nombre de *Rodamonte*, es una alegoría del noble Caballero de la Mancha, que representa al hombre en su anhelo de levantarse a región superior. Está bien metrificada y sostenida la alegoría.

Como feliz coronación del certamen vienen dos arrogantes sonetos suscritos por *Uno de tantos*, en el primero de los cuales, con pinceladas maestras, se nos presentan los dos personajes culminantes del poema novelesco de Cervantes como la suma y compendio de las varias condiciones del hombre en este mundo material; y en el otro, que rebosa afectos patrios, tomando pie de una lección del *Quijote*, anima a todos los hijos de esta patria común,

depuesto todo sentimiento egoísta, a unirse en un solo lazo de concordia bajo la enseña de la lengua y la gloria de Cervantes.

Ha juzgado la Comisión que el prez de poesía en esta ocasión, representado por las dos medallas de plata que otorga el Gobierno, debe adjudicarse a los dos autores mencionados últimamente, cuyas composiciones, como las otras que se han mencionado honoríficamente, deben ser leídas en la sesión pública del concurso.

De tal modo queda terminado nuestro encargo, y cerrado el certamen en homenaje de Miguel de Cervantes, en cuya obra, por modo maravilloso, se sustentará siempre la fuerza de la lengua castellana.

Diego Rafael de Guzmán—Antonio Gómez Restrepo—Soledad Acosta de Samper.

Bogotá, mayo 30 de 1905.

COMPOSICIONES PREMIADAS CON MEDALLA DE PLATA

A CERVANTES

¿Quién como creador—potencia suma—
Te excede en semejanza al Sér Supremo?
¿No aclama el orbe aún, de extremo a extremo,
La eficacia del verbo de tu pluma?

¡Cuántos pasamos como vana espuma
Que infla y hunde veloz del tiempo el remo,
Mientras tus entes, hasta el sol postremo,
No verán temporal que los consuma!

Vivan Aquiles y Héctor con su Homero,
En su canto inmortal; sólo en su canto,
En roto mármol y eruditos motes:

Vida ideal;—cuando en el mundo entero
Tú encarnas tu alma luz, hiel, risa, espanto,
En innúmeros Sanchos y Quijotes.

LECCION DEL «QUIJOTE»

(Fin del capítulo XII, parte 2.ª)

¿Y no serán Quijotes los que enfrente
Siempre ven malandrines y lollones
Y a lanza y plomo apelan—no a razones—
Para que el bien común firme se asiente?

Ojalá tánto paladín demente
Que patria y pabellón ama en jirones,
Con el Manchego alumbre sus visiones
Y con sus aventuras escarmiente;

Y regrese, como él, al propio campo,
«Vencedor, no de hermanos, de sí mismo,
Que es la más ardua y la óptima victoria.»

Hé aquí, ¡oh Miguel! un rayo, un breve lampo
De tu luz: inmolar el egoismo
Y abrir el patriotismo
Al vuelo de tu lengua y de tu gloria.

RAFAEL POMBO

DON QUIJOTE

Contempladlo: es el Manchego, el terror de los gigantes,
el más bravo, flor y nata de caballeros andantes,
de doncellas y cautivos el más noble campeón;
bajo el peso de sus armas y el calor del mediodía,
tras las altas aventuras va con fiera bizarría
al trotar penoso y duro de su escuálido *bridón!*

En la pampa solitaria se recorta su silueta
con los hierros que la cubren, tragicómica y escueta
cual fantástica figura de una escena medioeval.
Vedlo, pálido y enjuto, la mirada soñadora,
presa el alma entre las redes de la Maga seductora,
la que guarda en el Toboso su hermosura sin rival.

Graves luchas se revelan en sus armas maltraídas,
con las aspas de molino, los encuentros, las caídas,
los guijarros pastoriles, el garrote del yangües;
se revelan los insomnios en sus cárdenas ojeras,
hay heridas en su cuerpo dolorosas y certeras;
los irónicos sarcasmos ofendiéronle después.

Anheloso de combates cruza erguido la llanura
y las piezas mal unidas que componen su armadura,
al correr del caballejo se oyen ásperas sonar.
Fulge al sol como ascua de oro la bacía del barbero,
fino yelmo que arrogante supo el noble caballero
en batalla nunca vista con su brazo conquistar.

Bajo el peto que lo cubre, por los golpes abollado
como un toque de *a la carga!* vibra el golpe redoblado
de su amante, valeroso, aunque viejo corazón,
qu' en su pecho enflaquecido, con vigor y fuerza extraña
late aún, cual si latiese poderosa aquella entraña
en el pecho resonante de colérico león!

En su mente finge y crea las hazañas prodigiosas
que han de darle alto renombre en las páginas gloriosas
de la historia que pregone su grandeza y su virtud;
y se juzga el más gallardo, y se siente ágil y fuerte;
con su bálsamo no teme las heridas ni la muerte
embriagado en los perfumes de florida juventud!

Piensa él que sus cabellos, lacios mechones de plata,
rubios son, y bajo el yelmo, en sedosa catarata,
tiemblan como luz de oro al través del nubarrón;

y que todas las doncellas deslumbrantes de hermosura,
a su paso heridas quedan por su garbo y su figura,
sabedoras del esfuerzo de tan bello campeón!

¡Oh valientes! ¡Oh poetas! Paso abrid al caballero,
que de nobles y galanes es de todos el primero
el que deja por la gloria, su reposo y su caudal!
Paso abridle: es el anhelo de las almas soñadoras,
es la savia del rosal que revienta en las auroras,
es la llama de las frentes, es la luz del ideal!

Nada importa que a los golpes ceda su vetusta malla,
que lo venzan, que lo hieran, que lo ultraje la canalla
con las hieles del sarcasmo, con su estúpido desdén.
Para él siempre habrá un renuevo en los mirtos y las palmas,
para él siempre habrá un suspiro, ave o presa entre las almas,
que al volar busca el oasis de las glorias y del bien!

No desdeñéis, muchedumbre, sus fantásticos arreos,
ni os burléis: ellos lucieron en magníficos torneos,
y ofuscaron la hermosura y vencieron al amor.
Su cimera es el ensueño, rayo de luna es su lanza,
su valor es el emblema de una férvida esperanza
y es su escudo la defensa de la fama y del honor.

¡Oh valientes! ¡Oh poetas! paso abrid al coracero,
es el mártir, es el casto, el discreto caballero,
cisne de nieve que cruza el humano lodazal!
Paso abridle, es el anhelo de las almas soñadoras,
es la savia del rosal que revienta en las auroras,
es la llama de las frentes, es la luz del ideal!

ALFREDO GÓMEZ JAIM

Bogotá, 1905.

MENCIONES HONORIFICAS

CABALLEROS ANDANTES

Al Excelentísimo señor don Julián María del Arroyo, Ministro de España.

Oh caballero andante
Que en pos de una Quimera
Al lomo de tu flaco Rocinante
Avanzas en frenética carrera!
¿A dónde vas? ¿Qué buscas? ¿Dó se lanza
Tu mezquino corcel? ¡Loco! Ese sueño
Que ha forjado tu mente, no se alcanza!
Vano será tu empeño:
Verás cuál se desploma tu esperanza;
Verás cómo se esfuma
La visión con que ciego te enajenas,
Ante la realidad, como la espuma

Al lamer de la playa las arenas,
Y ya rendido, al fin de la jornada,
En vez de esa ilusión, hallarás sólo
Polvo .... Cenizas ... ... Nada!

Sí, porque aquella gloria
Que ha soñado tu ardiente fantasía
Es visión engañosa y pasajera.
¿A qué seguir la vía
Si has de hallar al final de tu carrera
Que tu sueño es mentira
Y miserable polvo tu Quimera?

Detén el viejo Rocinante; gira
Los ojos en redor. Vé cómo avanzas
Por el sendero triste que conduce
A la mezquina realidad. ¿No alcanzas
Con la mirada a penetrar el velo
Que oculta lo futuro?
¿No ves qué engaño son tus esperanzas?
¿A qué tánto coraje y tal demencia
Si al fin se han de quebrar tus armaduras
Contra el peñón fatal de la impotencia?

Oye la voz de Sancho que te llama
Con prudente consejo:
¡Es la razón que por sus fueros clama!
No arrugues con furor el entrecejo!
A descansar te invitan
El valle allí con su mullida grama;
Con su cristal la bullidora fuente
Que dulce arrulla al deslizar sus ondas;
Con sus gratos perfumes el ambiente;
Los álamos tupidos con sus frondas
Vén a gozar de deleitosa calma
Y reposo apacible:
No sigas una sombra persiguiendo,
No sigas anhelando un imposible!

Pero tú nada escuchas
Y prosigues tu senda; el acicate
Clavas al noble bruto; de las luchas
Crees percibir el eco, y del combate
El vértigo te arrastra. Allá a lo lejos
Sueñas ver el laurel de la victoria,
Y te atraen los reflejos
Del mentiroso brillo de la gloria
Que descubres quizá tras la pelea;
Y más allá, sonriente,
Otra gloria mayor.... Tu Dulcinea!
Y al lomo de tu viejo Rocinante,
Rígido el cuerpo y ávida la vista,
Exclamando prosigues: ¡Adelante!

Bien haces, loco augusto!
Avánza, avánza en pos de tu Quimera,
Desdeñándolo todo. Pónte el casco!
La lanza empúña! Víste la cimera!
Cláva al viejo rocín el acicate!
Desprécia al necio Sancho que te llama!
¡Allí están los furores del combate!
¡Allí están los laureles de la fama!
No cejes en tu empeño;
Nada importa que sea
Una locura tu brillante sueño
Y una sombra fugaz tu Dulcinea!

***

Yo, andante caballero
Que el ideal persigue, en mi locura
He emprendido también ese sendero.
A una sombra fugaz sigo la pista
Y ambiciono viajero infatigable—
Conquistar lo que nunca se conquista
Y lograr alcanzar lo inalcanzable.
Sé que en pos del guerrero
El rudo desengaño se apresura:
¡No importa! ¡Que me sirva de escudero!
Las armas? La constancia mi armadura,
La palabra mi acero,
Y aunque el vulgo me grite:
«A dónde vas, oh caballero andante?»
Al lomo del altivo pensamiento
—Mi Noble Rocinante,—
Exclamaré sin escuchar su acento:
Adelante! Adelante!

Y sigo sin que nada
Me haga cejar. En vano se presenta
El mezquino deleite a la mirada.
Desdeñando su halago,
Seguiré persiguiendo mi quimera
Sin escuchar de Sancho los reproches;
Quiero alcanzar mi ensueño
Aunque mentira sea,
Y a lo menos morir en tu regazo
Oh gloria, inalcanzable Dulcinea!

R. Escobar Roa

Mayo: 19.5.

MANCHEGO

La luz bautizó un día su pálida armadura,
Y al sol rojo brillaron sus lucientes aceros:
El más noble de todos los bravos caballeros
Galopó sobre el lomo de su cabalgadura.......

Atacó febrilmente con bizarra bravura
La sordidez de innobles yangüeses y venteros
El tipo más hidalgo de los aventureros;
Se destacó glorioso por la vasta llanura.

....

Y cayeron las sombras sobre el vago Poniente:
En la noche del siglo melancólicamente
Cruza el buen Rocinante con su pausado trote.......
Y hoy del noble Manchego al imitar la hazaña,
En vez de su figura simbólica y extraña
Surge grotesco Sancho, vestido de Quijote! ....

JULIO CÉSAR ARCE

1905.

DULCINEA

En pos de la encantada Dulcinea
No va tan sólo por el mundo un loco:
Va todo aquel que se levanta un poco
En alas de una gloria o de una idea.

Ni el que soñando en el honor pelea
Por incorpóreo amor, uno es tampoco:
Es todo aquel a quien atrae el foco
De la insondable luz que el genio crea.

Un símbolo es la reina del Toboso.
Que es del humano corazón el sino
Correr tras de ilusiones presuroso;

Pero al ir a tocar, suele el Destino
Exhibirlo de hinojos, ruboroso,
Al pie de una mozuela y de un pollino!

ADOLFO LEÓN GÓMEZ

A CERVANTES

Para coronarlo en el tercer centenario del *Quijote*.

El tiempo, que astros mil hunde en su fosa,
Tu fábula, oh Cervantes! enaltece.
El *Quijote* en la cima resplandece
Como rey sol de nuestra lengua hermosa.

Encarnó en tí la humanidad; rebosa
Integra en tu obra y sin cesar florece!
Al par con luz y sombra se embellece
Y con visión profunda las desposa.......

Hoy tus amadas letras castellanas
Cincelan sus rubíes, sus diamantes
Y a tus sienes los ciñen reverentes,

Y en las andinas cumbres sus hermanos,
De su materno tronco blasonantes,
Con sus perlas corónante fervientes.

DORILA ANTOMARCHI DE ROJAS

Mayo de 1905.

DESCRIPCION

DE LA VELADA LÍRICOLITERARIA EN HOMENAJE A CERVANTES

El martes en la noche, 30 de mayo, se llevó a cabo en el Colón la velada líricoliteraria iniciada por el Gobierno para conmemorar el tercer centenario del *Quijote.*

Todos los números anunciados en el programa fueron cumplidos.

La fiesta—por lo selecto y distinguido de la concurrencia de damas, de bellas y elegantes señoritas y muchos caballeros de nuestra sociedad—fue digna del glorioso escritor que con su libro inmortal levantó el mejor monumento a las letras españolas.

Con asistencia del Excelentísimo señor Presidente, que así se preocupa por el bien del país como por el cultivo de las letras, principió la velada a las ocho y media.

Todos los palcos y las lunetas fueron ocupados. La galería estaba llena por muchos distinguidos caballeros que no pudieron conseguir asiento en platea.

El homenaje estuvo a la altura del genio.

Por designación de la Junta Organizadora, abrió la velada con un magistral discurso el eminente literato y poeta señor don José Rivas Groot. Una vez más tuvimos la oportunidad de aplaudir la gallarda prosa, los valientes períodos y las brillantes imágenes del que ocupa con razón altísimo puesto en nuestra jerarquía literaria.

Después tocó el turno al señor General Juan C. Ramírez, con su atildada y robusta poesía *El Quijote.* Un nuevo lauro cosechó el martes con la recitación de tan bellas quintillas, que le valieron salvas de aplausos.

La representación de *El Loco de la guardilla,* de Narciso Serra, ejecutada por la Compañía Martínez Casado, fue oida con especial interés por todos los espectadores. Muy bien interpretados los papeles, y eso está por demás decirlo tratándose de una actriz como la señora Martínez Casado, y de actores como Manuel Martínez, Alcón y Puga. Nuevas felicitaciones para ellos.

Después de una selección de *Carmen,* ejecutada con *amore* y arte por la orquesta que con tánto tino dirige el maestro Conti, se dio lectura por el señor doctor Max Grillo al fallo de la Junta calificadora, compuesta de la señora Soledad Acosta de Samper y los señores Die-

go R. de Guzmán y Antonio Gómez Restrepo. La exposición, que, según entendemos, se debe a la bien tajada pluma del señor de Guzmán, es pieza clásica por su atildado decir.

La Junta resolvió declarar desierto el concurso para trabajos en prosa y dar los primeros premios, consistentes en medallas de plata, a las dos mejores composiciones en verso. Abiertos los sobres por el señor Ministro de España, aparecieron los dos siguientes nombres como vencedores:

RAFAEL POMBO y ALFREDO GÓMEZ JAIME

El uno en todo el esplendor de la gloria; el otro avanzando con firme paso, escudado por su talento, a la cumbre radiosa de la fama.

Salvas de aplausos resonaron al oír esos dos nombres queridos para nuestro público. La poesía del señor Pombo, por no estar él presente en el teatro, fue leída por el señor Ismael Enrique Arciniegas, en virtud de designación que le hizo el señor Ministro de España. El señor Ministro de Instrucción Pública, como Presidente de la Junta organizadora, comisionó al señor Ministro español y al doctor Grillo, Secretario de la Junta, para que pusiera en manos de nuestro gran poeta, del tántas veces laureado señor Pombo, la medalla de plata que testificaba su nuevo triunfo, ya en las postrimerías de la tarde de su vida gloriosa.

El señor Gómez Jaime fue llamado a la escena, y con maestría recitó su bellísima poesía laureada. El cariño que nos liga al poeta y prosista atildado, y la circunstancia de ser nuestro colaborador, no nos impide que hagamos justicia, de manera pública, a su talento. En nuestro aplauso entusiasta no hay asomos de parcialidad. La ovación que alcanzó fue merecida, y bien se sabe que nuestro público, severo como pocos, nunca se equivoca en asuntos de arte.

Varias coronas le enviaron amigos y admiradores, pero no le fueron entregadas en el escenario, por descuido de la persona a quien se le remitieron al teatro, y solamente le fue entregada la que le dedicaron los Directores de *El Nuevo Tiempo*, que fue puesta en sus manos por uno de ellos, el señor Arciniegas en persona.

Los señores R. Escobar Roa, Julio C. Arce y Adolfo León Gómez obtuvieron coronas de laurel, discernidas por la Junta.

Escobar Roa es laureado por segunda vez: en los *Juegos Florales* obtuvo un accésit. La silva premiada el martes es nueva manifestación de que el estro del poeta hace progresos. Felicitamos al Colegio del Rosario por este alumno, que le hace honor, y al doctor Carrasquilla por los frutos de ese Instituto de educación y por el triunfo de su discípulo.

El soneto de Arce es bello por su idea y por su acabada forma. Tal vez la recitación dejó algo que desear, pero el soneto, lo repetimos, es obra de arte, obra de un buen poeta. Arce tiene diez y nueve años; de modo que el porvenir le reserva muchos laureles. Le diremos la palabra de Longfellow al viajero alpino: *Excelsior!*

Por no estar presente el señor doctor León Gómez, fue comisionado el señor Manuel Martínez Casado para que diera lectura al soneto premiado. El notable actor desempeñó su cometido a maravilla. El soneto fue ruidosamente aplaudido, y el público, entusiasmado, pidió repetición de la lectura, a lo que accedió el señor Martínez Casado. Una vez más

probó León Gomez que es poeta de levantada inspiración; lo felicitamos por su nuevo triunfo.

Después la aplaudida y simpática artista señora Celia Adams, con la gracia peculiar que la caracteriza, leyó un delicado soneto de la señora Dorila Antommarchi de Rojas. Hubo repetidos aplausos para la bella producción literaria de nuestra ilustrada compatriota, a quien enviamos parabienes entusiastas.

El final de la velada fue acto imponente. En el fondo del escenario se destacaba el busto de Cervantes, que al empezar a tocarse la marcha real española, fue iluminado con bellísimo efecto de luz eléctrica. Todos los miembros de la Compañía Martínez Casado, con sendas coronas, rodeaban el busto, que se alzaba en una plataforma arreglada artísticamente. Las señoritas Amalia Reyes y Cecilia Schloss subieron la escalinata y pusieron una corona de laurel sobre la frente del busto del que dio vida al Ingenioso Hidalgo de la Mancha, y de quien dijo Calcaño:

«Fue pasmo de extraña gente
Y admiración de la propia.»

Vayan nuestras entusiastas felicitaciones a las señoras Soledad Acosta de Samper, Teresa Tanco de Herrera y Dorila Antommarchi de Rojas, a los señores Ministro de España y de Instrucción Pública y a los demás miembros de las Juntas organizadora y calificadora, por sus loables esfuerzos para organizar y llevar a cabo la velada del martes, que dejó ampliamente satisfecha a la sociedad bogotana.

Este homenaje a Cervantes probará a España que aunque nos independizamos de ella, en nuestros corazones vive y vivirá siempre el recuerdo de sus glorias.

(De *El Nuevo Tiempo*)

PATRIOTICA DONACION

A LA BIBLIOTECA NACIONAL DEL RETRATO DE CERVANTES

República de Colombia—Dirección de la Biblioteca Nacional—Número 57—Bogotá, 5 de junio de 1905.

Señor Ministro de Instrucción Pública—Presente.

En cumplimiento de la orden contenida en la comunicación de ese Despacho, del 3 de los corrientes, número 826, Ramo de Negocios Generales, tengo el honor de remitir al señor Ministro copia de la nota con que la señora Antommarchi de Rojas presentó a este Establecimiento el retrato de Cervantes, y de la respuesta de esta Dirección a la expresada señora.

Dios guarde al señor Ministro.

ENRIQUE ALVAREZ BONILLA

Bogotá, 30 de mayo de 1905.

Señor Director de la Biblioteca Nacional, don Enrique Alvarez Bonilla—E. L. C.

Muy señor mío:

Saludo a usted atentamente y tengo el honor de obsequiar a la Biblioteca Nacional, en este clásico tercer centenario del *Quijote*, el retrato de su inmortal autor.

Soy de usted con toda consideración muy atenta y segura servidora,

DORILA AMTOMMARCHI DE ROJAS

Mayo 30 de 1905—Número 54.

Señora doña Dorila Antommarchi de Rojas—Presente.

Con la atenta comunicación de usted, de esta misma fecha, he tenido la satisfacción de recibir el valioso retrato de Cervantes que usted ha tenido la generosidad de donar a esta Biblioteca Nacional.

Este hecho, de singular bondad y patriotismo de usted, lo he puesto en conocimiento del señor Ministro de Instrucción Pública.

A nombre del Gobierno presento a usted una expresión de reconocimiento por el importante obsequio con que se ha servido honrar el establecimiento de mi cargo; él será conservado con el respeto que merece la memoria del personaje que representa.

Con todo respeto y deferencia me suscribo de usted muy atento servidor,

ENRIQUE ALVAREZ BONILLA



ÍNDICE POR MATERIAS

ÍNDICE POR AUTORES